Ingeborg Gleichauf

Mujeres filósofas en la historia

Desde la Antigüedad hasta el siglo XXI

320 Icaria Antrazyt La desclosa Editorial



INGEBORG GLEICHAUF

MUJERES FILÓSOFAS EN LA HISTORIA

DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA EL SIGLO XXI

Icaria Antrazyt
MUJERES, VOCES Y PROPUESTAS



Este libro ha sido editado en papel 100% Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Clorin Free), para colaborar en una gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible.

La presente obra ha sido editada con subvención del Instituto de la Mujer (Ministerio de Igualdad)



Título original: *Ich will verstehen. Geschichte der Philosophinnen,* Deutscher Taschenbuch Verlag GmbH & Co. KG, Munich, 2005
Traducción: Kàtia Pago Cabanes
Corrección: Mariló Martín

Diseño de la cubierta: Adriana Fàbregas
Fotografía de la cubierta: Equipo Icaria

Icaria editorial, s. a.
Arc de Sant Cristòfol, 11-23
08003 Barcelona
www. icariaeditorial. com

Editorial La Desclosa, S.L.
Diputació 132, 2n 4a
08015 Barcelona
www.ladesclosa.com

Primera edición: febrero de 2010

ISBN: 978-84-9888-204-9
Depósito legal: B-3578-2010

Fotocomposición: Text Gràfic

Impreso en Romanyà/Valls, s. a.
Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)



Para Riccarda

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Si queremos informarnos sobre filosofía, solemos echar mano de una «Historia de la filosofía» y al hacerlo nos llevamos una sorpresa: parece que se trata de una cosa meramente de hombres. Historia de la filosofía significa casi siempre historia de filósofos. ¿Acaso no filosofan las mujeres? ¿No hay mujeres filósofas? Ésta fue al menos mi primera impresión antes de iniciarme en la búsqueda de una pensadora «reconocida», como mínimo. Me propuse empezar por el siglo XX, en el que la ciencia se ha ocupado del papel de la mujer en casi todos los campos de investigación: el arte, la literatura, la música, las ciencias naturales y quizás también la filosofía. En esa búsqueda, me llamó la atención la pensadora y politóloga Hanna Arendt. Lo que me gustó de ella desde el principio es que sentía una especie de aversión por la filosofía como especialidad académica y por los filósofos como «pensadores profesionales», tal como ella los llamaba. Según su opinión, cada persona alberga la capacidad de pensar filosóficamente. De manera que filosofar es una necesidad humana que no es exclusiva de los especialistas.

Naturalmente, en todas las épocas las mujeres también han reflexionado intensamente sobre el mundo, sobre ellas mismas y sobre el sentido de la vida. También las mujeres conocen el deseo de retirarse de las tareas cotidianas, de sentarse ensimismadas, de dar largos paseos, solas o conversando con otras personas.

Las mujeres de los siglos pasados no tuvieron, la mayoría de las veces, ni el tiempo, ni las posibilidades que tuvieron los hom-

bres para anotar y ordenar sistemáticamente sus pensamientos. Cuando esto sucede en la ciencia, se dice que las fuentes no son fidedignas. Pero las fuentes no son fidedignas porque los testimonios escritos de las mujeres fueron tratados con más descuido y negligencia que los de los hombres. Hace falta saber disfrutar del trabajo arqueológico para no perder la paciencia. A menudo, sólo sabemos de las mujeres filósofas a través de los relatos o las narraciones de otros. Raramente se han conservado textos originales; a veces incluso se han falsificado a conciencia o se han hecho desaparecer. La historia de las mujeres filósofas es también la historia de su lucha para que se reconozcan sus aportaciones. Con mucha más frecuencia que sus colegas masculinos, las mujeres pensadoras se expusieron al desprestigio y al chismorreo. De modo que su vida privada acababa despertando más curiosidad que su filosofía. Y eso, en cierta medida, todavía continúa siendo así hoy en día. De ahí que sea más importante dedicarnos a las filosofías de mujeres, seguirlas en sus pensamientos, destacar su interesante participación en la historia de la filosofía. Y aquí me adscribo, conscientemente, a la opinión de Hannah Arendt, según la cual los seres humanos necesitan la filosofía, y si niegan esta necesidad merecen el nombre de «sonámbulos». De modo que me gustaría iniciar aquí el camino, con mis lectoras y lectores, que nos conducirá primero hacia atrás, a la Antigüedad clásica, allí donde la filosofía tuvo sus comienzos y con ella también, naturalmente, el pensamiento de las mujeres filósofas.

I. ALTAMENTE VENERADAS Y RIDICULIZADAS: MUJERES FILÓSOFAS EN LA ANTIGÜEDAD

La concepción de que filosofar, es decir, reflexionar sobre el mundo, sus orígenes, o de dónde venimos y adónde vamos, es algo natural e inherente al ser humano procede de la Grecia antigua.

Los griegos se maravillan ante el mundo, la naturaleza, los seres humanos. Y lo que de ahí surge no se acepta sin dudar, sino que estimula la reflexión. Ya no se explican simplemente historias sobre el origen del mundo y sobre la relación entre el hombre y la naturaleza, sino que surge el deseo de saber con exactitud. ¿Qué se esconde detrás de todo lo que experimentamos y observamos? ¿Hay algo inmutable, una partícula infinita, por decirlo de alguna manera, una verdad más allá de aquello que nos ocupa diariamente? ¿Qué papel desempeña el conocimiento y cómo funciona en realidad? ¿Qué podemos saber y qué escapa a nuestro pensamiento? ¿Qué relación existe entre el pensamiento y la acción? ¿Cómo se puede considerar que algo es bueno o malo? ¿Cómo podemos ser felices? Éstas son las preguntas que se ha planteado la filosofía desde entonces. Y los primeros filósofos y filósofas ya las habían formulado.

Las filósofas más antiguas que conocemos provienen del entorno de Pitágoras de Samos (570-497 a. C. aprox.). Pitágoras sólo difundió su doctrina de forma oral. Creía en la reencarnación del alma y en la repetición cíclica de los acontecimientos. Pitágoras fue también un gran matemático. Reunió un grupo de hombres y mujeres a su alrededor que eran entusiastas de su doc-

trina. Casi podría hablarse de un círculo reservado tan sólo a los iniciados.

Teano de Crotona

La pitagórica más famosa fue Teano de Crotona (a partir del 550 a. C.). Nació en la colonia griega de Crotona en el sur de Italia, donde Pitágoras había creado una escuela filosófica. Pitágoras se convirtió primero en su maestro y después en su esposo. Teano tuvo con él cinco hijos. Después de que Pitágoras muriera, ella se hizo cargo de la escuela.

De Teano sólo se conserva un fragmento del tratado *Sobre la piedad*. Pero parece que escribió diversos tratados de filosofía, matemáticas y medicina. Se le atribuye, entre otras cosas, el teorema matemático de la «proporción áurea». Se conoce así la división de un segmento a través de un punto, de manera que la parte mayor es al todo como la parte menor a la mayor.

Igual que Pitágoras, Teano era partidaria de una forma de vida que tiene como lema la medida y la prudencia. La finalidad de su filosofía es entender mejor el alma, que es inmortal y se reencarna después de la muerte. El cuerpo es una prisión del alma. El ser humano forma parte del mundo, que también tiene alma y origen divino. Jamás encontraremos la materia separada. Todo está relacionado con todo; no hay nada aislado. El mundo y el ser humano viven por naturaleza en armonía y deberíamos tener cuidado de no perturbar esta armonía. Se requiere ascesis y trabajo espiritual. Se atribuye un efecto positivo sobre todo a las matemáticas y a la música, ya que el número cuenta con un papel importante en estas dos disciplinas.

Para los pitagóricos, todas las cosas son números. Es decir, todos los cuerpos constan de puntos en el espacio que, si se toman en conjunto, constituyen un número. El número se considera el elemento unificador y ordenador, el elemento esencial. El número concede claridad y contorno, precisión y forma a todo lo que existe. De hecho, esto se ve claramente en la música: las

armonías se caracterizan mediante relaciones numéricas determinadas. Y en la vida diaria también se trata de armonía. Cada individuo debe ocuparse de ello.

Teano tuvo muchas alumnas, a las cuales, además de orientación espiritual, les daba sobre todo normas para caminar hacia una vida «de virtud y honradez» como mujeres. Consideraba el matrimonio la más elevada de las relaciones entre sexos. Teano aceptaba la opinión dominante en aquella época sobre el comportamiento adecuado de una mujer: debe ser reservada, no debe aspirar al reconocimiento público y tiene que ocuparse de la casa y de los hijos. Las jóvenes se preparaban desde muy pronto para el matrimonio. Y tampoco en este aspecto había una actitud rebelde por parte de Teano. Era necesario mantener un orden determinado. El orden es el elemento divino y primordial. Teano vivió según esta doctrina y la transmitió a sus alumnas. Para ella, la filosofía estaba muy ligada a la práctica; evoluciona sin alejarse mucho de la normalidad de la vida diaria. Reflexionar sobre el sentido de la vida implica también preguntarse cómo dar sentido a la vida de cada día. No hay una separación entre teoría y práctica.

> Según he oído decir, muchos griegos piensan que Pitágoras afirma que todo ha sido engendrado por el número. Pero esta afirmación contiene una dificultad: ¿cómo podemos imaginar cosas que no son existentes y que pueden engendrar? Y es que Pitágoras no dijo que todas las cosas nacían del número, sino que éstas estaban en armonía con el número, ya que en el número reside el orden esencial, y si dividimos el orden en primero, segundo y así sucesivamente, las cosas, que son contables, participan de este orden.
>
> TEANO DE CROTONA, *Sobre la piedad*

En este texto tan breve ya puede apreciarse la complejidad del pensamiento de Teano. Igual que para Pitágoras, las matemáticas tienen para ella un papel importante. Se plantea cómo podrían relacionarse los números y las cosas. Tal como opinaban Pitágoras y Teano, las cosas y los números están íntima-

mente relacionados sólo por el hecho de que las personas podemos contar las cosas.

En esta primera época de la filosofía ya queda bien claro que la pregunta primera y básica a la hora de filosofar es la pregunta por la esencia de todas las cosas, de los seres humanos y del mundo. Los pitagóricos se preguntaron cómo se relaciona todo, cuál es el principio superior dominante, y nosotros todavía seguimos preguntándonoslo. Buscaron el poder ordenador que podría estar oculto tras la realidad visible. Y este conocimiento lo adquirieron mediante la experiencia y la reflexión.

Pero el filósofo más influyente y más famoso de la Antigüedad clásica y quizás de toda la historia de la filosofía es Sócrates, que vivió en el siglo V a. C. Al estudiar a Sócrates, nos encontramos con otra mujer que, aunque fue considerada una pensadora, sólo recibió burlas y fue vista como una *hetera* por los escritores de comedia de la Grecia antigua.

Aspasia

Esta filósofa se llama Aspasia y vivió aproximadamente entre el 460 y el 401 a. C. El nombre de Aspasia significa la «bella bienvenida». A la edad de veinte años, Aspasia se marchó con su padre de Mileto, en Asia Menor, hacia Atenas. En su ciudad natal, su padre ya había decidido convertirla en *hetera*. Las heteras eran mujeres que vendían su cuerpo a cambio de dinero. La mayoría de las veces, se trataba de mujeres de mucha cultura, que eran muy respetadas por su sabiduría. También Aspasia había recibido una formación brillante. En Atenas, dirigía una escuela de heteras y regentaba un burdel que visitaban los hombres más ilustres de la ciudad. Entre ellos estaba el filósofo Sócrates, que se sintió fascinado por la inteligencia de esta mujer, según informan fuentes tales como los *Recuerdos de Sócrates* de Jenofonte. Lo mismo les sucedió al también filósofo Anaxágoras y al político Pericles, el cual se enamoró de la joven veinte años menor que él, abandonó a su mujer e hizo de Aspasia su *pallake,* una compañera ilegítima.

Esta unión provocó un escándalo y los círculos «formales» de Atenas ridiculizaron a Aspasia por su pasado. Ateneo de Naucratis, autor de obras sensacionalistas y de entretenimiento escribió: «Pericles llevó una vida de placer, abandonó a su mujer y vivió con Aspasia, la famosa hetera de Mileto, por la que malgastó gran parte de su fortuna». Aspasia llegó incluso a ser acusada por su conducta, y a Pericles le costó mucho conseguir que la dejaran libre. Después de la muerte de Pericles, en el año 429 a. C., se casó con el mercader de ganado Lisicles.

El llamado «siglo de Pericles» se caracterizó por un gran fomento del arte, la filosofía y la ciencia. Había tres clases sociales: los ciudadanos, los metecos (extranjeros que se habían instalado en el Estado) y los esclavos. La clase dominante era la de los ciudadanos. Ellos determinaban la vida del Estado y decidían sobre la guerra y la paz. Claro que esto sólo correspondía a los hombres. Las mujeres no tenían derechos civiles. Sus tareas se limitaban al cuidado de la casa y a la educación de los hijos. Se las excluía ampliamente de la vida pública y solamente abandonaban la casa para asistir a grandes fiestas. De hacer la compra, se encargaban los esclavos. Las heteras constituían la excepción. Eran muy libres en sus maneras. En lo que a formación se refiere, estaban muy por encima de las mujeres casadas y gracias a esta superioridad, los políticos y los filósofos las tenían por buenas interlocutoras. Aspasia era considerada una maestra excelente en las especialidades de filosofía y retórica. Sócrates le pedía consejo y le enviaba sus alumnos. Los más instruidos de la ciudad confiaban mucho en esta mujer tan culta e inteligente.

Como Sócrates mismo no puso sus ideas por escrito, sabemos de él principalmente a través de la obra de sus discípulos, sobre todo de Platón (427-347 a. C.). Platón anotó sus pensamientos en forma de diálogos, en los que casi siempre uno de los interlocutores es Sócrates. En uno de sus diálogos, *Menéxeno,* Sócrates dedica los más grandes elogios a su maestra Aspasia. Incluso confiesa que la teme, y explica cómo, en una ocasión, ella estuvo a punto de golpearlo por haber sido un alumno tan

desmemoriado. En este mismo diálogo, Sócrates repite un discurso que Aspasia debió de haber improvisado. Se trata de una oración fúnebre por los caídos en la guerra del Peloponeso. Pericles también había pronunciado un discurso con el mismo motivo, aunque era sobre todo un himno de alabanza de la forma de Estado democrático que él creó. En cambio, en el discurso de Aspasia se enumeran las virtudes tradicionales del pueblo ateniense y los vivos son llamados a no llorar excesivamente a los muertos.

En la Antigüedad clásica, la retórica, el arte de la oratoria, es una disciplina muy importante. Expresarse con artificio tenía mucha importancia y se recomendaba a los filósofos practicarlo. Como dice Aspasia: «Porque con un discurso bellamente expuesto sobreviene el recuerdo de las acciones gloriosamente efectuadas y el homenaje para sus autores de parte de los que las escuchan». El discurso consigue que no se olvide a los hombres que fueron a la guerra y quizás perdieron la vida. En el arte de la oratoria se combinan la espontaneidad y una preparación estudiada. El discurso debe estar bien construido y no producir un efecto de rigidez. De manera que la filosofía de Aspasia se desenvolvía predominantemente en los espacios públicos. La pensadora vivía los momentos de diálogo, amaba la conversación y la alocución en forma de discurso. Este modo de filosofar tiene un fuerte componente pedagógico. Una filosofía que se hace realidad al hablar resulta más educativa y tiene también de este modo un efecto social. Así lo defendía Aspasia. Quería animar a filosofar y no proclamar ningún tipo de sabiduría académica.

> A nuestros padres, si aún viven, y a nuestras madres es preciso exhortarlos sin cesar a soportar de la mejor manera posible la desgracia, si se llega a producir, y no lamentarse con ellos —no necesitarán que se les aflija, pues el infortunio acaecido les causará suficiente pesar—, sino cuidándolos y calmándolos, recordarles que los dioses han escuchado sus principales súplicas. Porque no habían pedido tener hijos inmortales sino valientes y famosos. Y esos bienes, que se cuentan entre los

más grandes, los han obtenido. Y no es fácil para un mortal que, en el curso de su existencia, todo suceda según deseo.

Del discurso en el diálogo de Platón *Menéxeno*

Diotima

También de otra filósofa griega puede decirse que Platón es casi su único testigo. En su diálogo *El Banquete,* Sócrates habla de una sabia mujer de Mantinea, en Arcadia, de nombre Diotima, que probablemente vivió hacia el 400 a. C.

En los banquetes, después de la comida se celebraba un *simposio* o festín en el que los hombres, mientras bebían, mantenían charlas sobre temas espirituales. En *El Banquete* de Platón, su diálogo más famoso, el tema es el amor. Sócrates tiene que dar un discurso sobre el tema y empieza del siguiente modo: «Pero voy a dejarte por ahora y os contaré el discurso sobre Eros que oí un día de labios de una mujer de Mantinea, Diotima, que era sabia en estas y otras muchas cosas. Así, por ejemplo, en cierta ocasión, consiguió para los atenienses, al haber hecho un sacrificio por la peste, un aplazamiento de diez años de la epidemia. Ella fue, precisamente, la que me enseñó también las cosas del amor. Intentaré, pues, exponeros, yo mismo por mi cuenta, en la medida en que pueda y partiendo de lo acordado entre Agatón y yo, el discurso que pronunció aquella mujer.»

«Eros» es, según la opinión de Diotima, algo que está entre dios y el ser humano y entre cualidades como bueno y malo, bello y feo. Hace posible que los seres humanos aspiren a la belleza y a la bondad, y que busquen la verdad. Los que más interés ponen en ello son para Diotima los artistas, los filósofos y los políticos. Sobre los filósofos dice que no son ni ignorantes, ni sabios, sino algo intermedio, al igual que Eros: «La sabiduría, en efecto, es una de las cosas más bellas y Eros es amor de lo bello, de modo que Eros es necesariamente amante de la sabiduría, y por ser amante de la sabiduría está, por tanto, en medio del sabio y del ignorante.» El elemento a partir del cual Eros actúa es, por consiguiente, el amor,

que es para Diotima el camino para alcanzar la inmortalidad. Esto hace referencia tanto al cuerpo como al alma. Se realiza por medio de la reproducción, del arte y de la ciencia. Mientras los individuos vayan teniendo descendencia, alguna parte de ellos quedará en el mundo, aunque estén muertos. Artistas, políticos y científicos se perpetúan en sus obras a través del poder de Eros. Puede ser un poema, o un conocimiento científico o la lucha por un estado justo. En todo caso, quizás aquellos que intentan conseguir la inmortalidad reciban también otro premio: en algún momento podrán llegar a contemplar la belleza y la bondad en estado puro y así alcanzar la felicidad más elevada. Lo que es bello y bueno por sí mismo no es comparable a nada; es absoluto. No transcurre, no está sometido a un devenir, sino que tiene un ser inmutable. No puede compararse con nada, ni competir con otro valor cualquiera. Es él mismo, es como es y será para siempre él mismo. El ser humano lo aprecia porque tiene algo que ver con su esencia, porque le pertenece. No le resulta extraño. Es lo que más desea, el sentido de su vida.

No obstante, es sorprendente que Diotima atribuya todas las facultades extraordinarias casi con exclusividad a los hombres. Claro que no sabemos hasta qué punto llega Platón, a la hora de adaptar las afirmaciones de Diotima, a su propio pensamiento. De cualquier modo, no era un filósofo de los que reconocen a las mujeres el acceso a la sabiduría más elevada. Platón opinaba que sólo los hombres podían alcanzar la verdad. Queda pues en el aire lo que deba atribuirse realmente a Diotima y qué a Platón. En cualquier caso, la de Mantinea fue una mujer que amó la verdad y aspiró ella misma a la belleza y a la bondad.

> En efecto, quien hasta aquí haya sido instruido en las cosas del amor, tras haber contemplado las cosas bellas en ordenada y correcta sucesión, descubrirá de repente, llegando ya al término de su iniciación amorosa, algo maravillosamente bello por naturaleza, a saber, aquello mismo, Sócrates, por lo que precisamente se hicieron todos los esfuerzos anteriores, que, en primer lugar, existe siempre y ni nace ni perece, ni crece ni

> decrece; en segundo lugar, no es bello en un aspecto y feo en otro, ni unas veces bello y otras no, ni bello respecto a una cosa y feo respecto a otra, ni aquí bello y allí feo, como si fuera para unos bello y para otros feo.
>
> Diotima en *El Banquete* de Platón

Tanto la filosofía de Sócrates como la de Diotima nos han llegado solamente a través de los diálogos de Platón. El hecho de que Platón escribiera diálogos nos permite imaginar la viveza de esos pensamientos. Los pensamientos decisivos surgen en medio de un ir y venir de argumentos. Alguien deja caer una pregunta y espera que el uno o la otra la recoja para participar. Este modo de filosofar tiene algo de juego, sin que este factor le reste seriedad. Se trata de los grandes problemas de la vida y hay que hablar de ellos.

Entre el pensamiento de los pitagóricos y el de Diotima, Sócrates y Platón hay una diferencia esencial. Para los pitagóricos existía un mundo en el que todo estaba relacionado. En el pensamiento de Diotima existen dos mundos: uno es relativo, perceptible por los sentidos y limitado en el espacio y el tiempo; el otro es eterno y va más allá de la capacidad de comprensión humana. En la historia de la filosofía posterior, se afianzó con fuerza esta «teoría de dos mundos». En filosofía, siempre se tratará de observar por un lado lo que se percibe con los sentidos, pero por el otro, se hará con miras a lo que atañe a su esencia, su fundamento, su ser. El filósofo griego Aristóteles (384-322 a.C.) hablaba en este contexto de la «filosofía primera», que más tarde se conocería como «metafísica». La palabra metafísica tiene orígenes muy pragmáticos. Uno de los primeros editores de los tratados de Aristóteles puso este nombre al libro que, en la colección, venía después de la física. Metafísica, que literalmente significa: lo que viene después de la física. De modo que en la estantería, primero está el volumen de la física y después viene el de la metafísica. Naturalmente, el sentido filosófico es completamente diferente. La «filosofía primera» se ocupa de las primeras cosas, las primordiales, de aquellas que no podemos ver pero aun así nos preocupan. La metafísica, el estudio de lo que va más

allá de lo «físico», es decir, de lo observable por los sentidos, no investiga ningún ámbito en particular, sino que se pregunta por lo que hay de inmutable y eterno oculto tras el mundo visible. Todas las filosofías posteriores, sin que importe si fueron hombres o mujeres los que las pensaron, tienen algo que ver con la metafísica, aunque sólo sea para criticarla.

Fintis

En Esparta, otra ciudad importante de la antigua Grecia junto con Atenas, vivió hacia el 400 a. C. la filósofa Fintis, hija de un general. No se sabe nada más de su vida. Fintis era discípula de la escuela pitagórica. Escribió un tratado sobre el comportamiento moral de la mujer. En este escrito, principalmente quería mostrar la importancia de vivir en armonía con uno mismo, de no exagerar en nada y mantener la moderación en todas las cosas. Es una actitud que ya nos resulta familiar. Según la opinión de Fintis es de esperar que los hombres prefieran la moderación, ya que ellos determinan la vida pública. Filosofar, no obstante, lo atribuye a los dos sexos: «Puede que muchos piensen que no es adecuado para una mujer filosofar, como tampoco cabalgar o hablar en la asamblea. Pero yo creo que algunas cosas son propias del hombre, otras de la mujer y otras son comunes a los dos.» Los dos, hombre y mujer, deben practicar «la valentía, la justicia y la comprensión».

Y es que Fintis reflexionó principalmente sobre cómo obrar correctamente. «¿Qué debemos hacer?» es la pregunta que se hace la ética, como así se llama. La ética es una rama de la filosofía. Se ocupa de su vertiente práctica. La palabra viene del griego *ethikós*, que podría traducirse como «costumbre». Aristóteles fue el primero en sentar sus bases. Para Fintis, la ética era el eje central a la hora de filosofar. Pero primero cabe aclarar un prejuicio. Aunque precisamente la reflexión sobre los actos humanos ocupa un lugar importante entre las pensadoras, no puede decirse simplemente que estén más orientadas a la práctica y que sólo admitan la teoría cuando es directamente aplicable a la práctica.

Perictione

Así por ejemplo, dice Perictione —de quien no sabemos más detalles acerca de su vida excepto que vivió en Atenas entre los siglos IV y III a. C.— que el sentido de la filosofía consiste en llegar hasta el fondo de todas las cosas, comprender su esencia, su ser. Así que desde un principio, las filósofas mostraron interés en la metafísica, en el trabajo de querer conocer, con un énfasis especial en la palabra trabajo. En la filosofía de las mujeres, no se trata de proporcionar recetas que ayuden a vivir. El trabajo de pensar es duro y requiere paciencia, pero está vivo y relacionado con la vida. Perictione escribió un tratado *Sobre la sabiduría*, donde se dice lo siguiente: «La humanidad ha nacido y vive para observar el principio de la naturaleza como un todo. La tarea de la sabiduría consiste en llegar a poseer las cosas y comprender su finalidad.»

Según la filosofía de Perictione, hay que mirar la «naturaleza como un todo», es decir, el cosmos, el mundo como tal, y no pararnos en los detalles. Los seres humanos viven de hora en hora, de día en día, hacen su trabajo, educan a sus hijos, se dedican a la política, celebran fiestas, cultivan la tierra, miran esto y aquello, se preocupan por esto y por lo otro. Pero hasta aquí no se hace todavía filosofía. La filosofía surge en el momento en que el ser humano toma una distancia entre él y sus ocupaciones diarias; y se pregunta de dónde y hacia dónde va, cuál es el sentido del todo.

Uno de los filósofos que han tenido más repercusión hasta hoy ha sido Platón. Su pensamiento básico era que la verdadera realidad corresponde a las ideas y que éstas trascienden los sentidos. Que en nuestra imaginación quepa el concepto de justicia o de belleza, por ejemplo, se debe al hecho de que hay una idea de la justicia o una idea de la belleza. Detrás de la realidad que percibimos con los sentidos, existe una realidad invisible, la de las ideas, que son eternas e inmutables.

Hipatia

El platonismo vivió su primer «renacimiento» en el siglo IV después de Jesucristo. El término filosófico para la orientación del pensamiento de la época se llama neoplatonismo. Una representante destacada de esa escuela es Hipatia (hacia el 370-413 d. C.), que se considera la primera matemática de la historia. Vivió en Alejandría en una época de cambios radicales. Alejandría formaba parte de la provincia romana de Egipto, y experimentaba una fuerte cristianización. La Iglesia era algo así como un Estado dentro del Estado. Fortaleció el sentimiento nacional de las personas al traducir los documentos eclesiásticos a la lengua común del antiguo Egipto. Hipatia, que no era cristiana, quedaba expuesta a las enemistades de una parte de la población. El obispo de la ciudad, Cirilo, estaba en contra de la filosofía. Según su opinión, tenía algo de subversivo, que hacía sublevar a las personas. Cuando la gente empieza a filosofar, ya no se puede confiar más en ella. Nunca se sabe qué se les va a ocurrir y hasta qué punto pueden poner en peligro la seguridad del Estado, si filosofan demasiado. ¡Cuánta razón tenía! ¡Su instinto no le traicionó! Efectivamente, las personas que se interesan por la filosofía pueden ser «peligrosas», pero en sentido positivo, ya que van por el mundo con los ojos bien abiertos y están acostumbradas a hacer preguntas, a hablar de los problemas abiertamente y a no darse por satisfechas con soluciones rápidas. Reflexionan sobre la libertad y la justicia, cosa que puede resultar incómoda para los gobernantes de un estado.

Un contemporáneo de Hipatia, el erudito Sócrates Escolástico, escribe sobre la filósofa: «Vivió en Alejandría una mujer, Hipatia de nombre, que era hija del filósofo Teón. Tenía una formación extraordinaria, que sobrepasaba a todos los filósofos de su tiempo. Su actividad docente la llevó a lo más alto de la escuela platónica, conducida por Plotino, y enseñó a todo aquel que se lo pidiera, en cualquier campo del saber.» Debido a su cultura inmensa y a su gran inteligencia, Hipatia gozaba de la más alta consideración entre los que sabían apreciar estos valores. Se movía

con gran naturalidad entre los hombres y no se retractaba fácilmente de sus opiniones. Además, de acuerdo con el antiguo ideal de dedicar una vida al servicio de la ciencia, permaneció soltera. Hipatia daba clases en el Museion de la Universidad de Alejandría, principalmente de las enseñanzas de Platón, pero también de geometría y de astronomía. Parece que escribió diversos libros de todas estas disciplinas que, desgraciadamente, fueron destruidos. Fue la inventora de diversos aparejos, entre ellos, uno para medir el nivel del agua y otro para determinar la gravedad específica de los líquidos. Hipatia estaba muy presente en la vida pública y contaba con una gran consideración por parte de los pensadores. Esto es lo que relatan fuentes fidedignas.

Ya no se puede reconstruir su propia interpretación de la filosofía platónica. Seguramente, tenía una actitud positiva hacia la teoría de Platón, acerca de las ideas como lugares reales donde reside la verdad. Como astrónoma, se dedicó a la investigación del cielo, y tenía un sentido especial para las cosas que no son observables por la vista. Lo mismo podría decirse respecto a las matemáticas, ya que tienen relación con cosas que están fuera de lo que se percibe por los sentidos. Para Platón, las cosas esenciales no son las de la realidad tangible, sino las que están «detrás». Las personas viven como prisioneros encadenados, según Platón. Lo que ven es nebuloso. Sólo cuando se deshacen de sus cadenas y se libran de ellas, pueden reconocer la verdad. El cuerpo es una atadura, de la que uno debe escapar paso a paso. Platón aplicó también su filosofía a la política y reivindicaba la figura de un gobernante filósofo para dirigir el Estado. Sólo alguien así sería capaz de gobernar de manera sabia y justa.

Es de suponer que la idea de Estado que tenía Hipatia era muy similar. En consecuencia, los nacionalistas egipcios le resultaban ajenos. Además, el hecho de que no fuera cristiana le deparó muchos enemigos poderosos. Su vida finalizó de manera trágica, tal como Sócrates Escolástico explica: «De tal suerte que diversos exaltados, encabezados por monjes, conspiraron entre todos y atacaron a la mujer por la espalda en una ocasión cuando regresaba a su casa. La arrancaron de su carruaje y la arrastraron

juntos a la iglesia que se conoce con el nombre de Kaisarion. Allí, la despojaron de sus ropas y desgarraron su cuerpo con trozos de conchas marinas. Despedazaron a la mujer miembro a miembro y llevaron después los pedazos a un lugar llamado Kikaron para quemarlos.»

Fue un final clamoroso, que se fue transmitiendo de generación en generación y así su nombre quedó para la posteridad. Sin embargo, su filosofía se olvidó.

Todas estas filósofas antiguas mostraron la diversidad de su trabajo filosófico, ya fuera por su anhelo de ahondar en el mundo, o bien por su deseo de lograr una vida privada y política buena y llena de sentido. No vivieron retraídas y solitarias, sino que prefirieron conversar con otras personas y tuvieron el valor de emitir juicios con autonomía. Mostraron así la fuerza explosiva que se esconde en un pensamiento libre de prejuicios. La filosofía es un negocio peligroso, no sólo para los mismos que filosofan, sino también para la sociedad y la política. Nada permanece para siempre inalterable. Todo puede ser considerado y juzgado de nuevo en cualquier momento. Y esto no resulta agradable para todo el mundo.

Las filósofas de la Antigüedad se plantearon las preguntas básicas de la filosofía de igual modo que sus colegas masculinos. Al principio de la historia de la filosofía, encontramos pensadoras y pensadores que se lanzaron al experimento de la filosofía sin importarles adónde les llevaría.

II. «LA ESTUPIDEZ SE COMPLACE EN SÍ MISMA»: LAS FILÓSOFAS CRISTIANAS DE LA EDAD MEDIA

Hipatia fue una víctima de los cristianos fanáticos. Fue la última filósofa «pagana» de la Antigüedad que conocemos. La marcha triunfal del cristianismo avanzaba sin detenerse, influenciando progresivamente toda manifestación de la vida espiritual. Cuanto más fuerte era la posición de la Iglesia en la sociedad, menos derechos tenían las mujeres. Por lo que respecta a la filosofía, ésta acabaría por convertirse en una ciencia auxiliar de la teología. La teología, y con ella también la fe «verdadera», la defendida por la Iglesia oficial, no podían ser perturbadas. La teología ocupaba el lugar más elevado. La filosofía únicamente tenía la misión de proporcionar argumentos que respaldaran el dogma eclesiástico. El primer filósofo cristiano importante fue Agustín de Hipona (354-430). En sus *Confesiones*, escribió su biografía en forma de conversación con Dios. Dios debía ayudarle a extraer las conclusiones filosóficas correctas. Aunque Agustín temía dejar sus pensamientos libres, pues no podría haber admitido dudar de la autoridad de Dios, no obstante, se mostraba como una persona que busca la verdad por sí misma. Agustín de Hipona dominó el pensamiento occidental hasta el siglo XIII.

Por lo que respecta a las mujeres que filosofaron en la Baja Edad Media, sabemos muy poca cosa aparte de que las mujeres nobles solían ser muy cultas, con frecuencia incluso más cultas que sus maridos. Y las que se quedaban solteras, como a menudo

entraban en monasterios que eran focos de cultura, tenían la posibilidad de ampliar sus conocimientos.

No fue hasta el siglo XI, con el comienzo de la Alta Edad Media, que algunas filósofas tuvieron tanto reconocimiento que sus obras han perdurado. Entretanto, el cristianismo ya se había convertido en la religión dominante en todo el espacio europeo, sobre todo en el ámbito del comercio y en la práctica de la vida diaria.

Para la filosofía de la época, el dios cristiano era el eje central. La relación entre la fe en Dios y la razón fue uno de los problemas más característicos y conflictivos. ¿Estaban confrontadas de manera irreconciliable o podían enriquecerse mutuamente? Si se contempla desde la historia de la filosofía, ésta fue una pregunta obligada durante toda la Alta Edad Media.

Por otro lado, la situación de las mujeres había mejorado en tanto que podían ejercer muchas más profesiones que en la Baja Edad Media. Había, por ejemplo, mujeres comerciantes y copistas. Las copistas tenían la tarea de copiar obras de importancia. La escritura era la única posibilidad de que disponían las mujeres de expresar sus pensamientos y sus emociones, ya que no debían hablar en público conforme a las directrices de la Iglesia, que básicamente veía en la mujer un ser inferior en comparación con el hombre. Hasta filósofos importantes como Tomás de Aquino (aprox. 1225-1274) y Alberto Magno (1200-1280) opinaban que la mujer era inferior al hombre en todos los sentidos.

En la historia de la filosofía, este período medieval se conoce como el de la «escolástica», una palabra que viene del griego *scholastikós* y que se refiere al que enseña en una escuela. En un principio, esta palabra designaba el saber cultivado en las escuelas medievales, y después, por transposición, la materia y el método que se utilizaban en la enseñanza de esta materia. Se caracterizaba por dos aspectos importantes: en primer lugar, uno se sentía obligado con la tradición, y en segundo término, se concedía un gran valor al pensamiento lógico. La tradición la constituían las autoridades de la Iglesia, la Biblia y el filósofo griego de la Antigüedad Aristóteles. La tarea del pensamiento consistía en ahondar de manera lógica en las proposiciones de esas autorida-

des para entender su sentido. El punto de vista personal carecía de importancia; la objetividad estaba en primer lugar. La escolástica consideraba que su misión era fundamentar los dogmas del cristianismo de acuerdo con la razón. Se pretendía mostrar que la Biblia no debía ser entendida únicamente a través de los sentimientos. También se podía llegar al conocimiento de Dios mediante la razón. El representante más importante de esta escuela de pensamiento fue el ya mencionado Tomás de Aquino, quien incluso presentó pruebas de la existencia de Dios. Partía del hecho evidente de que todo se mueve, aunque nada se mueve por sí mismo, sino que es movido por otro. Pero este ciclo no puede continuar hasta el infinito, ya que debe haber un motor primero que no sea movido por ningún otro agente. A este «motor no movido», Tomás lo llama Dios.

A las mujeres no les estaba permitido ocuparse de estas cuestiones, ni de los tratados filosóficos y teológicos en general. De ahí que no conozcamos a ninguna mujer escolástica.

Pero había otra corriente filosófica en la que las pensadoras podían encontrar su sitio: la mística. La palabra mística procede del griego *mistikós* y significa «cerrar los ojos». Como movimiento opuesto a la escolástica, orientada a la razón, la mística se entendía como una filosofía del alma abierta, del saber recóndito. De modo que la razón y el intelecto no están en el primer plano de la mística, sino el escuchar con humildad lo que Dios tiene que decirnos. Los intereses propios deben callar; el yo carece de importancia. La devoción por la palabra de Dios es la condición para poder oírla de verdad.

Hildegard von Bingen

La mística alemana se inició con Hildegard von Bingen (1098-1179), la cual se sitúa también en el principio de la filosofía alemana. Sin embargo, durante mucho tiempo no se la tuvo en cuenta en el terreno de la investigación. Se suponía que el maestro Eckart (1260-1327) era el primer místico alemán, aunque él se había

referido a Hildegard de manera explícita. Ciertamente, se reconocía que las mujeres tenían cierto tipo de experiencias místicas, aunque no se las tomaba muy en serio en este sentido. Se creía más bien que las mujeres, gracias a su «entendimiento fácil», estaban en situación de sentir de manera espontánea algo así como un efecto divino. Y es que la tarea de las mujeres era ya de por sí la entrega a los demás, y no la dedicación a una formación propia. Así que parecían predispuestas a tener una fe intensa, basada en el sentimiento. Sin embargo, no se las creía capaces de interpretar estas vivencias y extraer de ellas conclusiones que pudieran ser válidas para otras personas.

La esencia de la experiencia mística es la visión directa de Dios. A menudo, esta experiencia va ligada a la visualización de imágenes y se habla entonces de visiones. Esas imágenes poseen un carácter simbólico y deben ser interpretadas. El punto de máxima intensidad de la experiencia mística culmina con el éxtasis, mediante el cual la persona se aparta del mundo y tiene la sensación de que Dios la recibe directamente.

Hildegard von Bingen nació en 1098 cerca de Alzey, en el Palatinado, en el seno de una familia noble. Fue la décima de los hijos de Hildebert von Bermersheim y su mujer Mechthild, los cuales la ofrendaron a Dios, tal como era costumbre. A la edad de ocho años, ya la llevaron a una ermita de mujeres, porque en el cercano convento benedictino no quedaban plazas libres. La ermita se había construido en el lateral de un monasterio de monjes y sólo tenía una ventana que daba al interior y otra al exterior. La puerta conducía a un jardín de hierbas aromáticas. Aquí vivió Hildegard durante 30 años. Entre sus 14 y 15 años hizo los votos de monja. Hildegard era una mujer muy dotada: aprendía con rapidez, escribía, tocaba varios instrumentos, y componía. Además de libros, escribió también canciones y una ópera, *Ordo Virtutum*. A partir de 1136 y hasta su muerte fue abadesa, y entre 1147 y 1150 fundó su propio monasterio en Rupertsberg, en Bingen. Tuvo que batallar duramente por este monasterio. Su fervor provocaba inseguridad en los monjes. Cabe recordar que habitualmente los monasterios de monjas estaban bajo la protec-

ción y responsabilidad de los monjes. En el año 1158, Hildegard consiguió la independencia de su convento. Elevó sus monjas a la misma categoría que los monjes; podían ocupar los mismos sitios en la iglesia y podían cantar.

En sus memorias la erudita comenta que era sobre todo en los períodos de enfermedad cuando volvía a tener visiones. Hildegard tuvo que conseguir que el papa Eugenio III confirmara este «don profético», hecho que se produjo en 1147. La mística emprendía a menudo viajes de predicación. También en esta actividad se la observaba con recelo, ya que a las mujeres no se les permitía predicar. En el año 1165, Hildegard fundó un segundo monasterio en Eibingen. En éste, no sólo aceptaba a mujeres nobles, sino también a hijas de burgueses ricos, lo que supuso una revolución para la época. Por otro lado, se enfrentó a numerosos conflictos con los superiores de la Iglesia. Éstos mantuvieron la polémica incluso después de su muerte. No fue hasta el siglo XV que la Iglesia se reconcilió con Hildegard. El papa Juan Pablo II la reconoció como una «mujer santa».

En sus visiones, Hildegard revelaba la asombrosa conexión existente entre Dios, el ser humano y el cosmos. En esta unión, el propio yo pasa a un segundo plano. Para Hildegard, es decisivo no detenerse en uno mismo, sino contemplar la totalidad del universo. En general, en el período de la Edad Media, la subjetividad o la individualidad no contaban ni por asomo con un papel tan relevante como en la actualidad. Era mucho más primordial pensar en las personas en general o en la humanidad como un todo. «Como cenizas y polvo de cenizas, estoy ante mí en lo más profundo de mi alma y como polvo que se dispersa en el aire», así es como Hildegard hablaba de sí misma. No obstante, ello no indica una modestia especial, sino que es un aspecto característico de la época en la que vivió y desarrolló su filosofía. El individuo era diminuto en comparación con la totalidad de la Creación.

De los libros que Hildegard von Bingen escribió, se han conservado tres grandes obras. Durante diez años, trabajó en su primer tratado, de título *Scivias* (*Conoce los caminos*). Hildegard describe en esta obra tres visiones, que siempre tienen como tema la

posición del ser humano respecto al cosmos y a Dios. La mística no trabaja con fórmulas abstractas, sino con imágenes de gran valor informativo. El mundo es una rueda que Dios sostiene. El ser humano está en el medio. Debe decidir entre el bien y el mal y es responsable de su vida y del curso de la historia. De aquí que su misión más elevada sea restablecer siempre la armonía con el cosmos y con Dios.

En el segundo tratado, de contenido moral, el *Liber vitae meritorum* (*Libro de la vida meritoria*), Hildegard trabajó entre 1158 y 1161. En este libro todo gira en torno al obrar correctamente. Hildegard presenta virtudes y vicios de manera personificada manteniendo discusiones —como si estuvieran sobre un escenario— en las que acaba venciendo la virtud.

Entre las obras de Hildegard von Bingen, la más extraordinaria es su tercer libro: *Liber divinorum operum* (*El libro de las obras divinas*). Hildegard establece una relación directa del ser humano con el cosmos, con el que existen correspondencias humanas: «En el centro del edificio del mundo está el ser humano. Pues él es más importante que todas las demás criaturas que dependen de esa estructura que es el mundo.» La mística tiene una visión jerárquica del mundo. El ser humano se sitúa en un plano más elevado que animales y plantas. «Puesto que la longitud y la anchura de la figura humana tienen la misma medida si se extienden brazos y manos de manera simétrica; como también el firmamento es igual de longitud que de anchura.» Hildegard describe diferentes relaciones cambiantes entre Dios y el ser humano.

El ser humano no se halla frente al mundo, sino que forma parte de él. La filosofía de la Edad Media no pretendía ahondar de forma racional para interpretar el mundo, sino visualizar lo que era captado por la mirada interior. A nosotros nos resulta bastante extraño, pues estamos acostumbrados a analizar las cosas con nuestro entendimiento y a separarlas, a observarlas aisladamente por partes. El imaginario de Hildegard es cerrado. Todo tiene en él su sitio y todo está relacionado con todo y, a su vez, se relaciona con Dios. Tan sólo la religión tiene sentido. Sin la religión, no hay nada que resulte comprensible. En el «sistema» de

Hildegard, las imágenes poseen a menudo significados diferentes, según la perspectiva desde la que se observan, no obstante, el todo es un todo redondo, completo.

Para la mayoría de los individuos, hoy en día no existen las verdades de fe, que se aceptan fácilmente sin ser analizadas. Estamos acostumbrados a decidir individualmente lo que tenemos por verdadero. Pero no era así en la Edad Media y desde este plano hay que contemplar también el pensamiento de Hildegard. La filosofía y la ciencia no aspiraban a obtener resultados exactos, sino que trabajaban para evidenciar la primera causa divina.

Hildegard también se ocupó de otro problema, sin el cual es inconcebible la historia de la filosofía: ¿Cuál es la relación entre el cuerpo y el alma? ¿Tienen que considerarse separados de manera estricta o depende uno del otro? La pensadora consideraba que se necesitan mutuamente. Aunque el alma está en una situación preferente, su esencia sólo se impone gracias a la unión con el cuerpo. «El alma da vida al cuerpo, de manera que el cuerpo necesita del alma, pero también el alma del cuerpo para poder actuar.» Por eso es también importante que prestemos atención al cuerpo y que no lo descuidemos. Y aquí se oye la voz de la curandera. Hildegard tiene un libro sobre el reconocimiento y el tratamiento de enfermedades con el título *Causae et Curae* que servía para enseñar a los que se preparaban para ser médicos.

Pero Hildegard no se ocupó sólo de la filosofía y la medicina curativa, también escribió tratados de historia natural y se dedicó, como se ha mencionado antes, a componer música. Era una mujer sumamente polifacética, que no vacilaba en aparecer en público, dar sermones sobre temas de lo más variado y manifestar su opinión en cualquier momento. A muchas personalidades de la vida pública les daba consejo y mantenía correspondencia con papas y reyes. Hildegard estaba profundamente arraigada en su tiempo, pero su pensamiento se desarrolló fuera de los límites dogmáticos, y aunque obviamente se tomara muy en serio las palabras de la Biblia, dejaba un margen relativamente amplio a la responsabilidad propia del individuo.

Igual que las aguas y las profundidades del abismo muestran el poder y la capacidad de Dios, también el alma del hombre que aspira a Dios, con sus energías puestas en las buenas obras de Dios, anuncia poder y capacidad...

Y como el hombre nunca dejará de existir, ya que aunque se convierta en polvo, más tarde resucitará, siempre podrán verse también sus obras. Sus buenas acciones lo glorificarán, las malas lo avergonzarán, mientras no sean redimidas mediante un arrepentimiento público.

HILDEGARD VON BINGEN, *Libro de la vida meritoria*

MECHTHILD VON MAGDEBURG

En la tradición de Hildegard von Bingen encontramos a otra mística: Mechthild von Magdeburg, que vivió aproximadamente entre los años 1212 y 1283. No podemos determinar con exactitud ni el año de nacimiento ni el de su muerte y también la mayor parte de su vida nos resulta desconocida. A la edad de 20 años, Mechthild decidió hacerse beguina. Las beguinas eran sociedades religiosas, donde las mujeres podían llevar una vida ascética y retirada sin hacer los votos monásticos. Practicaban la humildad, la castidad, la oración y no podían acumular riquezas. Tenían que ocuparse de su manutención. Muchas beguinas trabajaban de maestras.

No fue hasta que pasaron 40 años que Mechthild entró en un monasterio «de verdad». A la edad de 60 años, ingresó en la orden del Císter en el monasterio de Helfta, en Turingia. En esta época, la Iglesia católica había empezado a perseguir a las beguinas, que se consideraban herejes.

Mechthild hablaba de visiones que la atormentaban desde que tenía doce años. Con el corazón oprimido, anotó estas vivencias: «Temo a Dios cuando callo, pero temo a los hombres que no me entienden cuando escribo.» Tituló su libro: *Das fließende Licht der Gottheit (La luz rutilante de la Divinidad).*

La misma Mechthild no se consideraba especialmente culta, cosa que no puede ser del todo cierta ya que, cuanto menos, man-

tuvo una intensa correspondencia con su hermano Balduin, subprior del convento de los dominicos de Halle y hombre muy culto. Ella comenzó a anotar sus pensamientos y vivencias hacia 1250.

Mechthild se sentía atrapada entre los dos mundos: el terrenal, limitado en el tiempo, y el divino, eterno. Para ilustrar la vivencia de su predisposición a sentirse por encima de las cosas cotidianas, utiliza la imagen del baile. Al bailar, los pies ya no tocan del todo el suelo, sino que se elevan una y otra vez; y aquí Mechthild se siente fascinada sobre todo por los saltos. El espíritu tiene que poder moverse y, en un baile inacabable, debe intentar traspasar las fronteras que le han sido fijadas.

La mística se imagina este tanteo en el ámbito metafísico no como una sucesión de niveles marcados por una lógica, sino como subidas y bajadas, como moverse en círculo, en espiral y dando saltos.

Para Mechthild es muy importante la palabra escrita; con ella puede expresar su lucha por el reconocimiento, de manera que otros la lean y así pueda seguir ejerciendo una influencia. A sus ojos, las palabras pueden ser antorchas, llamas indestructibles. Una inteligencia clara como el agua y una gran fortaleza de sentimientos actúan simultáneamente cuando se trata del conocimiento más elevado.

Cuando las jóvenes novicias del monasterio de Helfta le pedían ayuda a la hora de aprender, Mechthild les decía: «Lo que me pedís, lo encontraréis mil veces en vuestros libros.» Se necesita prestar atención y tener disciplina, así como concentración y muy buena memoria. Con su concepción extremadamente positiva de la palabra escrita, los filósofos y las filósofas medievales se diferencian de los de la Antigüedad, que daban más importancia a la expresión oral, por delante de la escrita.

Otro gran tema para Mechthild es la explicación del bien y del mal. Según cree observar, el mal se esconde, ya que le gusta disfrazarse. A los hombres les cuesta distinguir la maldad. Tienen que quitarse su inocencia y mirar a través de las máscaras del mal.

Mechthild también critica la hipocresía dominante en la Iglesia de su época, lo que le reportó muchos enemigos. Incluso quedó apartada de los oficios religiosos durante un tiempo. Fue una mujer

que participó en la vida pública, aunque sin tanta intensidad como Hildegard von Bingen. Mechthild manifestaba su opinión cuando se trataba de denunciar injusticias; también era una persona política. El encuentro con Dios había sido una llamada no para mirar a otro lado, sino para participar activamente en los problemas de la sociedad.

Las formas que utilizó Mechthild para expresar sus pensamientos fueron muy diversas: refranes, aforismos, poemas, canciones, plegarias, pequeños tratados teóricos. Y aquí aparece un aspecto que caracteriza a las mujeres filósofas: no se limitan a cultivar una forma de expresión determinada, sino que prueban estilos diferentes.

> Estas siete cosas debemos practicar:
> justos en la vida,
> generosos en la necesidad,
> leales en comunidad,
> dispuestos, secretamente, a ayudar
> en la necesidad y en la miseria, callar
> plenamente con la verdad estar,
> de la mentira, ser enemigos.

MECHTHILD VON MAGDEBURG,
La luz rutilante de la Divinidad

MARGUERITE PORÈTE

A continuación, vamos a echar una ojeada a Francia. Una beguina francesa muy famosa fue la mística Marguerite Porète (1255-1310). Muy probablemente no vivió siempre en el mismo sitio, sino que estuvo de peregrinaje durante un tiempo. Ya en esa época las beguinas eran perseguidas por herejes en Francia. Porète escribió un único tratado: *El espejo de las almas simples,* que no fue tolerado por la Iglesia. El obispo de Cambrai hizo procesar a la pensadora, que fue acusada de herejía; su libro fue confiscado y en el año 1300 quemado. Pero Porète no dejó que acallaran su voz. Siguió leyendo su texto en público y en consecuencia, fue perseguida y encerrada en una cárcel de París. No quiso retrac-

tarse y en 1310 fue quemada en la hoguera por hereje. Hasta el día de hoy, la Iglesia católica no ha rectificado esta sentencia. Todos los ejemplares del tratado fueron confiscados y destruidos. Sin embargo, sobrevivió una copia del original en francés, que fue traducida a varios idiomas y tuvo una gran difusión.

¿Y qué es lo que enojó tanto a los superiores de la Iglesia hasta el punto de que Marguerite tuviera que morir?

En su *Espejo de las almas simples,* la mística describe la ascensión del alma hasta la plena libertad. Esta libertad significa también abandonar los preceptos de la Iglesia y las normas religiosas. De ahí la fuerza explosiva del texto, ya que de los filósofos y filósofas de la Edad Media se esperaba que se movieran dentro de los parámetros que la Iglesia católica defendía como doctrina verdadera. Sin embargo, la finalidad de la filosofía de la libertad de Marguerite Porète era sobre todo vivir el amor divino de una manera directa, desde la conciencia, sin intermediarios. Esta conciencia aparece como un rayo sin la intervención de la voluntad ni del entendimiento. Porète califica este estado de conciencia como el Paraíso en la tierra.

La vida de la mística Marguerite Porète es un ejemplo del estrecho margen de movimiento que existía en la Edad Media para quienes se atrevían a pensar por su cuenta y a desarrollar ideas propias. El simple hecho de querer hablar libremente, sobre todo en el ámbito de la teología y la filosofía, hacía peligrar la vida.

Pero Porète no se dejó asustar. Defendía aquello que había reconocido como verdadero.

> ¡Ah! ¿Y de qué o cómo podría tal Alma tener miedo? En verdad, ella no podría ni debería temer ni dudar nada, pues suponiendo que estuviera en el mundo, y que fuera posible que el mundo, la carne, el diablo y los cuatro elementos, los pájaros del aire y las bestias que mudan la piel la atormentasen, despedazasen ydevorasen, aun así ella no podría perder nada si le queda Dios: pues Él es todo en todas partes, todo poder, toda sabiduría y toda bondad.

MARGUERITE PORÈTE, *El espejo de las almas simples*

Catalina de Siena

Otra gran pensadora de la Edad Media fue Catalina de Siena (aprox. 1347-1380). Catalina nació en Siena; fue la que hizo el número 23 de los hijos que tuvieron el tintorero Jakob Benencasa y su mujer Lopa. Desde muy pequeña tuvo visiones que la impulsaban a entrar en un convento. Pero topó con la tenaz resistencia de la madre, la cual quería casar a su hija a la edad de doce años, como era habitual en esa época. Después de que Catalina se cortara el pelo, nadie pudo ya pasar por alto que la obstinada personilla se había propuesto quedarse virgen y consagrar su vida a Dios. La madre ya no pudo hacer nada más. Tuvo que consentirlo, ya que también para ella los signos eran demasiado claros. De todos modos, el asunto no debía quedar sin castigo para la díscola niña: a partir de entonces, Catalina ya no dispuso de una habitación propia y tuvo que trabajar en casa como sirvienta. Catalina no se opuso. Sencillamente, todo ello carecía de verdadera importancia, ya que otros planes habían tomado forma en su cabeza: quería ser monja lo antes posible. Finalmente tuvo suerte y a los 16 años fue admitida en la orden seglar de terciarias dominicas. Catalina podía continuar viviendo en su casa y volver a tener su habitación, ya que las terciarias vivían bajo una superiora pero sin abandonar la casa familiar. Ella misma se impuso silencio y sólo salía de casa cuando quería ir a la iglesia. Hasta que en una visión, recibió el encargo de pasar de la soledad a la vida pública, para participar en la sociedad. Se dedicó sobre todo a los enfermos. Pronto se formó a su alrededor un círculo de monjas, monjes y laicos que la ayudaban.

En el año 1374, Catalina tuvo que comparecer en Florencia ante los superiores de la orden dominica para demostrar su «ortodoxia», que había sido cuestionada. Dominó esta situación magistralmente, y la Iglesia la envió de viaje para convertir infieles a la fe católica. Era una misión oficial y la acompañaban padres confesores que bautizaban a los nuevos fieles al momento.

Al principio, Catalina hizo poner sus pensamientos por escrito, ya que era analfabeta y se veía obligada a tener que dictar

sus textos. No fue hasta más tarde que aprendió a leer y a escribir. Entonces, fue anotando sus pensamientos de manera sistemática en su obra principal, el *Diálogo* o *Libro de la Divina Providencia.* Cabe destacar el hecho de que escribiera este libro en lengua vulgar para facilitar al máximo a sus lectoras y lectores el el acceso a su pensamiento y, con el mismo fin, optó por un diálogo entre Dios y el ser humano, en el que éste plantea preguntas que Dios responde.

«Quien ama a Dios lo hace de verdad sólo si también ama a su prójimo.» Con estas palabras, quedaría reflejada la idea esencial de la filosofía de Catalina. En el centro, se sitúa la ética, la teoría de obrar correctamente. Catalina concede un gran valor al libre albedrío, que sitúa al ser humano en disposición de responder del bien o del mal. Dios ha concedido a los seres humanos la libre voluntad,que tienen entonces la tarea de tomar decisiones fundamentales por cuenta propia. Con la humildad sólo no basta para salir airoso ante la mirada de Dios. Las virtudes deben practicarse. El cristiano nunca podrá permanecer en actitud pasiva. La virtud fundamental es el amor, que debe manifestarse en todas las personas. Otras virtudes, como, por ejemplo, la justicia, la inteligencia, la paciencia o la fortaleza, ha sido repartidas por Dios de manera desigual para que sus criaturas se den cuenta de que dependen unas de otras.

Al igual que para todos los demás pensadores y pensadoras de la Edad Media, para Catalina el propio yo tiene tan sólo una importancia limitada. Siempre debemos ser conscientes de que no nos hemos dado la vida nosotros mismos, sino que es un regalo de Dios. Igual que para Hildegard von Bingen y para Mechthild von Magdeburg, la relación con Dios y con el prójimo se sitúa en el centro de la filosofía, y no el propio yo. Solamente soy justo conmigo mismo cuando tengo la mirada puesta en los demás, cuando soy consciente de sus penas y necesidades, y les ayudo. Cuanto menos importante soy para mí mismo, mayor fortaleza demuestro. Dios espera del ser humano un «deseo de amar ilimitado». Las virtudes que Dios nos ha dado sólo lo son de verdad si además se practican.

De modo que Catalina de Siena, a pesar de su ascético modo de vida, no fue una mujer ajena al mundo. Vio que su tarea no consistía en replegarse de la vida pública sino en dar respuesta a los desafíos de una sociedad marcadamente cristiana. Vivió en una época dominada por una gran crisis en el seno de la Iglesia católica. Las disputas con el emperador Federico II por la expansión del poder terrenal en Italia habían provocado que los papas vivieran desde 1309 en el exilio en Aviñón, donde habían desplegado toda una corte de lujo. Catalina, que defendía la armonía y la humildad, no podía aprobarlo, naturalmente. Escribió cartas al papa Gregorio XI, le pidió que regresara a Roma, e incluso se fue en 1376 a Aviñón con su confesor y biógrafo Ramón de Capua para visitarlo en persona. «Qué vergüenza al contemplar que aquellos que deberían ser un reflejo de pobreza voluntaria y repartir los bienes de la santa Iglesia entre los pobres, viven en un lujo tan excesivo, entre majestuosidades, pompa y vanidades mundanas, y aun multiplicadas por mil, como si fueran gente de este mundo»; en estos términos escribió Catalina al Papa en 1376. Y mira por dónde, tuvo éxito. En el mismo año, Gregorio regresaba a Roma. Catalina debía emanar una gran energía. En diversas fuentes se nos informa de lo convincente que era su presencia, de cuánto le gustaba a la gente escucharla, hasta el punto de que todo el mundo acababa persuadido de sus palabras. Tenía carisma; era una personalidad de quien se creía cuanto decía. Sus ideas no son imágenes abstractas, ni burbujas de aire, sino pensamientos que están llenos de vida. Catalina había experimentado ella misma las cosas de las que hablaba. No eran especulaciones concebidas desde un escritorio. No importa la actitud que tengamos ante sus visiones, o cómo las interpretemos. Independientemente de si las aceptamos o no, hay algo seguro: Catalina de Siena tenía un pensamiento enormemente visual y podía expresar lo que veía de manera impresionante. Estaba convencida de la gran importancia que tiene obrar de una manera verdaderamente ética, de que las personas estén las unas con las otras. Su relación con Dios pasaba por las personas. Por eso tampoco podía dejar de lado la política. Su fuerte convencimiento de la unicidad de la visión

cristiana del mundo la llevó a apoyar la causa de las cruzadas. No podía aceptar una variedad de convicciones religiosas. Catalina hizo política desde su compromiso religioso. No separaba la política de la fe cristiana. Y el cristianismo, tal como ella lo entendía, era incompatible con la existencia de diferentes religiones. Así que hizo un llamamiento al *santo passaggio*, el viaje sagrado a Tierra Santa. Aunque, en realidad, nunca justificó esta idea con argumentos. No le hacía falta: simplemente estaba convencida de que la guerra contra los «infieles» era legítima en cualquier caso. En su opinión, la Tierra Santa pertenecía a los cristianos y no a los «perros infieles», como ella lo expresaba. Precisamente esto nos muestra nuevamente cómo funcionaba el pensamiento de Catalina: recibía imágenes que interpretaba como visiones; leía la Biblia al pie de la letra, o mejor dicho, de la imagen. No analizaba estas imágenes. No dudaba de su veracidad, de si eran unívocas. Sólo conocía una perspectiva, sólo una mirada al mundo. Nunca observaba una cosa desde distintos ángulos. Eso es lo que la hacía convincente para la mayoría, aunque también contenía la posibilidad de error. Catalina extraía su riqueza de ideas de la contemplación directa. Desarrolló su filosofía lejos de sopesar pros y contras de un asunto. Lo que pensaba, lo pensaba de forma absoluta.

Catalina de Siena murió en Roma a la edad de 33 años de «consunción», es decir, de tuberculosis. En el año 1461 la hicieron santa. En 1970 fue declarada doctora de la Iglesia y en 1999 copatrona de Europa.

> Eludid las conversaciones ociosas y ligeras. Mostrad un carácter maduro al hablar y en todo comportamiento. Desterrad el excesivo cuidado hacia vos y todo temor servil. Pues la amada Iglesia no necesita gente así, sino aquellos que saben ser duros consigo mismos y piadosos hacia ella.
>
> CATALINA DE SIENA, *Cartas*

Christine de Pizan

De una manera mucho más terrenal vivió y pensó la filósofa italiana en lengua francesa Christine de Pizan (Venecia 1365- Poissy 1429). Es la primera mujer conocida que hizo de la escritura una profesión. Estuvo casada y tuvo tres hijos. El destino no tenía las mejores intenciones para ella. Su marido murió muy pronto y tuvo que criar a los hijos ella sola, tarea que no era nada fácil en aquella época. Como viuda, no disfrutaba de gran consideración; al contrario, se exponía a las burlas de la gente. Pero por suerte, el padre de Christine, Tomás de Boloña, médico de cámara y astrólogo de Carlos V de Francia, que había muerto cuatro años antes que su marido, había sido un hombre preocupado por proporcionar a su hija tanta cultura como fuera posible. Su padre tenía una actividad muy influyente, que procuraría a la familia una vida sin preocupaciones mientras el Rey viviera. Pero como éste murió pronto, Christine de Pizan experimentó ya a corta edad que la vida supone un continuo ir y venir, que nunca se puede estar seguro, y que siempre hay que contar con que tras las subidas, vienen las bajadas; tras las alegrías, llegan las penas. En cualquier caso, al padre le quedó tiempo suficiente como para dar a su hija un conocimiento general básico, un tesoro que la ayudaría a abrirse camino como mujer consciente de sí misma.

Christine de Pizan no desarrolló su pensamiento bajo la protección de los altos muros de un convento, sino que escribió para ganarse la vida. Tuvo que luchar mucho para ser bien considerada, en medio de una vida cotidiana dura, entre penalidades económicas y la preocupación por el bienestar de sus hijos y de su madre. Eligió formas muy diferentes para expresar sus pensamientos: poemas, aforismos, y tratados diversos: históricos, políticos, filosóficos y hasta feministas, como el escrito donde combate la misoginia del *Roman de la Rose*. Sus escritos tuvieron mucho éxito en su época. Procedía de una manera muy diplomática: no escandalizaba a sus lectores con imágenes provocadoras, sino que utilizaba motivos del imaginario popular. Así, su ingenio y la mirada despiadada con la que desenmascaraba injusticias sociales

se hacían bien comprensibles para aquéllos que las querían comprender sin necesidad de herir ninguna sensibilidad.

Pero no sólo la vida diaria de esta filósofa fue conflictiva; también tuvo que sufrir los avatares de la vida política y social de la época. El siglo XIV fue una época llena de conflictos bélicos. Inglaterra y Francia se enfrentaban en la llamada Guerra de los Cien Años, que duró desde 1338 a 1453. El rey Carlos VI padecía trastornos mentales cada vez con más frecuencia, convirtiéndose así en juguete a merced de todos aquellos que perseguían sus intereses privados. Francia estaba dividida internamente y era tan débil que los ingleses pudieron llevar a cabo su expedición de conquista con éxito y se adentraron mucho más en tierra de franceses. Christine de Pizan vivió estos acontecimientos en el monasterio de Poissy donde vivía su hija y a donde ella se retiró en el año 1421. Aquí pasó los últimos tristes años de su vida. Sólo una vez más le llegó un destello de esperanza. En el año 1429, cuando los ingleses estaban ante Orléans, una chica de 17 años, Juana de Arco, fue capaz de infundir valor al debilitado ejército francés. Fue a ver al rey y le dijo que Dios la había enviado. La joven acompañó a las huestes francesas, fortaleció su espíritu combativo y consiguió que los ingleses huyeran. Christine escribió un poema para elogiarla. La ejecución de la «Doncella de Orléans» en la hoguera no la llegó a conocer.

Pero Christine de Pizan ya había escrito sus principales obras filosóficas antes de entrar en el monasterio, entre las cuales cabe mencionar *Lamentation sur les maux de la guerre civile (Lamentación sobre los males de la guerra civil)*, el *Livre de la Paix (Libro de la Paz)*, o su libro más destacado, escrito en 1404, el *Livre de la Cité des Dames (La ciudad de las damas)*.

En el libro *La ciudad de las damas*, Christine describe de forma alegórica una situación que ella misma ha experimentado: está sentada en su habitación y reflexiona sobre los malos tiempos que corren, caracterizados por una fuerte misoginia. Cae en un profundo abatimiento: «Mientras yo me atormentaba con unos pensamientos tan tristes, mantenía la cabeza baja, como una que se avergüenza, me llegaban las lágrimas a los ojos, y hundía mi ca-

beza en las manos, con el brazo reclinado en la silla, vi que de repente caía un rayo de luz en mi regazo, como si brillara el sol. Alcé la cabeza para buscar la fuente de luz y descubrí tres damas coronadas, de apariencia muy noble, que estaban ante mí.»

Las «tres damas coronadas» se llaman Razón, Rectitud y Justicia. Para representar conceptos abstractos de forma manifiesta y hacerlos más accesibles, Christine de Pizan elige como estilo la alegoría. No es un hecho inusual en la Edad Media, pues es una forma de representación muy apreciada. De este modo, se pueden ver la razón, la rectitud y la justicia personificadas. Son de carne y hueso y, por lo tanto, interlocutoras accesibles.

Las tres damas quieren ayudar a Christine de Pizan a edificar su pensamiento sobre sí misma, de manera independiente. Juntas, emprenden la difícil tarea de construir una ciudad en la que dominen las tres virtudes. Primero habla la dama Razón: «De común acuerdo, hemos decidido las tres que yo habré de ser la encargada de comenzar y abastecerte de mortero auténtico y duradero para que pongas una base sólida, para después levantar fuertes muros a su alrededor, altos, anchos, equipados con fuertes torres y castillos de defensa con fosos, bastiones de verdad, con todo lo que corresponde a una ciudad fuerte y permanentemente fortificada.» La dama Razón es la responsable de la base sobre la que debe asentarse la ciudad. Es lo más importante, ya que sin esta base nada posee consistencia. La dama Razón sostiene un espejo con una mano en el que cada uno puede reconocer claramente su esencia. La segunda dama es la Rectitud. Debe cuidar de que las personas practiquen la justicia, se preocupen de los pobres y fomenten el bien en todos los ámbitos. «Esta línea centelleante que me ves llevar en la mano derecha en lugar de un cetro es la justa medida que separa la justicia de la injusticia y señala la diferencia entre el bien y el mal: quien la sigue, no se equivoca nunca.» Con la ayuda de la dama Rectitud, Christine debe crear las casas, las calles y las plazas. Como dama tercera, se presenta la Justicia. «Mi única tarea consiste en juzgar, mediar y restablecer la paz según lo que justamente merezca cada uno.»

La dama Justicia lleva en su mano derecha un platillo de la balanza de oro puro. Es difícil ejercer la justicia verdadera, por eso es necesario ser riguroso.

Las tres damas van juntas. Ninguna se las arregla sin las otras. Juntas quieren ayudar a Christine de Pizan a construir la ciudad de las damas. En la ciudad, sólo pueden vivir mujeres de verdadera nobleza, es decir, aquellas que se esfuerzan en hacer el bien.

La filosofía de Christine de Pizan va tomando forma en el diálogo con las tres damas. Probablemente, hoy diríamos que habla consigo misma, que las mujeres son voces de su interior. Su conciencia es el escenario de los hechos. Pero en el fondo, esto carece de importancia. Únicamente pone de manifiesto que cada época desarrolla sus propias formas de filosofar, y sobre todo de representar los pensamientos filosóficos. También se evidencia la importancia de los caminos del pensamiento, que son más importantes que cualquier resultado más exacto.

A pesar de su crítica general a la sociedad y a la Iglesia, Christine de Pizan no dejó de ser una mujer creyente. Como sus colegas masculinos, quiso también mantener la fe y aun así, no obstaculizar el afán de saber ni una mentalidad crítica. Tuvo el valor de proyectar una utopía, de concebir un estado ideal. Ya en su tiempo, la obra de Christine de Pizan tuvo una gran repercusión. Así por ejemplo, *La ciudad de las damas* se tradujo al inglés medieval. Desgraciadamente, hasta el día de hoy no se ha apreciado suficientemente el contenido filosófico de su obra.

> Yo estaba de pie, delante de ellas, y las contemplaba en silencio, como quien no puede decir palabra de puro desconcierto. Estaba cautivada completamente y mepreguntaba quienes podían ser esos personajes femeninos, y si me hubiera atrevido, les habría preguntado de buena gana su nombre, su estado, el significado de los diferentes cetros que llevaban cada una en la mano derecha, todos ellos muy suntuosos, y la razón de su visita. Pero como me consideraba indigna de plantear estas preguntas a unas damas tan distinguidas como ellas,

> en su lugar me quedé allá mirándolas sin osar decir nada, medio atemorizada, medio tranquilizada por las palabras que me habían dirigido y que habían suavizado mi primer recelo.
>
> CHRISTINE DE PIZAN, *La ciudad de las damas*

Las filósofas de la Edad Media ya no vivieron con tantos peligros como sus predecesoras de la Antigüedad. Y sin embargo, todavía pasó mucho tiempo sin que la filosofía se convirtiera en una ocupación de mujeres reconocida. Las que lo tenían más fácil eran las que estaban bajo la protección de un convento. Sobre todo, tenían la tranquilidad que se requiere para reflexionar intensamente. Si, por el contrario, se prefería una vida mundana, había que contar, como mujer pensadora, con las burlas del sector masculino culto. Hacía falta un carácter luchador para superar todos los obstáculos.

La estrecha unión entre la fe y el conocimiento es lo que vincula a las filósofas medievales. La certeza de que Dios, como creador de la tierra, ocupa la posición más elevada no se cuestionaba en absoluto. Pero igual de evidente resultaba el hecho de que los seres humanos hemos recibido nuestra inteligencia para usarla. La tarea del pensamiento debe consistir en hacer la vida tan valiosa como sea posible. Pensar y actuar deberían llegar a tener una estrecha relación. La filosofía práctica o ética está en el centro de estas filosofías. Y esto es válido hasta para las místicas. El principio de la responsabilidad se considera la máxima más elevada.

III. EL DESCUBRIMIENTO DEL MUNDO INTERIOR: LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO

Entre 1350 y 1650, aproximadamente, se produjo un resurgimiento de la Antigüedad clásica, especialmente en Italia. Esa época se conoce como el Renacimiento. Con ella empezó un período de grandes progresos artísticos y científicos. Los seres humanos comenzaron a situarse ellos mismos en el centro del mundo con una fuerza sin precedentes. Se cuestionaba la anterior sumisión a Dios. Cada vez más laicos, los estudiosos se dedicaban a la ciencia y ya no eran solamente los monjes, como hasta entonces. Muchos hombres geniales de esa época alcanzaron fama mundial: Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Copérnico, Johannes Gutenberg... Las palabras mágicas eran formación, investigación y conocimiento. La formación general abarcaba conocimientos de filosofía, así como de lenguas, matemáticas, ciencias naturales y retórica. Y en la formación no se excluía a las mujeres de clase alta, que en aquella época, tenían diversas posibilidades para formarse. Una de ellas era la política, área para la cual las mujeres que se dedicaban a ella necesitaban una buena educación. Podemos nombrar como ejemplos a Catalina de Médicis y a Elisabeth I de Inglaterra. Otras mujeres empezaron también a tener un papel relevante como eruditas, adquiriendpo además un atractivo especial por la conjunción de belleza e inteligencia. No obstante, las posibilidades de formación solían concluir con el matrimonio, ya que a partir de entonces la mujer debía cumplir otras obligaciones.

Durante el período del Renacimiento, se revitalizó la actividad humana. Se abrieron nuevos ámbitos, entre los cuales se encontraba

la exploración del espacio interior de la persona. Del mismo modo que fuera de nosotros se abría una amplitud y una profundidad, también ocurría en nuestro interior. Si miramos dentro de nosotros mismos, tenemos la impresión de avanzar por un dominio ilimitado. En el Renacimiento, se tuvo conciencia de esta experiencia por primera vez. Esto iba acompañado de otro modo de relacionarse con el mundo. La persona ya no tenía simplemente la sensación de formar parte del mundo, de ocupar en él su sitio, sino que se convertía en observadora. El mundo pasaba a estar bajo la mirada del ser humano. A partir de entonces, el mundo se hallaba frente a él como un objeto a explorar y a manipular. El ser humano, un ser pensante, experimentaba una independencia completamente nueva.

En el campo de la filosofía, la época del Renacimiento estuvo marcada por el redescubrimiento del tesoro intelectual de la Antigüedad clásica y sobre todo se estudió de nuevo a Platón.

Marsilio Ficino, filósofo, médico, teólogo y filólogo (1433-1499) fundó y dirigió en Florencia una academia dedicada a los estudios platónicos. Tradujo a Platón en un latín ejemplar. Para Ficino, hay dos puntos centrales sobre los que florece el pensamiento. Uno de ellos es la Divinidad y el otro, el alma. El alma es independiente de lo que se observa mediante los sentidos, pero depende de lo divino. La Divinidad se manifiesta en el ser humano, en su alma. El ser humano actúa de mediador entre Dios y lo que ofrecen los sentidos. El alma del mundo se expresa en el alma humana. Pero la cumbre del alma es la razón filosófica.

En este contexto, la posición de la Iglesia se vio debilitada, lo que tuvo como consecuencia una brutal persecución de aquellos que «contaminaban» su doctrina. A instancias de la Inquisición se produjeron las llamadas «persecuciones de brujas», cuyas víctimas fueron sobre todo mujeres. La Iglesia relacionaba a la mujer con lo caótico, con lo que inducía a pactar con el diablo. Las mujeres eran consideradas malhechoras con la causa de Dios, y así resultaba difícil defender los pocos progresos que la mujer había ido logrando.

A pesar de todo, en el Renacimiento hubo un gran número de filósofas que, a pesar de la represión, no permitieron que se las apartara de un pensamiento libre.

Tullia d'Aragona

Entre ellas, cabe destacar a Tullia d'Aragona, poeta y filósofa muy arraigada en la tradición platónica o aspasiana. Nació en Roma, parece que entre 1508 y 1510; el año no es seguro. En esta ciudad vivió su infancia y aquí murió. Pero también pasó temporadas en muchas otras ciudades: Florencia, Ferrara, Siena y Venecia. De familia acomodada, Tullia pudo recibir una buena educación. Su sabiduría y su belleza eran elogiadas; respondía de manera extraordinaria al ideal de mujer del Renacimiento. Tullia estaba también muy capacitada para mantener conversaciones filosóficas. Su gran presencia en la vida pública era un hecho inusual para la época, que no abandonó después de la muerte de su marido. Estuvo durante un tiempo bajo la protección de la duquesa de Toledo. Tullia tenía muchos admiradores, lo que la convirtió en objeto de burla para los autores de comedias. Murió pobre y desacreditada por algunos que la acusaban de bruja y prostituta.

Además de numerosos poemas, Tullia escribió un *Dialogo della Infinità di Amore* (*Diálogo sobre la infinitud del amor*). Apareció por primera vez en Florencia en 1547. Los interlocutores son la misma Tullia, el filósofo Varchi y un tal Muzio Lattanzio. Tullia se presenta a sí misma como alumna, aunque no deja de mostrar su gran sabiduría y aptitud filosófica, de tal modo que a veces parece ella la verdadera maestra. El tema fundamental del libro es la relación entre la belleza y la bondad, que ya se había discutido también en el diálogo de Platón *El Banquete*. La forma de amor más elevada es, según se expone aquí, el amor infinito, que nunca cesa y por tanto, no se llega a realizar. Su misión es llegar al interior del objeto amado, transformarse en él. Esto es, el amor finito pierde su objeto, la persona a amar, pues aspira a poseer, y por eso tiene que morir una vez alcanzado su objetivo. Es preferible aspirar, de manera irrealizable, a lo más alto. Ya no es tan sólo un sentimiento, sino que es la razón que nos arrastra a ello. Pero a diferencia del platonismo, en el libro de Tullia se concede más valor no al que ama, sino a la persona amada. La persona amada es el objeto y por tanto, es más importante que el que

ama. El gran amor infinito no se origina por medio de la pasión, sino de la razón. La finalidad última es lograr la unión espiritual con la persona amada. Se puede entender que esto provocara la burla de los autores de comedias, pues era un hecho conocido que Tullia tenía muchos pretendientes y amantes. Y ya se sabe que a los hombres se les perdonaban las contradicciones de este tipo, a las mujeres, en cambio, no.

> No hay duda posible de que cualquier cosa que se mueva hacia un fin determinado, nada más alcanzado ese fin, abandona su movimiento y, en consecuencia, ya no se mueve más. Puesto que nada más dejar de existir la causa que mantiene en movimiento y que era el fin de ese movimiento, necesariamente también falta su efecto, es decir, el movimiento. Pero ahora, todos aquellos que aman a la manera común y no anhelan otra cosa que poseer físicamente el objeto amado, tan pronto como consiguen la unión deseada, abandonan su movimiento y ya no aman más.
>
> TULLIA D'ARAGONA, *Diálogo sobre la infinitud del amor*

ISABEL DE VILLENA

Otras mujeres, a pesar de su condición de religiosas, dieron muestras de gran autonomía personal, como es el caso de la primera escritora conocida de la cultura catalana, Isabel de Villena (Valencia 1430-1490), quien siguiendo la tradición abierta por Christine de Pizan realzó el papel de la mujer en un contexto caracterizado por una fuerte misoginia. Era hija natural de Enrique de Villena, noble castellano de la casa de los Trastámara y poeta. Vivió desde pequeña en la corte de María de Castilla, esposa de Alfonso el Magnánimo. En 1445 entró en el convento de la Trinidad de Valencia, perteneciente a la orden de Santa Clara, del cual fue abadesa hasta su muerte. Se relacionó con los escritores de la Valencia del siglo XV, los cuales le profesaban una gran admiración.

Escribió diferentes tratados sobre la vida religiosa, pero de todos ellos sólo se ha conservado la *Vita Christi*, un libro de doc-

trina escrito en catalán dirigido a las monjas de su convento para que les sirviera como material de contemplación. En este libro, Isabel narra la vida de Jesucristo desde una perspectiva de mujer. En la *Vita Christi*, las mujeres siempre están ensalzadas, tienen un gran protagonismo y una relación directa con Jesucristo, a la vez que muestran unas virtudes completamente opuestas a las que les atribuye la misoginia dominante de la época.

Teresa de Ávila

Un caso muy extremo por sus opiniones y su manera de vivir fue el de Teresa de Ávila (1515-1582). Era la hija de una mujer noble de Castilla, Beatriz de Ahumada y, por el lado paterno, de Alonso Sánchez de Cepeda, que provenía de una familia de judíos conversos. Su madre murió pronto. A la edad de siete años, Teresa quiso convencer a su hermano para ir juntos a sufrir martirio en tierras de musulmanes. Ambos creían que de este modo llegarían más pronto a gozar de las alegrías celestiales. Por suerte, los descubrieron y los llevaron de vuelta a casa. En el año 1535, Teresa ingresó con veinte años, y contra la voluntad de su padre, en un convento de carmelitas en Ávila. Dos grandes anhelos luchaban en su interior: por un lado, le gustaba la vida mundana y, por otro, buscaba la calma, el recogimiento y la concentración.

En la época de Teresa, el convento de carmelitas era un convento abierto, que ofrecía muchas oportunidades, sobre todo a las monjas que provenían de la nobleza, para recibir a sus familiares y distraerse, ya que la clausura no se impuso hasta el año 1563. Como la madre de Teresa era de origen noble, Teresa no tuvo que esforzarse mucho para gozar de distracción en la vida del convento.

En *Vida,* su biografía, se expresa así: «por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo, dábanme gran contento todas las cosas de Dios, teníanme atadas las del mundo; parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro como es vida espiritual, y contentos, y gustos y pasatiempos sensuales».

Este desgarramiento íntimo y el deseo de alcanzar una armonía propiciaron que Teresa de Ávila dedicara la atención a su propio interior. Escribió su autobiografía entre 1560 y 1562. Antes, había leído las *Confesiones* del filósofo medieval Agustín. Él tampoco había seguido una línea recta en su vida, pues tuvo que luchar consigo mismo y sus inclinaciones mundanas. Agustín hizo de la conciencia temporal del hombre el centro de su pensamiento, y se imaginó el lugar en el que observamos pasado, presente y futuro como un gran edificio con diversas entradas. Teresa de Ávila también encontró una imagen para su interior: el «castillo interior». En el núcleo central habita Dios. Y en este punto se aleja de Agustín. En *Las Moradas del castillo interior*, o simplemente *Las Moradas* (1577), una de las cimas de la mística cristiana, expone mediante una alegoría en siete grados, cada uno representado por una habitación del castillo, cómo el alma va progresando espiritualmente desde la ascética a la mística, hasta la consumación de la unión con Dios. Para Teresa, el hombre lo encuentra todo en su alma, también aquello tan grande que no se puede expresar. Esto recuerda de nuevo a Marsilio Ficino. La conversación con Dios también se convierte así en una conversación con uno mismo. El ser humano, que para los filósofos y filósofas del Renacimiento se encuentra en el centro de la contemplación, emprende el largo camino hacia el interior del alma. Teresa dirige la mirada hacia sus sentimientos, sus sueños, sus miedos. Para ella, no es posible concebir a Dios de otra manera que no sea por este camino de autorreflexión. Él no reina en algún lugar lejano allá en las nubes, sino que está tan cerca o tan lejos como el interior del alma. Cada uno tiene su vida y cada uno, a su manera, busca su sentido. Hay que considerar la búsqueda de sentido como la finalidad más elevada. En su método Teresa de Ávila se acerca mucho al filósofo francés Montaigne. Él escribió en la misma época sus famosos *Ensayos*. Montaigne también veía en la autorreflexión el único camino para una vida plena de sentido, que no se deja influir por elementos externos.

Pero Teresa de Ávila no se ocupó del camino del conocimiento únicamente en la teoría; escribió también otros libros más as-

céticos. Entre éstos cabe destacar *Camino de perfección,* que quería ser una especie de libro para las comunidades de carmelitas, y donde se refleja la profundidad del análisis psicológico que Teresa realiza del alma femenina. También se preocupó por la práctica del día a día y en este aspecto se interesó especialmente por la vida cotidiana de las mujeres.

Escribió a las hermanas de su convento: «Como es sabido, la mujer, para estar bien casada, tiene que tratar a su marido de tal manera que, si él está triste, también ella debe mostrarse triste y si él está contento, ella también estará contenta, aunque el ánimo no esté para ello. Ved, hermanas, de qué sumisión os habéis librado.»

La sed de libertad de Teresa puede observarse claramente. En modo alguno era una persona humilde, modesta ni reservada a la hora de opinar. No se imponía barreras. Lo que veía, lo veía y lo que le parecía criticable, lo criticaba. Para ella, la fe y una conciencia individual fuerte no se excluían, al contrario. Sólo alguien que se toma a sí mismo en serio puede también aproximarse a Dios. Sin conocimiento de uno mismo no puede haber conocimiento de Dios ni una vida digna. Esto significa un gran paso hacia una nueva era. Teresa de Ávila, como cristiana creyente, deja atrás la concepción del mundo medieval. Ya no domina la unidad en la que el hombre y las cosas ocupan su lugar, aparentemente inamovible. El pensamiento se permite una libertad mucho mayor y tiene más confianza en sí mismo. Pensar se ha convertido en una aventura por el hecho de tomar el camino hacia el desierto casi impenetrable de la vida anímica.

Teresa de Ávila, descontenta por la relajación de las normas, se propuso reformar la Orden del Carmen para devolverla a su antiguo rigor y a costumbres más sobrias. Fundó entonces muchos conventos reformados, llamados de las carmelitas descalzas, entre otros lugares, en Medina del Campo, Valladolid y Toledo.

Su actividad reformadora y la libertad con la que escribía le valieron la mirara recelosa de la Inquisición, que procesó a Teresa y secuestró su autobiografía. Teresa murió en 1582 de hemoptisis mientras se encontraba de viaje.

En 1617 la declararon patrona de España, aunque más tarde tuvo que anularse porque no era compatible con el patronazgo de san Jaime. En 1622 la hicieron santa y en 1970 fue proclamada doctora de la Iglesia.

> ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fue su padre, ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras, cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y ansí a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas; mas qué bienes puede haber en esta alma, o quién está dentro de esta alma, o el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos, y ansí se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura.
>
> TERESA DE ÁVILA, *Moradas del castillo interior*

MARIE LE JARS DE GOURNAY

Por otro lado, no es extraño que en el Renacimiento, una época en la que la individualidad pasó a ser el centro de la reflexión filosófica, se empezara a plantear la cuestión de género. Como representante destacada de esta nueva orientación cabe mencionar a Marie Le Jars de Gournay (1565-1645). Fue una mujer muy respetada mientras vivió. Pero, lamentablemente, cayó en el olvido en una época posterior; de manera que el conocido historiador Alain Decaux todavía fue capaz de escribir en 1972 en su *Histoire des françaises*: «Desgraciadamente, *mademoiselle* De Gournay es fea. Y es pobre. Una vieja solterona que se ha vuelto algo rancia y que vegeta en una buhardilla entre sus gatos y sus libros de brujería. Ella misma dice que sacrifica el poco dinero que tiene para comprar libros.» El buen hombre incluso llega a escribir que aunque «la señorita entiende, ciertamente, un poco de filosofía, sólo se ducha una vez al año». ¡Pensemos que esto lo escribe un hombre del siglo XX!

Marie Le Jars de Gournay nació en París en 1565. Su familia vivía en la miseria a causa de las guerras de religión. No disponía de dinero para la formación de Marie, así que adquirió sus conocimientos de manera autodidacta. Aprendió latín comparando textos latinos traducidos al francés con los originales. Pero también se interesó por la física, la geometría, la historia y la filosofía. Marie Le Jars permaneció soltera. Dirigió un salón en su casa, donde se reunían hombres y mujeres intelectuales para discutir sobre los temas más variados de filosofía, política y literatura. Por lo que respecta a las finanzas, la filósofa se fue manteniendo a flote gracias a amistades bien situadas que la ayudaban. Entre estas personas se encontraba el cardenal Richelieu, el cual admiraba su inteligencia e ingenio.

A los 18 años, Marie descubrió al filósofo Michel de Montaigne (1533-1592). Para el filósofo francés, el hombre es por primera vez un ser solitario, entregado a los poderes oscuros de la vida. Su capacidad de entendimiento no le ayuda en absoluto. Ante la amenaza constante de la muerte, lo único que le queda es la posibilidad de llevar, desde sí mismo, una vida moral llena de sentido. Una vida filosófica significa mirar cara a cara a la muerte y al continuo fluir de la vida y aprender a morir, cosa que para Montaigne no implica ninguna resignación. Por el contrario, el hombre se convierte en actor por voluntad propia. Marie Le Jars tuvo la fortuna de encontrarse personalmente con Montaigne; la primera vez fue en 1588. Los dos quedaron muy impresionados el uno del otro y surgió una intensa colaboración espiritual. Montaigne llamaba a De Gournay su «hija adoptiva espiritual». Él la alentó a escribir y, sobre todo, a publicar. Sin embargo, ella no anotó sus pensamientos en un ensayo teórico, sino que primero los expresó en una novela y en poemas. Entre sus temas principales encontramos la diferencia entre los vicios y las virtudes. Considera que la amistad, y con ella la conversación, es indispensable para el desarrollo humano. Según su punto de vista, la teoría y la práctica no deben tener vida propia, sino que deben apoyarse y enriquecerse mutuamente.

Más tarde, en el año 1618, De Gournay escribió un ensayo sobre el significado del lenguaje. Apostaba por la diversidad y

la viveza y luchaba contra el llamado lenguaje «refinado», que sirve simplemente para introducirse en los círculos más selectos. Cualquier tipo de afectación o de falta de naturalidad le resultaba antipático. Lamentablemente, fueron muy pocas las personas influyentes que la tomaron en serio. Por el contrario, recibió burlas y ofensas. Pero la filósofa no se dejó vencer por el desánimo y en 1622 escribió su obra principal: *Egalité des hommes et des femmes* (*Sobre la igualdad de hombres y mujeres*). Al leerlo, no hay que olvidar que este tratado se publicó en una época en que todavía se llevaban a cabo procesos contra las brujas, también en Francia. De manera que De Gournay no vivió sin peligro alguno.

La idea principal del libro consiste en mostrar que si bien es cierto que hombres y mujeres se diferencian físicamente, sus almas son iguales. La filósofa toma muchos ejemplos de la historia para ilustrar su tesis. De este modo, Platón ya hace que los pensamientos más importantes los exprese una mujer. También hace referencia a Hypatia y a otras mujeres cultas de Grecia. Tampoco falta Catalina de Siena. No obstante, si a menudo las mujeres no pueden participar en lo mismo que los hombres, se debe a la falta de posibilidades para formarse. Y aquí existe una gran diferencia según si una mujer vive en el campo o en la ciudad, si viene de una casa rica o de una pobre.

Para conseguir que su filosofía sea más comprensible para sus lectoras y lectores, recurre a anécdotas, a comparaciones divertidas y a juegos de palabras ingeniosos. Por ejemplo, para ilustrar la semejanza entre hombre y mujer, dice: «Nada se parece más a un gato en una repisa que una gata.»

Anima a las mujeres a usar su inteligencia y a adquirir la formación que deseen y necesiten para poder estar intelectualmente en un plano de igualdad con los hombres y para demostrar, también en la realidad, la igualdad de sexos.

Casi al mismo tiempo que su tratado sobre la igualdad de sexos, De Gournay escribió un ensayo corto de carácter polémico que tituló *Grief des dames* (*Quejas de las mujeres*). Aquí da rienda suelta a su enojo y exclama: «Más de uno dice treinta tonterías

y todavía triunfa, por su barba o por el orgullo de sus supuestas capacidades...» En sus textos, De Gournay siempre ejerce una dura crítica social, dirigida sobre todo a todo aquel que quiere llegar sin falta a gozar de prestigio en la corte y para quienes cualquier medio es bueno con tal de alcanzar este fin. De modo que la filósofa une teoría y práctica en cada uno de sus escritos.

La obra completa de De Gournay salió a la luz en 1626. Durante los últimos años de su vida estuvo retirada, aunque nunca desapareció por completo de la vida pública. Ciertamente, después de su muerte fueron sólo unos pocos los que la recordaron como una persona culta y excepcional en su manera de pensar, pero estos pocos le dedicaron los más grandes elogios. Así, por ejemplo, influyó en el preilustrado francés Poulain de la Barre, que en el siglo XVII publicó un tratado sobre la igualdad de sexos.

> Estrictamente hablando, el ser humano no es, por lo demás, ni masculino ni femenino: los sexos distintos no están ahí para establecer y señalar una diferencia, sino que sirven solamente para la reproducción. La única característica esencial radica en el alma dotada de inteligencia. Y si se me permite de pasada hacer un chiste, entonces no dejaría de resultar oportuno aquí aquel comentario mordaz que dice: nada se parece más a un gato en una repisa que una gata. El ser humano no fue tan sólo creado como hombre sino también como mujer. Hombres y mujeres son una misma cosa. Si el hombre es más que la mujer, entonces la mujer es, del mismo modo, más que el hombre.
>
> MARIE LE JARS DE GOURNAY,
> *Sobre la igualdad de hombres y mujeres*

Así pues, el Renacimiento fue una época en la que, desde el punto de vista histórico filosófico, las mujeres fueron conscientes por primera vez de su autonomía para pensar y al mismo tiempo, expresaron con toda claridad la discriminación de su género. Mirar en el interior de cada uno significa observar que lo infinito, con su misterio, no existe sólo en el hombre, sino en todos los indivi-

duos, con independencia de su sexo. El ser humano proyecta su mundo. Ya no vive en un orden establecido por Dios, sino que empieza a crear él mismo un orden. ¿Por qué esta tarea tendría que realizarse sólo a la medida del hombre?

IV. UN CONOCIMIENTO CLARO Y DISTINTO: EL SIGLO XVII

El camino hacia el interior del ser humano estaba abierto. La voluntad de conocerse a sí mismo, de conocer el mundo y de investigar científicamente se hacía sentir con fuerza. No se quería tomar ningún camino que significase un retroceso. Había empezado una nueva época y, efectivamente, se habla del siglo XVI y sobre todo del XVII como el principio de una «nueva era». Las características de esta nueva era son muy diversas: la evolución de las ciencias naturales logra grandes progresos, las matemáticas alcanzan un gran nivel, el dominio de la naturaleza parece más posible que nunca. Sin embargo, todavía se trata de una época en la que no faltaron el escepticismo y la duda, tal como había mostrado Michel de Montaigne en sus *Ensayos.*

Los filósofos de esta época dejan de ser teólogos, rechazan el argumento de autoridad y se apoyan en la razón para sus reflexiones filosóficas. El filósofo más famoso del siglo XVII es, con toda seguridad, el francés René Descartes (1596-1650). Se le conoce como el «padre de la filosofía moderna». Radicalizó todavía más los principios del Renacimiento. Según su opinión, todo puede ser cuestionado, todo puede ser un engaño, sobre todo aquello que observamos con nuestros sentidos. «¿Quién me dice que no hay un genio tramposo (*genius malignus*) que se está burlando de mí y me hace creer algo que ni existe?». Esta duda metódica es la que toma Descartes como punto de partida para sus *Meditaciones*. ¿Y qué queda cuando se duda de todo? Según Descartes, el único hecho indudable es la

conciencia de la duda. En este proceso de duda metódica Descartes topa con la primera evidencia incuestionable: pienso, luego existo; *cogito, ergo sum,* es decir, por mucho que dude, debo existir. ¿Y por qué hablamos de una radicalización del pensamiento básico del Renacimiento? Porque ahora ya no es el ser humano el centro de la reflexión, sino el pensamiento, la conciencia. Y esto es nuevo. La conciencia adquiere una gran relevancia. Mediante su racionalidad, el ser humano se encuentra en condiciones de entender el universo en su fuero interno. Así, Descartes deduce las otras realidades a partir de la conciencia. Para hacerlo, empieza estableciendo una clara diferencia entre la *res extensa,* que sería la sustancia con la que designa el mundo material y perceptible mediante los sentidos, y la *res cogitans*, la sustancia pensante, que hace referencia a la conciencia.

Margaret Cavendish

Contra esta concepción dualista se alzó la filósofa inglesa Margaret Cavendish, duquesa de Newcastle (1623-1673). Nacida en Essex, hija de sir Thomas Lucas y Elizabeth, fue la menor de ocho hermanos. El hecho de que su madre no la adiestrara en las tareas domésticas no era nada habitual. Pero tampoco recibió una formación intelectual, ya que no estaba destinada a desempeñar un papel activo en la vida pública.

En aquella época, hacia mediados del siglo XVII, la población rural inglesa, que ya estaba muy empobrecida, se vio despojada de sus tierras. Había un gran malestar en todo el reino. El rey Carlos I gobernaba sin tomar en consideración al Parlamento, lo que acabó provocando el estallido de la revolución puritana en 1642. Por un lado, estaba el rey, la alta nobleza y los partidarios de la Iglesia católica y de la anglicana; por otro, estaba la clase media puritana. En el año 1649, el ejército parlamentario venció a las órdenes de Oliver Cromwell. El rey fue ejecutado. La aristocracia, a la cual pertenecía Margaret, se vio obligada a huir a Francia por razones de seguridad a causa de la crisis que había ocasionado la ejecución de Carlos I.

En el año 1643, Margaret Lucas se marchó al exilio a París, donde trabajó de dama de la corte. Dos años más tarde se casó con el mariscal general de 50 años William Cavendish. La pareja no tuvo hijos, lo que le vino como anillo al dedo a Margaret Cavendish, que así tuvo tiempo para dedicarse a su formación. Con la ayuda de su marido y de su cuñado, profundizó en sus conocimientos de ciencia y filosofía. En el año 1648, los Cavendish se trasladaron a Amberes, y permanecieron allí hasta 1660. Después, con la restauración monárquica volvieron a Inglaterra, donde Margaret se dedicó plenamente a sus estudios. Fue la primera mujer que participó en una reunión de la Royal Society de Londres. La Royal Society se había fundado en 1660 principalmente para fomentar las ciencias naturales. Es la academia más antigua del mundo.

Margaret Cavendish publicó ella misma sus libros con su propio nombre, una decisión muy atrevida en su época. Murió con tan sólo 50 años. Su marido, que siempre admiró profundamente su pensamiento, publicó sus obras completas en 1679.

Para Cavendish, la materia no es algo estático, fijo, que se presente ante la conciencia humana como un simple objeto, sino que es algo vivo y orgánico. Tanto la materia como también la inteligencia o el espíritu pertenecen a la naturaleza. La naturaleza es para ella el nombre del todo que engloba al ser humano y al mundo. Cavendish se imagina una materia inteligente, que se mueve por sí misma, y no mediante algo externo. El ser humano forma parte de esta naturaleza y por eso no puede pretender nunca ejercer el dominio sobre ella. Lo que Descartes había pensado como una dualidad, Cavendish prefería entenderlo como una unidad. Para Cavendish, los discursos sobre el ser humano como «coronamiento de la creación» son falsos e inducen a error. Critica a Descartes, porque define la relación entre el ser humano y la naturaleza como una relación de poder. También su interpretación del movimiento se opone a la de Descartes. El movimiento no tiene nada de mecánico para Cavendish.

De modo que en su filosofía no hay una materia inerte e irracional. Se imagina todas las cosas materiales como una unidad en la que las distintas partes se mantienen juntas. La mejor compa-

ración de la naturaleza, tal como la entiende Cavendish, es la de un estado perfectamente ordenado, en el cual todos sus miembros se relacionan mediante la comunicación.

El ser humano es una mezcla de aspectos racionales y sensibles que están en movimiento constante. Los movimientos racionales son los activos, pero no por eso poseen un derecho natural a dominar las sensaciones «puesto que entre las órdenes de lo racional y la subordinación de lo sensible hay más bien un acuerdo que una obligación». El principio de la comunicación vuelve a tener aquí un papel fundamental.

Cavendish reflexionó también sobre la relación entre Dios y el ser humano. Es cierto que Dios creó la naturaleza, pero después se retiró. Cavendish se imagina a Dios inmaterial e inmóvil. Por eso queda separado de la naturaleza, que es material y móvil. Dios es otra cosa completamente diferente, que nosotros, los humanos, no podemos comprender.

Las obras principales de Margaret Cavendish son: *Philosophical Letters*, *Observations upon Experimental Philosophy* y *Grounds of Natural Philosophy*. En su época no se la tomó en serio, o mejor dicho, se la marginó. La criticaron, e incluso ridiculizaron, por su forma de vestir. Por lo que respecta al desinterés con el que fue recibida su obra, cabe recordar que la convicción dominante en aquel tiempo era una visión del mundo que ponía en primer término los procesos mecánicos, una visión muy opuesta a la suya. Con todo, se regresaba continuamente a la idea de la naturaleza viva. De tal modo que en el siglo XVII, el filósofo Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716) también formulaba una teoría natural parecida a la de Cavendish al decir: «Así, no hay nada inculto, estéril y muerto en el universo; el caos y la confusión son sólo aparentes». Margaret Cavendish fue una de las primeras teóricas y filósofas naturalistas que intentó plantear un tipo de ética ecológica. Cuando explicaba que el ser humano no posee derecho alguno a dominar la naturaleza, le instaba a ser humilde, a no ejercer de señor de la naturaleza y a considerar las propias leyes naturales.

> Ahora que en las partes precedentes he hablado de los animales según es de rigor, en los capítulos siguientes quiero hablar

más detalladamente de la especie que llamamos ser humano. Quien crea que son las criaturas más inteligentes de todas es un ignorante respecto a la naturaleza de las otras criaturas; y hasta un ser humano completo (tal como me gustaría expresarlo aquí) no conoce todos los movimientos figurados que corresponden a su cuerpo o a su alma.

MARGARET CAVENDISH, *Grounds of Natural Philosophy*

Margaret Cavendish fue una de las primeras mujeres conocidas como *scientific ladies,* que surgieron en Inglaterra.

ANNE FINCH CONWAY

Otra *scientific lady* fue Anne Finch Conway (1631-1679). Nació en Londres. Su padre murió antes de que ella naciera y la madre tuvo que criar sola a sus once hijos. Anne Finch Conway se familiarizó con varias lenguas y pronto mostró un interés por los tratados filosóficos. Aunque padecía fuertes ataques de migraña desde niña, se dedicó a estudiar intensamente. En el año 1645 conoció al filósofo Henry More y se convirtió en su alumna más aplicada y de más talento. Incluso él le dedicó sus escritos. More escribía principalmente poemas filosóficos. A través de él, Anne Finch conoció la filosofía de Descartes.

En el año 1651 se casó con Edward Conway. Vivían en la residencia de los Conways, donde organizaban encuentros filosóficos. En 1670, Finch Conway conoció al viajero y erudito Franciscus Mercurius van Helmont, con quien le unió una profunda amistad que duraría hasta su muerte. Muchas de sus principales ideas filosóficas surgieron tras conversar con él. También fue él quien la familiarizó con la doctrina mística judía, la cábala. Helmont, que tenía algunos conocimientos médicos, intentó librarla de sus migrañas pero no pudo. Hasta su muerte en 1679, Lady Conway pasó muchos días, e incluso semanas, en habitaciones oscuras.

Sólo se ha conservado un manuscrito de Anne Finch Conway: *The Principles of the Most Ancient and Modern Philosophy (Principios de la más antigua y más moderna filosofía).*

Igual que Cavendish, Conway también concibe la naturaleza como un organismo vivo y no como una máquina. Y también ella critica a Descartes:

> Ya que la filosofía cartesiana dice que cada cuerpo es simplemente masa inerte, y no únicamente carente de cualquier tipo de vida o de sensación, sino además absolutamente incapaz de tenerlos en toda la Eternidad; este gran error debe ser también atribuido a todos aquellos que afirman que el cuerpo y la mente son cosas opuestas y no pueden convertirse uno en otro, de tal manera que privan al cuerpo de cualquier tipo de vida y de sensación.

En la filosofía de Conway, cada cuerpo tiene vida. Cuerpo y alma están hechos de la misma sustancia y sólo presentan formas diferentes. Describe el cuerpo como un espíritu compacto; el espíritu, como un cuerpo volátil. En todo lo que está vivo habita una sustancia primigenia que Conway denomina «mónada». La palabra mónada deriva del griego *monas* y significa unidad. La mónada es para Conway la sustancia que actúa en la naturaleza. Es inalterable e indivisible y aun así, refleja siempre la totalidad del universo. La mónada primera es para Conway Dios. Él lo ha creado todo, es incorpóreo y está fuera del tiempo. Dios no se puede comprender.

Sin embargo, el concepto de mónada no se conoce en la historia de la filosofía por lady Conway, sino por G. W. Leibniz (1646-1716), el cual se hizo famoso con su monadología. Él también conocía a Van Helmont, quien le explicó la idea de mónada de lady Conway. El mismo Leibniz señala en diversos sitios que lady Conway le había influido. No obstante, ella y sus obras cayeron en el olvido. Su nombre no aparece en ningún diccionario de filosofía cuando se trata de explicar el concepto de mónada.

Supongamos que un gran círculo, o una rueda, giran alrededor de su eje, que permanece siempre estático en la misma posición. Como creen algunos, algún ángel o espíritu hace que, del mismo modo, el Sol gire alrededor de su propio centro cada cierto número de días. Aunque el centro lo mueve todo y produce un gran movimiento continuo, él mismo está siempre quieto y no se mueve de ningún modo. Cuánto más verdadero es esto para Dios, que es la primera fuerza motriz de todas las criaturas y se adecúa a todos sus movimientos reales determinados. Pero ellas no le mueven a él.

ANNE FINCH CONWAY,
Principios de la más antigua y más moderna filosofía

MARY ASTELL

Nos quedamos en Inglaterra para encontrarnos con otra pensadora que defendió con vehemencia los derechos de las mujeres. Mary Astell (1666/8-1731) nació en Newcastle-upon-Tyne, en una familia conservadora y monárquica. Su tío, un pastor anglicano, le enseñó matemáticas, filosofía y lenguas modernas. A los dieciocho años, Mary Astell ya había perdido a sus padres, así que se fue a Londres donde buscó una vivienda junto a una amiga. Esta casa se convirtió en un punto de encuentro de los círculos intelectuales, donde se discutía de religión, de filosofía y sobre la cuestión feminista. Astell permaneció soltera. Murió de cáncer en 1731.

Mary Astell había leído a Descartes y sobre todo a John Locke (1632-1704), de quien le fascinaba enormemente su filosofía empírica. Para resumirla brevemente, esta línea de pensamiento parte de la base de que no puede haber conocimiento sin experiencia. Entonces, la racionalidad sólo tiene sentido cuando la persona acumula experiencias, tanto en el mundo exterior, como en el interior. El problema radica en aclarar la relación existente entre las cosas observadas mediante los sentidos y las ideas en el interior de la persona. Locke distingue diferentes posibilidades. Señalamos, por ejemplo, una posibilidad: hay ideas que sólo acu-

den a nuestra conciencia a través de un único sentido, como en el caso de los olores o de los sonidos.

Mary Astell piensa, como John Locke, que sin experiencia no puede haber conocimiento, la experiencia nos enseña o debería enseñarnos que el hombre y la mujer son seres igualmente dotados de razón. Pero este don debe practicarse continuamente; de no ser así, se atrofia. Astell reclama formación para todo el mundo, sobre todo para las mujeres. Con formación, es posible aumentar la autoestima. «La ignorancia nos inclina al vicio, y viceversa, el vicio nos mantiene ignorantes, de manera que no podemos librarnos de uno a menos que evitemos el otro». Por lo que respecta a las funciones públicas de la mujer, Astell piensa de manera tradicional: debe contenerse y ceder el paso al hombre.

Al igual que los hombres, las mujeres deben desprenderse de los prejuicios, y dejarse convencer sólo cuando haya pruebas claras de una cosa. Claridad y precisión son absolutamente necesarias, sobre todo en el ámbito de la ciencia. En este punto, Astell se apoya en el *clare et distincte percipere* (conocimiento claro y distinto) de Descartes. Aunque asimismo hay verdades que nuestra inteligencia no puede comprender, y entre ellas se encuentra Dios. La fe también es un tipo de conocimiento, aunque no precisamente en el sentido de la ciencia. La obra principal de Astell, *A Serious Proposal to the Ladies,* apareció en 1694. Fue una obra muy leída en vida de la filósofa, pero después cayó en el olvido hasta que se volvió a editar en 1986.

> En pocas palabras, cualquier posibilidad de comprensión tiene, en cualquier inteligencia, su objeto adecuado. Los objetos de la ciencia son cosas que están dentro de nuestro alcance intelectual, de las cuales podemos tener ideas claras y precisas, y nada debería determinarse aquí sin claridad ni demostración. Ser capaz de repetir la doctrina de alguna persona, sin formarse uno mismo una idea clara, no significa saber, sino recordar; y tener una idea vaga y confusa significa suponer, no comprender.
>
> MARY ASTELL, *A Serious Proposal to the Ladies*

Juana Inés de la Cruz

Muy alejada de la Inglaterra monárquica vivió una filósofa que, como muchas de sus predecesoras, eligió la tranquilidad de los muros de un convento para poder seguir sus investigaciones. Se trata de la pensadora hispanomexicana Juana Inés de la Cruz (1651-1695). Nació en una pequeña población a unos 60 kilómetros de Ciudad de México. Era criolla, descendía de colonos españoles, pero vino al mundo en México. Su familia era noble. El padre administraba una finca. A los tres años, Juana ya sabía leer. A los seis años quería ir a la universidad. Como esto era imposible, adquirió una gran cantidad de conocimientos a fuerza de trabajar por su cuenta. En el año 1664, se convirtió en dama de palacio de la virreina mexicana. Allí pudo continuar su formación y comenzó sus propios escritos. En el año 1667, Juana entró en un convento de carmelitas, no porque tuviera un deseo especial de vida monástica, sino porque buscaba la calma necesaria para el trabajo intelectual. Su objetivo era estudiar teología, lógica, retórica, geometría, música, astronomía y otras disciplinas. Pero las normas del convento eran tan estrictas que después del período de prueba, tuvo que dejarlo. En el año 1669, lo intentó de nuevo e ingresó en la orden de las hermanas de san Jerónimo, que respondía más a sus intereses. Permaneció allí hasta su muerte. La disciplina más importante para ella era la filosofía. Juana de la Cruz estudió a fondo a Pitágoras, Platón, Aristóteles, Agustín y Descartes. Pudo hacer perfectamente compatibles los estudios filosóficos con su gran fe. Juana de la Cruz escribió poemas y dramas filosóficos.

En sus libros, De la Cruz negaba la separación entre el sentimiento y la razón. Pensar jerárquicamente le resultaba ajeno, así que no es de extrañar que quisiera ver al hombre y a la mujer como compañeros con igualdad de derechos. También opinaba que tenía todo el derecho a realizar estudios científicos, y en consecuencia, estudiaba seriamente las ciencias. Para ella, la formación era un gran bien que debía ser accesible a todas las personas. Pensaba también que las mujeres sabias debían enseñar a las más jóvenes. Un objetivo igualmente importante era comprender mejor la Biblia. El conocimiento es para la filósofa un camino para aproximarse a

Dios. La ciencia más elevada es para ella la teología. Por decirlo de alguna manera, Dios ha dejado huellas en el mundo del conocimiento que nosotros podemos seguir. Para Juana de la Cruz, todas las personas son seres únicos. La diferencia entre los individuos radica en la manera mediante la cual quieren llegar a la sabiduría. Algunas personas especiales se caracterizan por aspirar toda su vida a la sabiduría. Para ella, la esencia del alma es asexual.

La obra más famosa de Juana Inés de la Cruz es el poema *El Sueño.* «Es de noche, una persona duerme y empieza a soñar. Su alma se eleva, el cuerpo queda atrás. El alma se vuelve a encontrar sola en la cima de una alta montaña. Pero no entiende lo que ve. No puede captar el sentido y entonces despierta otra vez al cuerpo».

El sueño muestra la limitación del ser humano. Vive en un cuerpo que le impone ciertas barreras. Pero tiene la posibilidad de avanzar constantemente en el conocimiento, y éste es el sentido de la vida. Tiene la misión de conocer y explorar el mundo en el que vive, ya que sólo así puede seguir la huella de la esencia de Dios.

> Y más, Señora mía, que ni aun el sueño se libró de este continuo movimiento de mi imaginativa; antes suele obrar en él más libre y desembarazada, confiriendo con mayor claridad y sosiego las especies que ha conservado del día, arguyendo, haciendo versos, de que os pudiera hacer un catálogo muy grande, y de algunas razones y delgadezas que he alcanzado dormida mejor que despierta.
>
> SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, *Respuesta a sor Filotea de la Cruz*

Las mujeres filósofas del siglo XVII prepararon el camino para los sistemas filosóficos del siglo XVIII. Estaban convencidas de la importancia de la razón, creían que podía penetrarse el mundo mediante la razón, pero también mostraron claramente los límites del conocimiento racional. Destaca especialmente el hecho de que todas estas pensadoras, tras larga reflexión, no pudieron decidirse por una visión del mundo mecanicista. Lejos de esto, se imaginaron más bien una naturaleza animada, que no pudiera

gobernarse totalmente desde fuera. El despliegue de poder del espíritu humano tiene sus límites. El ser humano es una parte del universo, no el señor de todos los demás seres vivos.

Hemos visto que Descartes fue muy criticado por las mujeres filósofas. Su estricto dualismo de la materia y el espíritu, su filosofía de la preponderancia humana sobre la naturaleza no respondían a la manera de pensar de las mujeres que filosofaron en su tiempo. Precisamente en una época de grandes avances intelectuales y científicos, ellas reclamaban moderación y señalaban el hecho de que el ser humano no es ningún ser todopoderoso.

V. EL PLACER DE CONOCER: LA ÉPOCA DE LA ILUSTRACIÓN

Poulain de la Barre, a quien mencionamos al final del tercer capítulo, escribió en 1673 que tenía que aceptarse que tanto hombres como mujeres podían hacer uso de la razón para el bien de la humanidad, pues es propia de ambos sexos. También la filósofa de finales de la Edad Media Christine de Pizan había señalado que sólo existe un camino para una organización justa del mundo, y es el de: la utilización del pensamiento individual de manera autónoma y de no adoptar sin más ni más la opinión de otros. Pero la realidad de la vida cotidiana de la mayoría de las mujeres del siglo XVIII era completamente diferente. Su espacio vital se limitaba cada vez más al ámbito doméstico. Se consideraba que su deber era ceder la responsabilidad al marido, apoyarle y velar para que reinaran la armonía y el orden en el hogar. Las jóvenes quedaban prácticamente excluidas de la educación. Los internados para las llamadas «hijas bien» no aparecieron hasta finales del siglo XVIII.

En el siglo XVIII había una separación estricta entre la vida pública, como espacio del hombre, y el ámbito privado, en el que la mujer estaba en casa. Se creía que las mujeres eran niños grandes que necesitaban ser guiados. Se hablaba de una «naturaleza» masculina y de otra femenina. En esta corriente de opinión tuvo una especial influencia el educador francés Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Según su opinión, la mujer es sensible y más bien pasiva, mientras que el hombre posee inteligencia y es activo. La

mujer tiene el deber de someterse al hombre y de agradarle. La felicidad de la mujer se encuentra en el amor y en ningún otro lugar. Rousseau defendía un desarrollo libre del ser humano, una educación abierta al mundo y orientada a la bondad; aunque en esto se refería sólo al hombre.

En el año 1783, el filósofo de Königsberg Immanuel Kant escribió *¿Qué es la ilustración?*, donde resumía aquello que en algunas mentes, ¡también femeninas!, había tomado forma desde hacía tiempo: «Ilustración es la salida del hombre de su culpable minoría de edad. Minoría de edad es la incapacidad de servirse del propio entendimiento sin la dirección de otro. Esa minoría de edad es culpable cuando la causa de ella no está en la incapacidad del propio entendimiento, sino en la falta de decisión y de ánimo para servirse de él sin la dirección de otro. *Sapere aude!* ¡Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento! Ésta es la consigna de la Ilustración».

El entendimiento debía usarse en todos los ámbitos de la realidad cotidiana. En esta visión del mundo quedaba tan poco espacio para los prejuicios como para el fervor religioso o el fanatismo. Pero adquirir una formación y educar el entendimiento era muy difícil para las mujeres. Una posibilidad la ofrecían los «semanarios morales» que se publicaban desde mediados de siglo. Eran más fáciles de conseguir que los libros, y además eran más baratos. Aunque todo esto no podía hacer olvidar que se continuaba privando a las mujeres de una educación básica. Únicamente se permitía todo lo necesario para que el hombre pudiera engalanarse, junto con su esposa, para las fiestas y recepciones.

Gabrielle Émilie de Breteuil

Una de las mujeres que antes de Kant ya pensó y vivió de acuerdo con lo que pensaba ella misma fue Gabrielle Émilie de Breteuil, marquesa de Châtelet (1706-1749). De niña, ya mostró un gran talento. Su padre fomentó sus aptitudes; recibió clases de latín, inglés, español e italiano y también de física, historia y filosofía.

Fue educada en un ambiente de tolerancia religiosa. A los dieciséis años, Emilie se casó con un hombre de treinta, el marqués de Châtelet. Trajo tres hijos al mundo, uno tras otro. Y una vez cumplido su deber, pudo dedicarse a sus intereses, que eran muy diversos. Además de los estudios serios, a la marquesa le gustaba frecuentar los fastuosos salones de la corte francesa, donde disfrutaba de las fiestas. Tuvo diversas relaciones amorosas. Con Voltaire (1694-1778), el filósofo ilustrado que atacó el fanatismo religioso y la intolerancia con gran dominio de la ironía, vivió durante catorce años, hasta que murió a los cuarenta y dos, ocho días después de haber tenido otro hijo. Gabrielle Émilie estudió durante toda su vida y perfeccionó sobre todo sus conocimientos de matemáticas y de física. Le gustaban mucho los problemas de lógica. Tradujo los *Principia* de Newton del latín al francés con extensos comentarios que facilitaron mucho su comprensión, con lo cual contribuyó de manera decisiva a propagar las ideas de Newton en la Europa continental. La obra de Newton era enormemente difícil de entender para sus contemporáneos, por eso hay que destacar el valor de la traducción de la marquesa de Châtelet. También escribió una obra de divulgación de física en tres volúmenes. Aunque su tratado más importante es el *Discours de la bonheur*, un estudio sobre la felicidad.

En este discurso intentó fundamentar intelectualmente la felicidad, algo que parecía fuera de lugar. ¿Cómo podían fundamentarse los sentimientos con la razón?

Aquello que a la misma marquesa motivaba para vivir le parecía que eran las fuerzas motrices más importantes en el ser humano: las pasiones y el deseo de una vida feliz, pero sólo si las guía la inteligencia. Normalmente, las pasiones traen inestabilidad a la vida. Quien se lanza a vivirlas irreflexivamente, se crea dificultades innecesarias y acaba viviendo en el desorden. La felicidad debe poder planearse. Una persona no tiene que seguir sus sentimientos de manera estúpida e inconsciente, sino que debe guiar su vida.

Gabrielle Émilie de Breteuil no reduce, pues, el hecho de pensar claramente sólo a los ámbitos propios de la lógica. Hace ex-

tensivo el pensamiento racional al terreno de las emociones y de las pasiones. Reclama así la emancipación del individuo. Por otro lado, exigía a los demás que la considerasen un individuo independiente y no el accesorio de nadie. «Soy una persona singular y valiosa, responsable de todo lo que soy, lo que digo y lo que hago».

Para la filósofa, hay unos modos de hacer que son imprescindibles si uno quiere vivir su vida como una persona feliz:

> Ante todo está la firme determinación de aquello que se quiere ser y se quiere hacer, y precisamente es lo que hace falta en casi todas las personas. No obstante, es la condición sin la cual no hay felicidad. Sin ella, uno nada continuamente en un mar de incertidumbre, se destruye por la mañana lo que se ha hecho por la tarde, y se pasa la vida cometiendo estupideces, reparándolas, lamentándolas. Este sentimiento de arrepentimiento es uno de los más dolorosos y más desagradables que puede sentir nuestra alma, y uno de lo secretos más grandes es el de saber protegerse de él... Hay que partir del lugar en el que uno está y utilizar toda la perspicacia del espíritu para repararlo de nuevo o para encontrar medios de reparación. Pero nunca se puede mirar atrás y hay que apartar siempre de la mente el recuerdo de las faltas cuando se ha obtenido, después de una primera observación, el aprendizaje esperado.
>
> GABRIELLE ÉMILIE DE BRETEUIL,
> marquesa de Châtelet, *Discours de la bonheur*

De modo que Gabrielle Émilie du Châtelet fue una pensadora que no se creyó la idea que se tenía en su época de la «naturaleza» femenina.

OLYMPE DE GOUGES

En la segunda mitad del siglo XVIII, nos encontramos con otra pensadora que fue la primera en escribir una declaración de dere-

chos de la mujer, en el año 1791, como réplica al hecho de que la Asamblea Nacional de París hubiera puesto en vigor una nueva Constitución basada en la «Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano» el 26 de agosto de 1789, de la que se excluía a las mujeres. Esta mujer de coraje se llamaba Olympe de Gouges (1748-1793). En el artículo I de su declaración formula: «La mujer nace libre y tiene el mismo valor que el hombre en todos los derechos. Las diferencias en el ámbito social sólo tienen que poder fundamentarse por el bien colectivo».

En la misma época, Immanuel Kant, filósofo destacado de la Ilustración, en una clase del curso 1790-1791 dijo lo siguiente en relación a las mujeres: «Las mujeres son siempre niños grandes, es decir, no se fijan nunca un objetivo, sino que se dejan caer ahora aquí, ahora allá, pero no contemplan objetivos importantes; esto último es tarea del hombre». Esto lo escribió un hombre que permaneció soltero toda su vida y a quien tampoco se le conoce ninguna historia amorosa.

Olympe de Gouges, Marie Gouze de nacimiento, fue la hija ilegítima de un escritor acomodado antagonista de Voltaire, el poeta Jean-Jacques Lefranc de Pompignan, que no se hizo cargo de ella. Nació en Montauban, y a causa de la situación de pobreza en su casa no pudo recibir una buena educación. Con dieciséis años, la casaron con el propietario de un hostal, un hombre rico mucho mayor que ella llamado Louis-Yves Aubry, quien murió poco después del nacimiento de su hijo. En una muestra de independencia, renunció a llamarse «viuda Aubry». Marie Gouze se prometió con otro hombre y lo siguió hasta París en 1770. A partir de entonces, se hizo llamar Olympe, en recuerdo de su madre, y añadió la partícula «de» a su apellido Gouze, que transformó en Gouges. Se enamoró muchas veces más, pero ya no volvió a casarse. Consideraba que el matrimonio era «la tumba de la confianza y el amor». En París, se movía sobre todo por los salones, donde hizo numerosos contactos intelectuales, con periodistas, filósofos y gente del teatro.

La filósofa vivió la Revolución Francesa muy de cerca. A partir de mayo de 1789 vivió en Versalles. Durante los años de la

revolución, redactó escritos sobre todos los temas posibles, también sobre la Iglesia y sobre el celibato y el matrimonio. Intervino a favor de una votación popular directa en la cual se pudiera decidir acerca de la forma de gobierno. Se mostró contraria a las atrocidades de la represión jacobina y contra Marat y Robespierre, al cual interpeló en diversos escritos. En el año 1793 la detuvieron y la llevaron delante del Tribunal revolucionario. Acusada de ser una realista reaccionaria, fue ejecutada en la guillotina el 3 de noviembre.

Al principio, Olympe de Gouges escribía sólo novelas y dramas que trataban temas de crítica social. Después se inclinó por los trabajos más teóricos. Opinaba que la Revolución Francesa no traía a las mujeres aquello que habían deseado. Defendió con ardor los derechos de las mujeres y reclamó un trato igualitario en todos los aspectos, públicos y privados. Fue también una de las primeras en teorizar sobre el sistema de protección maternal e infantil. Sin embargo, los intereses de Olympe de Gouges también tenían otras direcciones. Abogó por la abolición de la esclavitud y escribió una pieza de teatro que la hizo célebre en su época: *La esclavitud de los negros.* Asimismo, propuso un amplio programa de reformas sociales en su escrito *Remarques patriotiques.*

En su *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana* compromete siempre al Estado. Para ella, no se trata de mostrar que la naturaleza de la mujer es igual a la del hombre, sino que es una cuestión de igualdad de derechos en la vida política y social. Las mujeres deben tener los mismos derechos y obligaciones que los hombres delante de la ley. La filosofía práctica es su terreno. Considera que ésta es el punto esencial, y eso en una época en la que predomina el análisis de la razón. Después de que Descartes concediera un papel tan importante al tema del conocimiento, es decir, al análisis de nuestra capacidad de conocer, los filósofos siguientes continuaron en esta dirección. Para Kant, la posibilidad del conocimiento es el problema fundamental de la filosofía. Y se preguntaba ¿cómo es posible que los filósofos no se cuestionen si la razón humana puede emprender esta aventura? Así que para él, la teoría del conocimiento pasaba a ocupar el primer pla-

no y sólo después venía la práctica. En cambio, Olympe de Gouges se inclinaba exclusivamente por la filosofía práctica o ética. De modo que su pensamiento sobre la libertad partía de la observación de los comportamientos sociales. El hombre es libre cuando la sociedad permite que los individuos puedan desenvolverse y progresar libremente. Esta libertad implica la responsabilidad con respecto al todo. Mi libertad es siempre la libertad del otro. Olympe de Gouges no se ocupó de temas teológicos.

> Mujer, ¡despierta! La campana que toca la razón resuena por todo el universo; ¡conoce tus derechos! El reino poderoso de la naturaleza ya no está rodeado de prejuicios, fanatismo, escepticismo y mentiras. La antorcha de la verdad ha dispersado las nubes de la estupidez y de la arrogancia... Parece que hay una mano divina que esparce por todas partes la herencia del ser humano, la libertad. Sólo la ley tiene derecho a poner límites a esta libertad cuando degenera caprichosamente, pero debe ser igual para todo el mundo.
>
> OLYMPE DE GOUGES, epílogo a la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana*

MARY WOLLSTONECRAFT

Otra mujer que, como Olympe de Gouges, tampoco pudo disfrutar de una buena formación académica fue la filósofa inglesa Mary Wollstonecraft (1759-1797). Era hija de un modesto tejedor de seda londinense que tuvo otros seis hijos. Mary tuvo que aprender por sí misma lo que quería. Su abuelo fue un hombre emprendedor. Compraba trozos de tierra donde hacía construir viviendas y los alquilaba. Pero la parte de la herencia que debía corresponderle a ella se perdió por las especulaciones fallidas de su padre.

Después de marcharse de su casa, Mary Wollstonecraft empezó a trabajar de dama de compañía de una señora mayor y rica. Ésta era una de las pocas posibilidades de ganar dinero para una

mujer soltera de su condición social. Después, vivió con una amiga a la que cuidaba los niños. Viajó a Francia para conocer de cerca la Revolución. En París conoció a Gilbert Imlay, un norteamericano con el que tuvo una hija, Fanny. Junto con su hermana, abrió una escuela con nuevos métodos de enseñanza que no duró mucho a causa de dificultades económicas. Mary Wollstonecraft tuvo la suerte de encontrar siempre personas que le ofrecieron su amistad y la apoyaron en su deseo de formarse y de pensar por su cuenta. En el año 1786 aceptó de nuevo un trabajo de educadora y se fue a Irlanda. En Dublín tuvo ocasión de visitar museos y teatros. En 1787, Wollstonecraft regresó a Londres. Allí, su editor Joseph Johnson le había conseguido una vivienda y un trabajo. En el círculo de amistades de su editor, conoció a William Godwin, precursor del pensamiento anarquista y utilitarista, con quien tuvo una relación libre, pero que acabó en matrimonio a causa de la hija que esperaba. Murió unos días después de dar a luz a Mary, quien más adelante sería la autora de la novela *Frankenstein.*

En el año 1786, salió publicado el primer libro de Mary Wollstonecraft: *Thoughts on the Education of Daughters* (*Pensamientos sobre la educación de las hijas*). La autora defiende con vehemencia que se ofrezca a las jóvenes la posibilidad de educar su inteligencia.

A través del editor Johnson, Wollstonecraft conoció a muchos intelectuales con los que podía discutir temas de filosofía, política y pedagogía. El fruto de esas conversaciones y pensamientos fue su primera obra filosófica: *Vindications of the Rights of Men* (Reivindicación de los derechos de los hombres).

En este libro, la pensadora defiende con pasión las ideas de la Revolución Francesa y combate las del filósofo inglés Edmund Burke, el cual había adoptado una postura muy crítica con la revolución.

En el año 1791, Mary Wollstonecraft escribió la que fue su obra principal: *A Vindication of the Rights of Women* (*Vindicación de los Derechos de la Mujer*), uno de los textos pioneros del feminismo. Este libro tuvo una gran influencia en las luchas por la emancipación de la mujer. Wollstonecraft defiende en él la igual-

dad educativa y de oportunidades entre ambos sexos. Como ilustrada que era, la filósofa también se pregunta en este libro qué diferencia al ser humano del animal. La razón, responde, en sintonía con el pensamiento de Kant.

Pero, tal como opina Wollstonecraft, no todos utilizamos del mismo modo este valioso regalo. Habría que añadirle otra cualidad todavía más decisiva: la virtud. La filósofa está plenamente convencida de que toda persona tiene la posibilidad de hacer uso virtuoso de la razón. Dios se la ha concedido con esta finalidad. El mismo Dios desea que a todos sea posible vivir conforme a la razón. No permitir el acceso a los medios para conseguirlo significa ir contra la voluntad de Dios. Mary Wollstonecraft era una persona muy religiosa.

Para ella, la fuerza de la razón habita en ambos sexos. La mujer sólo es inferior al hombre en fortaleza física. Wollstonecraft tuvo suficientes ocasiones de observar a las personas y de adquirir un gran conocimiento humano. Ella tenía muy claro que mediante la falta de estímulos se intentaba continuamente mantener la capacidad intelectual de las mujeres en una minoría de edad y en un nivel exiguo. Los hombres deben aprender a dejar espacios de libertad a las mujeres para su formación, y las mujeres tienen que oponerse a todas las medidas que las priven de formarse. No hay que confundir la virtud con la sumisión.

Wollstonecraft critica la visión, muy extendida, de que hombres y mujeres son diferentes por naturaleza. Hasta su muerte, defendió esta convicción con todas sus fuerzas. Su esperanza residía en que algún día se demostrase que las mujeres también son seres racionales que necesitan oportunidades para cultivar sus talentos.

> Que la mujer comparta sus derechos y emulará las virtudes del hombre, pues tendrá que mostrarse más perfecta cuando esté emancipada o justificar la autoridad que encadena a ese ser débil a su obligación.

MARY WOLLSTONECRAFT,
Vindicación de los Derechos de la Mujer

Johanna Charlotte Unzer

En Alemania no fueron únicamente los hombres quienes ensalzaron el pensamiento de la Ilustración. Una de las pocas filósofas de habla alemana de aquella época fue Johanna Charlotte Unzer (1725-1782). Johanna se había propuesto como objetivo conseguir un público femenino numeroso para la filosofía. Unzer tuvo la suerte de nacer en una familia culta y de prestigio. Su padre, Johann Gotthilf Ziegler era músico en Halle del Saale. Sin embargo, no tenía mucha relación con la literatura ni la filosofía, y su hija tuvo que aprender estas disciplinas de manera autodidacta. Encontró una gran ayuda sobre todo en su marido Johann August Unzer. Su matrimonio fue muy armonioso. En sus últimos años, Unzer tuvo que luchar contra todo tipo de contrariedades. Las enfermedades y la muerte de dos hijos la dejaron tan trastornada que a menudo no estaba en condiciones de trabajar. Murió a los cincuenta y siete años en Altona.

En un primer momento, Unzer se dedicó principalmente a la poesía, por la cual se le concedió en 1753 la corona de laurel de la Universidad de Helmstedt. Su primera publicación filosófica fue un libro que apareció en 1751, *Grundriss einer Weltweisheit für das Frauenzimmer* (*Compendio de sabiduría universal para la mujer*). En el mismo año, se publicaron unos poemas con el título de *Versuch in scherzhaften Gedichten* (*Intento de poemas lúdicos*).

Así que Unzer trabajaba siempre en dos direcciones. Por un lado, estaba la filosofía, por el otro, la poesía. Como no era tan segura de sí misma como Wollstonecraft, se mostraba en público muy reservada como filósofa, y apenas dejaba entrever su gran interés por la ciencia. Pero igual que su colega inglesa, Unzer también opinaba que hombres y mujeres están dotados de las mismas capacidades intelectuales. Esta pensadora poseía además excelentes dotes pedagógicas. En su *Compendio de sabiduría universal para la mujer* explica a sus lectoras los conceptos fundamentales de la filosofía, utilizando ejemplos manejables y repeticiones para que se les quedaran más grabados. En lugar de utilizar términos filosóficos específicos, usaba palabras corrientes. Así, por ejemplo, sustituye

«psicología» por «ciencia del alma» y «ontología» por «ciencia fundamental». Estas perífrasis podrían entenderse igualmente hoy en día, por mucho que la palabra alma haya pasado a usarse poco. Ontología significa, si se traduce literalmente, doctrina del ser. La palabra ontología casi podría utilizarse como sinónimo de filosofía, ya que ésta se ocupa de aquello que da una base a la realidad, aquello que hace que «sea», es decir, que tenga un ser.

Unzer también elaboró historias, poemas y episodios a partir de la realidad cotidiana que tratan de cuestiones fundamentales de la historia de la filosofía, como son el espacio y el tiempo, la casualidad y la necesidad, el cuerpo y el alma y la existencia de Dios. Éstas eran, según la opinión de Unzer, las preguntas primeras de la filosofía. Y no iba mal encaminada, ya que filósofas y filósofos de todos los tiempos se han ocupado de ellas.

La importancia de Unzer no proviene de la investigación de nuevos caminos filosóficos, ni de la formulación de pensamientos innovadores. Su mérito fue sobre todo hacer ver la necesidad de una buena educación para mujeres y hombres.

No obstante, se dedicó también a filosofar sobre las funciones y el papel del lenguaje y se interesó por el verdadero uso de las palabras. «¿La persona que tengo enfrente entiende lo que le digo tal como lo he querido decir?». A veces, una palabra no posee un solo significado, sino dos, como mínimo: «Solamente tengo que poner como ejemplo la palabra *Mensch* (persona), que tan pronto significa un animal racional, como una mujer desgarbada». La persona debe examinar primero qué quiere expresar para escoger realmente la palabra más adecuada. Los ejemplos que escoge Unzer provienen todos de la experiencia cotidiana inmediata. Ella sabe qué difícil es a veces hacerse entender y cuántos malentendidos surgen simplemente porque los interlocutores asocian diferentes significados a lo que se ha dicho.

La experiencia práctica y su gran conocimiento humano guiaron a Johanna Unzer a la hora de filosofar. De este modo, se dirigió a personas que de otra manera más bien se habrían asustado por el conceptualismo abstracto y por las complejas relaciones inherentes a cualquier sistema filosófico. Su pensamiento siem-

pre tenía una finalidad pedagógica. Enlazaba así con la Antigüedad y con los inicios de la actividad filosófica, cuando la filosofía tenía siempre un objetivo educativo. Johanna Unzer lo recordó, para ella y para sus lectoras y lectores.

> Se puede dictaminar fácilmente que un filósofo debe saber mucho, pues se ocupa de todas las cosas y examina su naturaleza. Empieza por Dios y acaba con las extremidades de los insectos más pequeños. Nadie debe imaginarse, en cambio, que los filósofos sean omniscientes; puesto que esforzarse por saber la causa de todo y tener realmente un conocimiento suficiente de todo son dos cosas diferentes. Un filósofo no tiene otro objetivo final que no sea el de parecerse a Dios, el único que todo lo sabe. Si no puede conseguir esto exactamente, al menos se le aproxima cada vez más, y esta aproximación eterna acaba haciendo de él un dios de naturaleza inferior.
>
> JOHANNA CHARLOTTE UNZER,
> *Compendio de sabiduría universal para la mujer*

HARRIET HARDY TAYLOR-MILL

La igualdad de sexos será a partir de ahora una de las principales demandas de la mayoría de las mujeres filósofas. Una de ellas fue la pensadora inglesa Harriet Hardy Taylor-Mill (1807-1858), quien trató las ideas principales de la Ilustración con un fuerte pragmatismo. Nació en 1807 en Londres, hija de Thomas Hardy y Harriet Hurst, y muy pronto se topó con los mismos problemas que muchas de sus coetáneas: no se daba un valor especial a su educación. La casa paterna era muy conservadora y a los 18 años, ya casaron a la joven con un industrial diez años mayor que ella, John Taylor, que económicamente era un buen partido. Harriet Taylor trajo tres niños al mundo. Pero no por eso dejó de continuar formándose, y de escribir pequeños ensayos y poemas.

Su gran suerte fue conocer en 1830 al filósofo John Stuart Mill. El padre de éste, el economista y filósofo James Mill, se había encargado personalmente de educarlo con mucho rigor y dureza. A los tres años, ya aprendió a leer la lengua griega y a los ocho, la latina. A los catorce, ya leía a los filósofos más importantes de la época. Aunque era muy reservado, el joven de veinticuatro años, que todavía vivía con sus padres, se sintió atraído por el espíritu crítico y abierto de Harriet, una mujer casada y con dos hijos. Cuando el marido de Harriet, John Taylor, murió en 1849 dejó a su mujer toda su fortuna, que era considerable. Dos años después, se casaron Harriet Taylor y John Stuart Mill. Cabe destacar el hecho de que Mill firmara un contrato matrimonial en el que renunciaba a todos los derechos sobre su mujer que se le conferían automáticamente con el matrimonio. La declaración de renuncia de Mill era una protesta por la falta de derechos de las mujeres casadas. Este derecho del hombre no era tan sólo una práctica habitual en la época, sino que hasta lo exigía la ley. Después de una vida de muchos trabajos, la pareja decidió establecerse un par de años en algún lugar cálido del sur. Pero durante el viaje, Harriet Taylor-Mill murió repentinamente en Aviñón, camino de Montpellier, víctima de una congestión pulmonar.

Todo lo que Harriet Taylor-Mill escribió lo hizo o bien junto con Mill o éste lo revisó y publicó después de su muerte. Con todo, Mill estaba plenamente convencido del gran talento de Harriet y siempre respetó la independencia de pensamiento de su esposa. Harriet influyó mucho en las ideas de su marido, especialmente en lo que respecta a la lucha por la igualdad de las mujeres. Mill fue un reformador de la filosofía del utilitarismo fundada por Jeremy Bentham (1748-1832). La idea central de Bentham consistía en querer la «mayor felicidad posible para el mayor número posible de individuos». Iba en contra de la razón en tanto que ésta se convierte en medida de lo que es bueno o malo. La razón sólo conlleva discusiones inacabables, según su punto de vista. La felicidad, en cambio, es placer y qué es el placer lo sabe todo el mundo, es lo que todos sienten como tal, lo mismo que significa en el lenguaje común. Por consiguiente, la

mejor manera de formarse un criterio para una vida buena es viviendo la sensación de felicidad. Mill dio un paso más allá que Bentham y reflexionó sobre las cualidades que debería tener esta felicidad. La felicidad para él no es meramente un bien, sino el bien: el único fin último que todos deseamos y perseguimos. Por otro lado, tanto él como Harriet Taylor opinaban que todos los seres humanos tienen derecho a su propia realización personal para ser felices. Por eso era necesaria la igualdad política y social de hombres y mujeres. La Constitución inglesa no la reconocía y todavía perjudicaba mucho a las mujeres. Era cierto que la Ilustración había mejorado algunas cosas, pero los derechos fundamentales de las mujeres continuaban sin alcanzarse, entre ellos el derecho al voto. En 1851, Stuart Mill fue elegido miembro del Parlamento y defendió el sufragio femenino, entre otras reformas electorales o sociales, tales como que la educación o el trabajo infantil se sometieran a un control público.

John Stuart Mill y Harriet Taylor escribieron, entre otros temas, sobre el matrimonio y el divorcio; Harriet Taylor redactó un artículo sobre la emancipación de la mujer. Después de la muerte de Harriet, John Stuart Mill y Helen, la hija de Harriet, publicaron juntos el tratado *The Subjection of Women* (*La sumisión de las mujeres*) en 1869. El texto es un alegato contra la sumisión de las mujeres, aunque también pone de relieve la diferencia natural entre ambos sexos, cosa que, naturalmente, no justifica en modo alguno un trato no igualitario ni la política ni en la sociedad. «Las relaciones entre sexos están muy jerarquizadas, y los hombres establecen su poder a la vez que lo legitiman con fundamentos mitológicos, religiosos, ideológicos, filosóficos o científicos».

En la filosofía inglesa y norteamericana, la práctica siempre se sitúa en primer término. Harriet Taylor-Mill se adscribe igualmente a esta tradición. En su filosofía, no se trata de avanzar hacia alguna cosa que vaya más allá del ser humano. Se adentra plenamente en la vida cotidiana para observar donde dominan las injusticias y reflexiona después sobre posibles soluciones. Veía la mayor desigualdad de su época en el hecho de que no se hubiera

alcanzado todavía la emancipación de la mujer. Su idea principal dice así: lo que es igual por naturaleza no debe separarse a escala social. Por encima de todo, debe prevaler el derecho del individuo a la autodeterminación.

> Sin embargo, cuando preguntamos por qué la existencia de una mitad de la especie debe ser meramente subsidiaria de la de la otra mitad, por qué cada mujer tiene que ser mero accesorio de un hombre, sin que se le permita tener intereses propios, para que no pueda haber nada en el espíritu de la mujer que rivalice con los intereses y el placer del hombre, la única razón que se puede dar es que así lo quieren los hombres. Es agradable para los hombres que ellos vivan para su propio beneficio, y las mujeres para beneficio de los hombres; y los que tienen el poder, consiguen que los súbditos consideren durante mucho tiempo como sus virtudes apropiadas aquellas cualidades y aquella conducta que agradan a los gobernantes.
>
> HARRIET TAYLOR-MILL, *La emancipación de la mujer*

Así, aunque el pensamiento fundamental de la Ilustración en teoría era válido para todos, en la práctica no era así y fue necesaria la decidida determinación de unas mujeres valientes para luchar por el derecho fundamental de igualdad de sexos. Las filósofas no se conformaron con la opinión general de que la mujer no era apta, por naturaleza, para hacer uso de su inteligencia y para tener un papel en la vida política y social que no fuera sólo de sumisión. Las filósofas de la época protestaron con vehemencia contra la exclusión de las mujeres de la vida pública. Todas ellas partían de la idea de que las mujeres y los hombres eran igualmente capaces de pensar y de actuar de manera racional, y reivindicaron los mismos derechos para todo el mundo.

VI. LA FILOSOFÍA ES LA BELLEZA DEL PENSAMIENTO: EL ROMANTICISMO

Según el lema de la Ilustración, el ser humano debe hacer uso de la propia razón. De todos modos, ya hemos visto que las mujeres quedaban bastante excluidas de esta posibilidad. Para diferenciar al hombre de la mujer, la separación entre el pensamiento y el sentimiento constituía un criterio sumamente decisivo. Se consideraba que la mujer era un ser más de sentimientos que de pensamientos. Así, Immanuel Kant dijo que a la mujer no hay que impartirle enseñanzas relacionadas con la razón, sino que se trata única y exclusivamente de cultivar su «vida afectiva». La mujer tiene que sentir, no pensar. Pero a finales del siglo XVIII, muchas pensadoras y pensadores empiezan a dudar de esta diferenciación y de la excesiva valoración del uso de la razón. El pensamiento de la Ilustración les produce el efecto de una prisión donde los seres humanos ya no tienen más espacio libre. Se preguntan si la «luz de la razón» basta realmente para iluminar todos los secretos de la vida. ¿Qué pasa con los rincones escondidos, con ámbitos como la sensualidad, la belleza, la naturaleza, los sueños o la religión? Estas pensadoras y pensadores creen que aquellos que emocionalmente sólo dependen de su razón son unos seres solitarios. No pueden sentirse verdaderamente unidos con la naturaleza ni con otros individuos, niegan las «partes oscuras» de la vida, reprimen sus sueños, banalizan el poder del amor. Este movimiento opuesto a la Ilustración y que se caracteriza por el culto al mundo subjetivo y a los sentimientos se llama Romanticismo.

Las filósofas y filósofos románticos se dirigen hacia nuevos territorios, donde tengan cabida la fantasía y el sueño. Además, no quieren una filosofía que pueda aislar a las personas, sino que se esfuerzan por unirlas. Es una época en la que se cultiva la amistad. Se habla incluso de un culto a la amistad.

Bettine von Arnim

Una filósofa alemana que participó intensamente de este culto fue Bettine von Arnim (1785-1859), Bettine Brentano de nacimiento. Su círculo de amistades se reunía a menudo para conversar. Hablaban de todo, de literatura, filosofía, historia y se mostraban contrarios a los convencionalismos sociales y a las normas religiosas. Bettine nació en Frankfurt en una familia de comerciantes acomodada y católica, originaria de las cercanías del lago Como. Cuando tenía ocho años, se murió su madre y seis años más tarde, su padre. Tras la muerte de éste en 1797, se fue a vivir con su abuela luterana, la escritora Sophie von La Roche, que se había hecho famosa con su novela *Die Geschichte des Fraüleins von Sternheim* (*La historia de la señorita Von Sternheim*). Esta obra trataba de los errores y extravíos de una mujer a la que juegan malas pasadas pero que finalmente se embarca feliz en el puerto del matrimonio. La abuela tenía una biblioteca extensa donde Bettina pudo apagar su sed de conocimiento. También fue en casa de su abuela donde empezó a introducirse en la vida social y a relacionarse con artistas e intelectuales. Fue amiga, entre otros, de Beethoven y de Goethe, a los que puso en contacto. En el año 1811, Bettine se casó con el poeta Achim von Arnim y en los 16 años que sucedieron, dio a luz a siete criaturas. En 1805 conoció a Karoline von Günderrode, de la que hablaremos más adelante, con quien la unió una gran amistad llena de vicisitudes hasta que ésta se suicidó un año más tarde por un desengaño amoroso. Bettine von Arnim estuvo presente en la vida pública a partir de 1831, aproximadamente. Cuando en Berlín se declaró una epidemia de cólera,

ayudó a suministrar mantas y medicamentos a la población. Se dio cuenta entonces, por primera vez, de la pobreza que había. La industrialización incipiente comportaba grandes cambios sociales y forzó un éxodo rural que desembocó en un excedente de mano de obra en las ciudades. Las condiciones de vida de las clases más desfavorecidas se endurecieron. Además, se vieron agravadas porque la nobleza persistía en mantener lo que consideraba que eran sus derechos legítimos. Ante esta situación, Bettine von Arnim intervino a favor de la creación de un «ministerio de los pobres». Escribió en este sentido muchas cartas al rey prusiano Federico Guillermo IV. Esperaba obtener de él ayudas para los pobres y medidas políticas para paliar la injusticia social. Pero no tuvo éxito. El rey se veía a sí mismo como soberano por la gracia de Dios, y aunque se esforzara por mostrar proximidad hacia el pueblo, no le preocupaba.

Otro hecho que conmovió profundamente a Bettine fue la represión de la revuelta de los tejedores de Silesia en 1844. Cuando se introdujo el telar mecánico, empeoraron dramáticamente las condiciones de trabajo de los tejedores, los cuales iniciaron la que sería la primera revuelta obrera de Alemania. El ejército pasó a la acción y la revuelta acabó en sangre. Bettine von Arnim se solidarizó con los tejedores e intentó nuevamente interceder ante el rey, también sin éxito. Y además, se vio de pronto en la lista de los enemigos públicos, una situación inimaginable para ella. En marzo de 1848 estalló la revolución en Berlín. Las clases populares se habían alzado para reclamar una liberalización del régimen. Se prometieron reformas, pero las promesas no se llevaron a la práctica. Bettine von Arnim intentó una vez más influenciar al rey y, como las veces anteriores, tampoco tuvo éxito. A partir de entonces, estuvo sometida a vigilancia, así que fue apartándose cada vez más de la vida pública. Ni sus hijos estaban todos a su favor. Murió en 1859 en Berlín.

A Bettine von Arnim le gustaba remarcar su falta de intelectualismo: «Estoy tan contenta de ser insignificante, así ya no necesito vérmelas con ideas inaccesibles». Estudiar a los clásicos tampoco tenía ninguna importancia para ella. Al contrario, desde su

punto de vista era algo para el «espíritu filisteo». El filisteo era el viejo enemigo de los románticos. Lo consideraban ejemplo de la normalidad más absoluta, un acomodado enfermizo, un conformista sin inquietudes. La razón, que debe hacer libres a los hombres, se ha convertido en su caso en un simple pensamiento utilitario. Como buena pensadora romántica, Bettine von Arnim era una filósofa ávida de libertad que creía que no se puede llegar a la verdad por el camino de la erudición: «El intelecto cubre todo aquello que hay que aprender con una capa de niebla que no nos deja ver la verdad».

Por otro lado, la búsqueda de libertad debe ser completamente individual. La individualidad es para ella el impulso de vivir más auténtico. No hay una baranda donde el ser humano pueda reclinarse, y tampoco es necesaria. Una palabra clave en el pensamiento de Bettine es *Schwebereligion* («religión en suspenso»). El movimiento es el principio básico de toda vida; hay que imaginar posibilidades, hay que dirigir la mirada hacia el futuro. No hay ninguna razón fija e impertérrita sobre la cual pueda descansar todo. Para Bettine von Arnim, sólo el devenir es eterno. Y así es como el anhelo ocupa un lugar importante en su pensamiento. Se trata de querer lo imposible. El ser humano se mueve toda la vida entre dos polos. Por un lado, está la realidad que se desarrolla dentro de unos límites, y, por otro, está también el infinito mundo de las posibilidades, de las esperanzas y de los deseos. Para Bettine von Arnim, la realidad cotidiana fueron los veinte años de matrimonio con Achim von Arnim y la educación de sus siete hijos.

Bettine von Arnim, como hemos visto antes, tomó parte de manera activa en la vida política. Entre las señoras de la nobleza de su época, y ella era condesa por matrimonio, lo habitual era ejercer la caridad hacia los pobres. Pero el interés social de Bettine von Arnim iba más allá de esta actividad caritativa. A ella le preocupaba el creciente grado de pauperismo de las clases más desfavorecidas. Una gran parte de la población ya no podía adquirir los bienes más necesarios para sobrevivir. La gente afluía a las ciudades, donde no había suficiente trabajo para todos y los

salarios eran escasos. «La gente quiere un ministerio de trabajo, pero yo quiero un ministerio de los pobres, que tiene un carácter mucho más decisivo y sería un órgano mucho más importante». Bettine von Arnim era defensora de una monarquía constitucional. «El rey debe ser revolucionario», decía. Criticaba sobre todo la justicia y la administración prusianas que eran demasiado rígidas. En el año 1846 la procesaron a causa de la edición de sus obras y las de su marido. Perdió el proceso. En su *Königsbuch* («Libro del rey»), critica las prisiones que califica de «cámaras de martirio». Cuando alguien se convierte en criminal, no tiene la culpa de ello la disposición del hombre al pecado, sino la enferma concepción de valores de la sociedad.

Bettine von Arnim luchó por la libertad política y social. Denunció las condiciones de los obreros y de las mujeres y se opuso a la pena de muerte. Fue una ferviente partidaria de las ideas socialistas y utilizó sus escritos para defender a los pobres y reivindicar una mejor justicia social. Creyó en los cambios sociales hasta el final de su vida. Nunca dejó de tener esta esperanza. Los sueños de un mundo mejor y unas ideas socialmente críticas se mezclaban en ella con un pensamiento agudo y un don de la observación preciso.

> Saber y ser sabio son dos cosas diferentes... Un matemático, un historiador, un profesor de derecho: todos forman parte del mundo de los fósiles, de los filisteos... Ser sabio es estar creciendo en el saludable terreno del espíritu, donde el espíritu llega a florecer. Allí no se necesita retener nada en la memoria, no se necesita separar la fantasía de la realidad, hasta el ansia de saber me parece que es allí como un beso del alma con el espíritu, un roce de ternura con la verdad, y te hacen vivificar enérgicamente.
>
> BETTINE VON ARNIM, *Die Günderrode*

Karoline von Günderrode

Bettine von Arnim era partidaria de «sinfilosofar», una palabra propia del romanticismo alemán que significa filosofar en común, le gustaba conversar intensamente sobre cuestiones existenciales importantes. Una persona con la que podía hacerlo a fondo era su amiga Karoline von Günderrode (1780-1806). Nació en Karlsruhe. Su padre murió en 1786, y la familia se vio inmersa en graves problemas económicos. Karoline, como era la hija mayor, tenía que cuidar de sus hermanos pequeños, mientras la madre intentaba salir adelante profesionalmente. En el año 1797, la internaron en una institución de damas, donde acogían a las mujeres solteras y sin medios. El reglamento era muy estricto, pero Günderrode encontraba ocasiones para seguir formándose intelectualmente. Publicó sus obras con el pseudónimo masculino de «Tian». En 1804 conoció al arqueólogo Friedrich Creuzer. Este hombre casado fue su gran amor. Aunque Creuzer también se enamoró de la poetisa y filósofa, no fue capaz de abandonar a su esposa. Günderrode se apuñaló en 1806, a los veintiséis años, en Winkel del Rin, según la suposición más extendida, por un amor no correspondido. Pero atribuir este hecho solamente al desengaño amoroso significa simplificar de modo improcedente. Günderrode ya había tenido pensamientos de suicidio con anterioridad. En la muerte, esperaba hallar tranquilidad y reconciliarse finalmente con las fuerzas contradictorias que luchaban en su interior.

Günderrode escribió poemas y prosa, pero también realizó estudios filosóficos, y no sólo como algo secundario. Discutió a fondo con los filósofos de la época, entre otros con Georg Friedrich Hegel y Johann Gottlieb Fichte, representantes del idealismo alemán, un movimiento contrario al empirismo, que para la reflexión filosófica no partía de lo que podríamos llamar «mundo externo». No obstante, su idealismo era ya muy diferente al de Platón. Platón partía de la premisa de que la realidad del mundo de los sentidos proviene de las ideas. Los idealistas alemanes también. Pero su concepto de idea es ya otro. A lo largo de la historia de la filosofía, la conciencia humana se había ido convirtiendo cada

vez más en el centro de la reflexión. Los pensadores del idealismo alemán querían eliminar la oposición entre conciencia y realidad. Para ellos no puede existir ningún mundo sin el sujeto pensante. Günderrode aprendió, de Fichte sobre todo, la gran importancia que tenía el yo, entendido como una realidad previa al sujeto y al objeto, para el conocimiento. Para Fichte, todo lo que se conoce, se reconoce en el espejo de un yo. Günderrode era una gran lectora de Fichte y tenía por costumbre tomar notas cuando lo leía. Así, en un pasaje donde Fichte dice: «Las determinaciones necesarias que, gracias a sus relaciones, hacen que construyamos un sistema universal se pueden explicar también gracias a las leyes necesarias de nuestro pensamiento», Günderrode anota: «Es decir, las leyes que creíamos observar en estas determinaciones están en nuestro propio pensamiento».

Como es sabido, la época del Romanticismo siempre ha sido calificada como el origen de la modernidad. Precisamente, esto se muestra perfectamente en el pensamiento de Karoline von Günderrode. Günderrode dirigió la mirada hacia adentro, como hacían todos los filósofos y filósofas románticos. Allí la esperaba algo misterioso, oscuro y truncado. En ella misma observó la parte inarmónica de la propia experiencia, sus contradicciones internas, y sufrió con ello. Esta tendencia se intensifica en la época moderna. El ser humano es un ser solitario, un ser frágil que se arrastra sin encontrar un apoyo al que asirse, y busca el alivio en una entidad más elevada. Günderrode escribe: «...siempre es nuevo y vivo el anhelo dentro de mí de expresar mi vida de una forma que permanezca, con una figura que sea digna de llegar a las partes más remotas y saludarlas y convivir con ellas». Hace suyos los anhelos del Romanticismo, ella también desea llegar más allá de lo que está ordenado y sintetizado en conceptos claros. Y desconfía de un dominio único de la razón. Günderrode luchó toda su vida para cohesionar las distintas partes de su personalidad. En agosto de 1801, escribió a su amiga Gunda Brentano:

> No tengo ninguna inclinación hacia las virtudes femeninas, hacia la dicha de las mujeres. Sólo me gusta lo salvaje, grande, resplan-

> deciente. En mi alma hay un desequilibrio fatídico e incorregible; y se quedará así, como debe ser, porque soy una mujer y tengo deseos como un hombre sin tener la fuerza masculina. Por eso soy tan mutable y tan desavenida conmigo misma.

En el Romanticismo se decía que la armonía mayor se alcanza en el arte. Las pensadoras y los pensadores románticos consideran que el arte es la única posibilidad de unir, en una entidad más elevada, lo que es contradictorio. La filosofía lo tiene más difícil: sólo puede aproximarse a la verdad. No obstante, es la reina de las ciencias.

Günderrode optó por el arte a la hora de expresar sus pensamientos. Sus formas de expresión preferidas, a parte de los aforismos, fueron los poemas y las cartas. Al principio, escribía con un pseudónimo, porque temía la crítica de sus colegas. Y no se equivocaba. Cuando salió a la luz quien se escondía bajo el nombre de «Tian», le recriminaron que, aunque supiera escribir muy correctamente, faltaba al decoro por la radicalidad de su pensamiento.

A Bettine von Arnim le une el anhelo de libertad y el deseo de amistad. Creían que hay que vivir también en pequeña escala lo que en gran escala sólo puede ser un ideal.

> El conocimiento primigenio es el principio divino mismo, la filosofía como ciencia de todas las ciencias (ella las engloba todas) es la aproximación a este conocimiento absoluto; aprender significa buscar lo divino, conocer significa tocarlo.
>
> KAROLINE VON GÜNDERRODE,
> de *Philosophischen Propädeutik*

RAHEL VARNHAGEN

El interés por la conversación y la experiencia de la comunicación como ámbito esencial de la reflexión filosófica caracterizan también la obra filosófica de otra mujer del Romanticismo: Rahel Varnhagen (1771-1833), Rahel Levin de nacimiento. Nació en el seno de una familia de comerciantes judíos acomodados y pasó

la mayor parte de su vida en Berlín. Rahel Levin era, ya de pequeña, muy reflexiva, cosa que no gustaba demasiado a su padre. Era una niña y por tanto, debía dedicarse a las cosas prácticas. Así que su formación intelectual fue muy pobre, pero Rahel supo aprovechar los excelentes contactos de su padre con las familias cultas de Berlín y adquirió de este modo conocimientos de literatura, filosofía y lenguas extranjeras.

La muerte de su padre en 1790 comportó graves problemas económicos para la familia, sobre todo para Rahel. No ganaba dinero y dependía de sus hermanos, que no eran muy hábiles para los negocios. Un buen matrimonio habría sido la solución, pero Rahel Levin no tenía prisa. Aprendió a adaptarse a las circunstancias. Pero esta situación no hizo variar su inclinación por la filosofía. Tenía muchos pensamientos que giraban en su mente. No obstante, no quería continuar dando vueltas a los grandes problemas de la vida sólo en su cabeza, así que en 1790 abrió un salón en casa de sus padres, en la Jägerstraße, que fue muy frecuentado por literatos, científicos, políticos y aristócratas. No fue pionera en esto. En la Francia del siglo XVII eran frecuentes en la sociedad culta los salones dirigidos por una mujer. Pero el salón tuvo que cerrar en 1806 cuando Napoleón entró en Berlín. Las reformas políticas, que tenían que mejorar la situación de los judíos, no fueron aceptadas por las clases altas, sobre todo por la nobleza, que se opuso a ellas con vehemencia, y esto significó una nueva ola de discriminación judía. Rahel Varnhagen sufrió casi toda la vida el hecho de ser judía, lo que le supuso muchas limitaciones.

Después de varias relaciones poco afortunadas, se casó con el escritor y diplomático Karl August Varnhagen en 1814, y se convirtió al cristianismo. Los años posteriores a la boda y a la conversión, Rahel se mantuvo en una posición de *outsider*. Y es que una cierta seguridad material no significa que se disponga de seguridad en las cosas del espíritu. Rahel Varnhagen necesitaba el espacio de expresión de opiniones y de intercambio que generaban los salones y se arriesgó a abrir otro. Uno de los visitantes era Heinrich Heine, a quien la unió una especie de relación mater-

no-filial. Cuando ella murió en 1833, designó a su marido administrador de la herencia. Escogió bien. Varnhagen se ocupó de la obra de su mujer con amor, competencia y sin ninguna vanidad.

Para Rahel Varnhagen no son las cosas las que están en el centro de interés, sino el proceso de filosofar. Pensar con independencia es lo más importante para ella: «Todo depende de pensar por uno mismo; de los objetos, con frecuencia depende muy poco».

Un pensamiento libre debe desarrollarse independientemente de las condiciones externas, de la categoría y del papel que uno desempeña en la sociedad. El resultado es secundario; para dedicarse a temas difíciles, lo que hace falta es coraje. Los caracteres pusilánimes no tienen nada que hacer en el terreno de la filosofía. Esto recuerda a los pensadores y pensadoras de la Antigüedad, a Aspasia y a Sócrates, para quienes filosofar tenía algo de subversivo. Seguir el rastro de las cosas, preguntar implacablemente, no vacilar nunca: éstas eran las divisas de la antigua Grecia y del Berlín del Romanticismo: «Pensar es cavar y medir con la sonda. Muchas personas no tienen fuerza para cavar y otras, ni el coraje, ni la costumbre de dejar caer la sonda en la profundidad».

Rahel Varnhagen puso sus pensamientos por escrito en diarios, cartas y aforismos. La forma breve y concisa le parecía la más apropiada para su filosofía. No escribió grandes tratados sistemáticos. Tampoco lo hicieron otros genios de la época, como por ejemplo, los románticos Friedrich Schlegel y Novalis. Schlegel también visitaba su salón, donde podía encontrar a las personalidades más variadas: poetas, filósofos, gente de la política y de la alta nobleza.

El ser humano tiene para Rahel Varnhagen algo en principio inacabado, enigmático. No se puede concebir. En una carta al poeta Adam Müller, escribió: «Y me gustaría decir qué queda al final del ser humano que no sea una pregunta». En todo lo relacionado con el ser humano, ya sean el sentimiento y la inteligencia, el papel de la sociedad o de la política, o bien la religión, siempre hay preguntas candentes, y raramente respuestas.

Rahel Varnhagen no era muy propensa al ensueño romántico. Pensaba que no hay que menospreciar la inteligencia; está ahí

para explicarse ella misma y todo lo que es comprensible. Pero al mismo tiempo pensaba que el sentimiento sencillamente está, no se puede explicar y permite experimentar que pueden sobrepasarse los límites. Creía que la religión empieza allí donde acaba el conocimiento. Todas éstas eran ideas propias del Romanticismo.

Cuando Rahel Varnhagen murió, ya se había reconciliado con el judaísmo: «Aquello que fue para mí durante tanto tiempo la ignominia más grande, el dolor y la desgracia más amargos, haber nacido judía, ahora no lo cambiaría a ningún precio».

> Amo infinitamente la sociedad, desde siempre, y estoy plenamente convencida de que he nacido y la naturaleza me ha designado y me ha dotado para este fin. Tengo un presente infinito y la velocidad del espíritu para comprender, para responder, para tratar. Un gran sentido para los caracteres y las relaciones de todo tipo, entiendo las bromas y las cosas serias, y ningún objeto me resulta extraño hasta el desatino.
>
> RAHEL VARNHAGEN,
> *Gesammelte Werke,* Vol. IX, 1983

GERMAINE DE STAËL

La tradición del salón nos lleva, como ya se ha dicho, hasta Francia. Allí nos encontramos con una pensadora cuya madre ya tenía un salón. Se trata de Germaine Necker, más conocida como Germaine de Staël o *madame* de Staël (1766-1817). Fue la hija única de un rico banquero suizo, Jacques Necker, y de Suzanne Curchod, la cual, contrariamente a la tendencia de la época, quiso educar ella a Germaine y no dejarla al personal de servicio, tal como se solía hacer en su círculo social. A Jacques Necker no le complacía que su mujer escribiera, pero a su hija, la apoyó. Y así es como Germaine practicó muy pronto el arte de poner por escrito sus pensamientos. Igual de pronto tuvieron los hombres un papel importante en su vida. Tuvo cinco hijos, de los cuales sólo

uno fue de su marido. Germaine de Staël entendía que el amor y la política iban juntos. A causa de sus ideas progresistas y a los continuos cambios políticos de su época, no vivió sin pasar peligros. Tuvo que marcharse varias veces de Francia, y en el año 1802 para largo tiempo. Napoleón la mandó al exilio y ella se fue a Alemania, atravesando Suiza. Hasta la caída de Napoleón en 1815, no volvió a París, donde murió dos años después.

Por aquel entonces, muchos intelectuales franceses tenían como modelo a Jean-Jacques Rousseau. En su crítica de la sociedad, Rousseau puso énfasis en el papel del individuo libre. El ser humano era libre por naturaleza y la naturaleza misma orientaba nuestra voluntad hacia el bien del ser humano. Germaine de Staël era una gran lectora de Rousseau, pero la idea de su retorno a la naturaleza no la compartía, ni tampoco su idea de vínculo «natural» de la mujer al ámbito doméstico. A ella le gustaba la ciudad. Por otro lado, no separaba el sentimiento y la política, al contrario: en su tratado *De l'influence des passions sur le bonheur des individus et des nations* muestra que la emotividad y el cálculo político pueden ir perfectamente juntos.

Germaine de Staël confiaba, como muchos, en Napoleón. Pero pronto esta confianza se vio truncada. Las ideas sociales, políticas y religiosas de *madame* de Staël exasperaron a Napoleón. El emperador quería sobre todo tranquilidad en el país, para poder concentrar todas las fuerzas en su política de conquista. Los pilares de la paz nacional eran para él el matrimonio y la Iglesia católica. Aquello no acababa de gustar a *madame* de Staël. Ella estaba a favor del divorcio y de la libertad a la hora de elegir pareja.

En el pensamiento de Germaine, se trataba de mostrar que las ideas de la Ilustración pueden convivir con una literatura de la sensibilidad. De Staël puso sus pensamientos por escrito principalmente en novelas filosóficas. Napoleón creyó encontrar un espíritu conspirador detrás de la elocuencia de Germaine. La lucha entre ambos duró catorce años, hasta que Napoleón tuvo bastante y mandó a la pensadora al exilio, como ya se ha dicho. Las mujeres deberían quedarse en casa, estarse quietas y hacer punto, según su opinión. *Madame* de Staël abrió entonces un

salón en Weimar que visitaban, entre otros, Goethe y Schiller. Éstos la veían como una personalidad arrolladora, de espíritu brillante, y eso que tenía una actitud crítica ante Weimar. Y sobre todo con la filosofía del idealismo alemán. En su obra de cuatro volúmenes sobre Alemania y los alemanes, critica la dificultad para comprender esta filosofía. Además, no puede entender por qué tenían que comprimirse las ideas filosóficas en unos sistemas tan cerrados como los de Hegel o Fichte. Todo tiene su lugar inamovible dentro de estos sistemas y esto resultaba hostil para un pensamiento flexible y abierto como el suyo. Como a todos los románticos, le gustaba el pequeño formato: el fragmento, la carta, el ensayo, el aforismo. Los pensamientos deben dejar circular el aire; si no es así, los lectores se ahogan. También echa de menos en el idealismo un análisis de la gran importancia del sentimiento a la hora de comprender el infinito. Esto le llama la atención con más fuerza en Fichte, quien hacía del «yo» el centro de todo. Este yo abstracto, para una pensadora como Germaine de Staël, es demasiado monomaníaco, solitario y dependiente de sí mismo. Para ella el sentimiento es el que pone al individuo en relación con las otras personas y con la naturaleza. Sin sentimiento, no se podía considerar un ser social.

> Aun quedando desnudo del sentimiento, el idealismo tiene la ventaja de estimular la actividad del espíritu en grado máximo; pero la naturaleza y el amor pierden con este sistema todo su encanto. Puesto que, si los objetos que vemos y los seres que amamos no son nada más que una obra de nuestras ideas, entonces el mismo ser humano tiene que considerarse el ser más solitario del mundo.
>
> *Madame* de STAËL, *Alemania*

Las filósofas del Romanticismo se esforzaban por mostrar que, tanto en la filosofía como en la vida, lo primordial es fortalecer el propio yo y aguzar la sensibilidad para descubrir las relaciones de las cosas. Una relación muy importante es la existente entre pensar y sentir. Pensar aporta claridad, analiza y ordena; sentir esta-

blece una relación con lo que va más allá de la capacidad de comprensión humana, hacia el infinito. En el ámbito de la convivencia entre individuos, resulta fundamental que exista una cultura de la conversación y de la tolerancia. La comunicación es un concepto central para todas las filósofas románticas.

VII. MIRAR HACIA EL INTERIOR Y ALREDEDOR DE UNO MISMO: EL SIGLO XIX Y EL FIN DE SIGLO

La gran importancia que, para la filósofa, había alcanzado el yo, la subjetividad, no era algo que se produjese al margen de la vida social y política. En toda Europa, los individuos reclamaban un mayor grado de participación en las decisiones políticas, tener voz activa. Pero esa falta de participación en la vida pública afectaba sobre todo a las mujeres, que estaban destinadas al papel de amas de casa y madres. Desde su niñez, se las educaba para renunciar a intervenir en la vida pública. Cierto es que se generalizó la escolaridad obligatoria, pero se enseñaba a los niños y a las niñas por separado y en diferentes materias. Una de las asignaturas principales en la educación femenina era la administración de la casa. Una mujer intelectual estaba mal considerada e infundía más temor que confianza. La parte racional correspondía al hombre; la parte emocional, a la mujer. Razón y sentimiento, actividad y pasividad, apertura al mundo y vida hogareña, fuerza y debilidad: así es como se diferenciaba a los hombres de las mujeres.

La época del romanticismo burgués había comenzado. La familia burguesa, ejemplo de vida armoniosa y respetuosa, era el modelo de vida ideal. Las chicas debían ser modestas. No podían ir por la calle dando voces, sino que debían aprender tempranamente a mover los dedos, es decir, aprender a bordar y a hacer punto.

Pero las semillas ilustradas ya estaban sembradas y paralelamente a estas tendencias retrógradas, muchas cosas ya habían comenzado a cambiar rápidamente en la sociedad. El concepto clave era «Revolución industrial». Las máquinas que substituían cada vez más a las personas, los avances en las ciencias naturales y en la medicina, o la invención del ferrocarril eran signos de una nueva era. La Ilustración había contribuido a fortalecer en el ser humano una confianza en sí mismo ilimitada, le había dado una idea de superioridad respecto a la naturaleza. Las ciudades crecían, la gente huía de la miseria del campo porque ya no podían ganarse la vida como campesinos. Pero los que se hacían ricos eran los propietarios de las fábricas y los comerciantes. Los obreros, en cambio, se amontonaban en barrios periféricos insalubres y tenían que luchar duramente para asegurarse la existencia. La cuestión social, que ya había ocupado a las pensadoras del siglo XVIII, pasaba cada vez más a un primer plano por su conflictividad explosiva.

A lo largo del siglo XIX, cada vez más mujeres tomaron conciencia de su condición y se interesaron por la política y la filosofía. Empezaron a agruparse para reivindicar derechos básicos. Nacía el movimiento feminista organizado. Más mujeres que nunca querían obtener los mismos derechos que tenían los hombres.

Hedwig Dohm

Una de las más luchadoras entre las filósofas alemanas de esa época fue Hedwig Dohm, Hedwig Schlesinger de nacimiento (1831-1919).

Hedwig Dohm creció en el seno de una familia burguesa. Como era habitual en las mujeres de la época, no recibió una educación suficiente y tuvo que procurarse ella misma la manera de adquirir conocimientos. Vio la Revolución de 1848 desde la ventana de la casa de sus padres. Más tarde, asistió a un seminario para profesores que, por cierto, tenía muy poco en común con la formación de docentes actual: se estudiaba sobre todo la Biblia.

Gracias a su matrimonio con el periodista Ernst Dohm en el año 1853, Hedwig Dohm conoció a la élite intelectual de Berlín. En los años siguientes, tuvo cinco hijos. Participó en la fundación de diversas asociaciones femeninas. Su marido murió en 1883 y ella vivió todavía treinta años más. En junio de 1919, medio año después del asesinato de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht, Hedwig Dohm murió de neumonía.

Los temas que le preocupaban eran sobre todo la justicia social y la emancipación de la mujer. Consideraba que todo lo que se decía sobre «la esencia de la mujer» era «metafísica». Es en la vida cotidiana donde se ve lo que es la mujer; es en el trabajo de cada día donde debe responder y combatir los viejos prejuicios. Para ella, el derecho al voto de las mujeres era fundamental. Aboga a favor de este derecho principalmente en el texto *Der Frauen Natur und Recht* (*La naturaleza y el derecho de las mujeres*). Otro trabajo importante de Dohm es su tratado *Die wissenschaftliche Emanzipation der Frau* (*La emancipación científica de la mujer*). En este texto se muestra partidaria de aplicar los ideales de la Ilustración al ser humano. Para Dohm, de una interpretación incorrecta de la «naturaleza de la mujer» se deriva un tratamiento desigual y la llamada «incapacidad intelectual de la mujer». Se opone, por tanto, a las teorías de los anatomistas, fisiólogos y médicos sobre la pretendida naturaleza inferior de la mujer y combate las diferencias de socialización de niños y niñas. Hedwig Dohm mira preferentemente hacia fuera, hacia el mundo, para observar qué pasa, cómo actúan los individuos y cómo se elaboran las normas y las leyes. No está interesada en el más allá, en la metafísica. No se pregunta por un mundo que pueda existir más allá del de la vida cotidiana. La moral no es para ella algo que nazca en el interior del ser humano. Tiene que recibir desde fuera la posibilidad de desarrollarse. Por eso, Dohm reclama una educación igualitaria para las jóvenes y el derecho al voto. Así se podrá conseguir que las mujeres se interesen por la política, intervengan realmente en las discusiones y contribuyan a los cambios. A su vez, también insiste en la diferencia de cada individuo en particular. Las

personas no son iguales, sino que se diferencian unas de otras y precisamente por eso hace falta que todos, hombres y mujeres, colaboren en los procesos sociales. Hedwig Dohm era una pensadora que se interesaba exclusivamente por los problemas éticos. Su objetivo era cambiar las injustas relaciones entre ambos sexos. Para ella, la práctica política era prioritaria.

> Las mujeres exigen el derecho al voto como su derecho. Pero, ¿por qué tengo que demostrar primero que tengo este derecho? Soy un ser humano, pienso, siento, soy ciudadana del Estado, no pertenezco a la casta de los criminales, no vivo de la limosna: éstas son las pruebas que puedo aportar para mi reivindicación. Al hombre, para ejercer su derecho al voto, le hace falta un domicilio determinado, una edad determinada, una propiedad; ¿por qué la mujer necesita todavía más? ¿Por qué se equipara a la mujer a los idiotas y a los criminales? No, a los criminales no. Al criminal se le priva de sus derechos políticos sólo temporalmente; tan sólo la mujer y el idiota pertenecen a la misma categoría política.
>
> HEDWIG DOHM, *Der Frauen Natur und Recht*

CONCEPCIÓN ARENAL

Hasta 1908 hacer una carrera universitaria estaba prohibido para las mujeres que vivían en Prusia. Suiza fue la pionera en suprimir esta prohibición entre los territorios de habla alemana; en la Universidad de Zürich, las mujeres pudieron estudiar con regularidad a partir del semestre de invierno de 1865. En el Estado español no fue hasta 1888 que las mujeres pudieron acceder a la universidad. De todos modos, su presencia en las aulas durante el siglo XIX puede considerarse prácticamente anecdótica.

Algunas mujeres, como la socióloga y penalista Concepción Arenal (1820-1893) tuvieron que recurrir a estratagemas como vestirse de hombre para poder asistir a las clases que se impar-

tían en la universidad. Concepción Arenal nació en Ferrol, hija de Ángel del Arenal, militar de ideología liberal, y de María Concepción de Ponte, descendiente de una familia de la nobleza, la cual educó a su hija con una férrea formación religiosa. Concepción inició sus primeras lecturas en casa de su abuela. Pero a causa de la muerte de su padre, tuvo que trasladarse a Madrid en 1824. En el año 1842, a los veintidós años, asistió de oyente a clases en la Universidad de Madrid. Para poder asistir, como hemos dicho antes, tuvo que vestirse de hombre, y lo mismo tuvo que hacer para participar en las tertulias políticas y literarias. En la universidad conoció a Fernando García Carrasco, que se convertiría en un conocido periodista liberal, con quien se casó y tuvo hijos. Se quedó viuda muy joven, a los treinta y cinco años. Murió a los setenta y tres años víctima de una enfermedad respiratoria, después de toda una vida dedicada a la reforma social.

Con Concepción Arenal se puede decir que nació el feminismo en el Estado español. «La sociedad no puede en justicia prohibir el ejercicio honrado de sus facultades a la mitad del género humano». Escribió denunciando las extremas situaciones de marginación de las mujeres trabajadoras. «Si la mujer ganara en seis horas lo que gana en doce, podría estar seis horas más en su casa». Consideraba que la mujer era un ser humano marginado al que era necesario ayudar y educar. Sus dos obras más importantes sobre la problemática de la mujer son: *La mujer del porvenir* y *La mujer de su casa.*

Concepción Arenal se opuso con firmeza a las tesis del médico y fisiólogo alemán Franz Joseph Gall, y defendió con mucho rigor que las mujeres posean la misma capacidad intelectual que los hombres. Para ella, si en ese momento muchas mujeres tenían menos capacidad intelectual no era por razones fisiológicas, sino por causa de la educación diferente que recibían. Asimismo, era contraria al voto femenino porque pensaba que era como otorgar un doble voto al marido. Tampoco era partidaria de que las mujeres ocuparan cargos con poder político, ni que ejercieran según qué profesiones como la judicatura, para evitar que se encontra-

ran en el apuro de tener que firmar una sentencia de muerte, o que entraran en el ejército o en la policía, pues consideraba que eran profesiones poco apropiadas para la sensibilidad de las mujeres y para su capacidad de compasión.

Pero Concepción Arenal no sólo se ocupó de la problemática de la mujer. Como pensadora comprometida y solidaria que era, se interesó y escribió sobre la situación de los hospicios, los manicomios y las prisiones. De hecho, sus numerosos estudios penitenciarios en los que propugnaba el respeto y la dignidad de todos los que estaban encarcelados, sin tener en cuenta el delito que hubieran cometido, son hoy su producción más conocida. Además, publicó libros de poesía, ensayos, novelas y teatro, aunque sus géneros preferidos eran el epistolar y el folletín, porque los consideraba más accesibles al lector.

Concepción Arenal fue una pensadora con un gran sentido de la justicia y con unas ideas que, en la tradición del humanismo europeo, confluían en algunos aspectos con las del socialismo utópico. Además de su actividad como pensadora y escritora, fue la primera mujer en ser nombrada visitadora de prisiones y secretaria general de la Cruz Roja. Fundó las Conferencias de san Vicente de Paúl para ayudar a los pobres.

> Gall da por cierta la inferioridad intelectual de la mujer apoyándose en el volumen de su frente [...], dice, y lo sabe todo el mundo, que el sistema nerviosode la mujer es más irritable; la gente dice que es más nerviosa, y nadie duda de que su sistema nervioso tiene más actividad. Siendo, pues, más activo, ¿no podrá hacer el mismo trabajo intelectual con menos volumen? ¿No vemos esto mismo en muchos hombres más inteligentes que otros, y cuya frente es mucho mayor? Cualquiera que haya observado cabezas y haya comparado inteligencias, ¿acaso puede dudar de que en muchos casos la calidad de la masa cerebral suple la cantidad? [...] En la gente del pueblo, entre las personas rudas, y siempre que los dos sexos estén igualmente sin educar, ¿qué observador competente puede decir en verdad que nota en el hombre

superioridad intelectual? En los matrimonios de esta clase, la autoridad del marido se apoya en su fuerza muscular, y en ningún caso en su inteligencia.

CONCEPCIÓN ARENAL, *La mujer del porvenir*

HELENE STÖCKER

Con unas circunstancias muy diferentes se encontró la alemana Helene Stöcker (1869-1943), que pudo beneficiarse de las posibilidades que ofrecía Suiza para estudiar. Helene se doctoró en Berna, después de haber estado matriculada antes como oyente en Berlín. Allí estudió filosofía, historia de la literatura y economía nacional. Escribió su tesis doctoral sobre «Las percepciones artísticas del siglo XVIII». Stöcker creció en Elberfeld (Wuppertal). Sus padres eran calvinistas estrictos. La austeridad excesiva que imperaba en casa de sus padres provocó que la pensadora mantuviera más tarde una actitud crítica ante la religión. En el año 1905, Stöcker fundó junto con Maria Lischnewaka la «Liga para la protección de la madre y la reforma sexual». Entre 1904 y 1907 fue directora de la revista para la reforma de la ética sexual *Mutterschutz. Zeitschrift zur Reform der sexuellen Ethik*. En 1909 se opuso al proyecto del código penal que penalizaba la homosexualidad femenina. Antes de la Primera Guerra Mundial, ya se declaró en contra de la guerra y del militarismo y a favor del pacifismo. Helene Stöcker se convirtió en una reconocida pensadora y luchadora en pro de la igualdad y del progreso. En el año 1933, tuvo que salir de Alemania a causa de la ascensión del nazismo. En 1937, los nazis le retiraron la nacionalidad alemana. Emigró, a través de Suiza, Londres y Estocolmo hacia Estados Unidos, donde llegó en 1941 gravemente enferma del corazón. Murió en 1943 en Nueva York.

A los veintiún años, Helene Stöcker realizó una primera lectura de Friedrich Nietzsche (1844-1900). Fue un acontecimiento decisivo para ella. Desde ese momento, la influencia del filósofo alemán la acompañaría toda su vida. La tesis de Nietzsche

sobre la «transvaloración de los valores» era sobre todo lo que la fascinaba y la influenciaba. Nietzsche llevó a cabo una crítica radical de los conceptos y valores que explicaban el mundo. Atacó principalmente los valores que defendía la Iglesia, porque son los que van en contra de la vida. La vida, con su fluir eterno, es para Nietzsche la realidad más auténtica y originaria, es el trasfondo de donde todo surge. Hay que evitar los dogmas y las limitaciones de cualquier tipo. La cobardía, la mezquindad, la compasión, la pusilanimidad quedan lejos de la idea de vitalidad de Nietzsche. Para él, no hay ninguna sustancia más elevada, ningún «tú debes», ningún dios, ningún más allá, sólo la vida en su devenir constante. Nietzsche era, para Helene, alguien que había tenido el coraje de hacer una crítica radical de la cultura, de todo lo que a ella le habían inculcado sobre la moral y la religión, sobre la manera de vivir correcta y sobre el bien y el mal. Había encontrado en él un espíritu independiente, implacable con sí mismo y con los demás. Nietzsche fue como un barril de pólvora para la joven Helene Stöcker. Y la llama se infamó. La libertad de espíritu se convertiría en su divisa. Pensar y actuar con autonomía ante todo. Esto tenía un valor determinante para la filósofa, pero también valía para las mujeres en general. Hizo suya la proclama de Nietzsche «Tienes que ser el que eres» y la transformó debidamente en «¡Sé la que eres!». En su tratado *Die Liebe und die Frauen* (*El amor y las mujeres*) formulaba lo siguiente:

> Y lo que queremos las mujeres jóvenes y con aspiraciones de esta generación, es más de lo que los filisteos se permiten soñar. No sólo la posibilidad de hacernos dentistas o abogadas. Pedimos esto y mucho más. Queremos una nueva humanidad, hombres y mujeres, de estos seres superiores de Nietzsche, que pueden decir sí a la vida y a sí mismos.

Helene Stöcker creía, como Nietzsche, que tenía que venir un «nuevo ser humano». El Estado y la religión ya no serían responsables de la escala de valores a la que deberían someterse las personas. Sería el mismo individuo libre y creador el que daría

sentido y asentaría los fundamentos de una nueva civilización. Stöcker era muy optimista en lo referente a la realización de sus ideales. Y era una persona enérgica, que consideraba indispensable impulsar el progreso no sólo en el terreno de las ideas sino también en la práctica.

> Si hoy se reclaman todas las cosas buenas de la vida también para la mujer: la educación espiritual, la independencia económica, un objetivo vital que pueda hacerla feliz, una posición respetada y además, como una cosa igual de natural e igual de necesaria, matrimonio e hijos, entonces esta reivindicación ya no suena, como hace una década, como la voz de un predicador en el desierto. Hoy ya no es sólo un grupo de mujeres que ha madurado hasta llegar a esta exigencia natural de una humanidad plena; una serie de hombres también ha entendido que sólo así puede alcanzarse el objetivo de la nueva cultura.
>
> HELENE STÖCKER, *Die Liebe und die Frauen*

LEONORE KÜHN

La metafísica había adquirido mala fama entre muchos pensadores y pensadoras de la segunda mitad del siglo XIX. La búsqueda de lo inmutable, de lo que estaba más allá del mundo de los sentidos, pasó a un segundo plano. En un mundo de cambios donde el aumento de la mecanización y el crecimiento económico eran constantes, lo que hacía falta era reafirmar la individualidad. Además de Hedwig Dohm y de Helene Stöcker, fue sobre todo Leonore Kühn (1878-1955) quien convirtió la cuestión de la individualidad en el centro de su filosofía. Primero trabajó de pedagoga musical, y más tarde estudió filosofía en Berlín, Erlangen y Friburgo de Brisgovia. Kühn se doctoró con el filósofo Heinrich Rickert (1863-1936), uno de los principales representantes de la escuela neokantiana de Baden.

Rickert opinaba que la filosofía debía ocuparse de los valores vigentes en general, pero su explicación debía tener en cuenta en todo momento al individuo. La relación entre el individuo y los valores era también el tema fundamental de la filosofía de Kühn. El artista desempeña un papel destacado ya que, con su creatividad, se enfrenta a la tarea de crear obras que le sobrevivirán y darán un sentido a su vida. Así, el tema de su tesis doctoral fue la cuestión de la autonomía estética. Kühn mantiene la tesis de que los artistas pueden llegar a experimentar en su interior y sin la intervención de un poder «superior», el sentido que se muestra en la obra artística.

Kühn, además de filósofa, fue también periodista y autora de relatos de viajes. Políticamente, tenía una orientación conservadora y nacionalista. La filosofía no le impidió mantener una actitud positiva ante las ideas del nacionalsocialismo.

Kühn escribió un libro con el título: *Die Autonomie der Werte* (*La autonomía de los valores*). Describe su método como una «manera de observar que no desea partir de otra cosa que no sea el sentido inmanente y la exigencia, muy orientada al objetivo, de valores fundamentales». Pero en esta búsqueda, no pretende encontrar argumentos que tengan que ver con Dios o con cualquier otra causa última. Es decir, ¡nada de metafísica!

Los valores cambian según la opinión de Leonore Kühn. No vienen dados de una vez para siempre, sino que hay que reelaborarlos continuamente. Están sometidos a una mutación histórica. Los valores forman parte de la vida y no deben buscarse en un más allá.

> Quien es creativo, siempre tiene, de algún modo, una actitud positiva hacia la vida, porque no se pregunta su sentido, sino que lo vive; buscarlo corresponde más bien al tipo del productivo moderno, consumido por la reflexión, para quien el «sentido de la vida» puede convertirse también en un problema que destruya la vida misma.
>
> LEONORE KÜHN, *Schöpferisches Leben*

Helene von Druskowitz

No todas las filósofas del siglo XIX, llevan su pensamiento a la práctica con tanta vehemencia y perseverancia como lo hicieron las que hemos visto hasta ahora. Helene von Druskowitz (1856-1918), que nació en Hietzing, cerca de Viena, fue una filósofa de otra clase. También se ocupó, como las filósofas anteriores, de la «cuestión feminista», aunque a lo largo de su vida, su visión del mundo fue volviéndose cada vez más pesimista.

Druskowitz mostró muy pronto unas aptitudes artísticas y una capacidad de reflexión sorprendentes. Se formó en un internado religioso y en el conservatorio, como pianista. Como muchas otras mujeres, también estudió en Zúrich, concretamente las disciplinas de filosofía, filología clásica, arqueología, orientalística, germanística y lenguas modernas. Se doctoró en el año 1878, convirtiéndose así en la segunda mujer que obtenía el título de doctora en Zúrich. Frecuentaba los círculos intelectuales, donde era muy respetada a causa de su mordacidad. Druskowitz daba conferencias y escribía análisis literarios, textos filosóficos y ensayos. En el año 1884, conoció a Friedrich Nietzsche y al igual que Helene Stöcker, quedó fascinada por él. Aunque el entusiasmo, en su caso, pasó rápidamente.

En una carta a su hermana, Nietzsche escribió acerca de la recién conocida: «De todas las mujeres que he conocido, es la que mejor ha entendido mis libros».

Sólo a duras penas consiguió Druskowitz superar la muerte de su madre en 1888. Además, sufría mucho porque no se la tomaba en serio como filósofa. Entre una y otra cosa, se quebró psicológicamente y a partir de 1889 estuvo ingresada en un sanatorio mental. A pesar de todo, continuó escribiendo.

El desinterés de Druskowitz por su ídolo Nietzsche llegó relativamente pronto. Cabe decir que ella, ¡como también Nietzsche, por cierto!, no sufría de falta de autoestima, tal como demuestra el siguiente comentario:

Aquí cabe destacar sobre todo que Nietzsche apenas ha tratado el problema de forma detallada. Se complace en pasearse con insinuaciones confusas e imágenes ingeniosas por donde otros han trabajado profundamente. Según nuestra consideración, parece que su fuerza radica principalmente en una capacidad de reproducción genial. Posee la superioridad de la expresión y de la forma y, efectivamente, gracias a alguna palabra acertada, a alguna denominación nueva, o a alguna imagen afortunada, ha mostrado resultados desde una nueva óptica.

La crítica de Helene von Druskowitz a Nietzsche apareció en 1886 en el ensayo *Moderne Versuche eines Religionersatzes* (*Intentos modernos de sustituir la religión*). En el año 1889, el artículo salió publicado de forma revisada y ampliada con el título de *Begründung einer überreligiosen Weltanschauung* (*Fundamentación de una concepción del mundo suprarreligiosa*). El título ya hace referencia al tema que Druskowitz había escogido. Para ella, se trataba de una reorientación del ser humano independientemente de la religión. Quería situar la filosofía y las ciencias naturales en el centro de la reflexión.

Asimismo, la pensadora publicó en 1887 su libro *Wie ist Verantwortung und Zurechnung ohne Annahme der Willensfreiheit möglich* (*Cómo es posible saldar cuentas y asumir responsabilidades sin aceptar la libre voluntad*). La libre voluntad es para Druskowitz una parte inherente del ser humano. Kant había definido la libre voluntad como la capacidad de empezar algo desde uno mismo, sin recibir un impulso externo. También hablaba en este contexto de espontaneidad. Druskowitz une esta concepción a la idea de la «transvaloración de los valores». Precisamente porque la persona es libre de hacer lo que quiere, también es responsable de sus actos. Las personas tienen que encontrar principios morales por cuenta propia. Sin ayuda externa alguna. Dios no está ahí para apoyar a las personas en sus decisiones.

En 1895 apareció la última obra de Druskowitz: *Der Mann als logische und sittliche Unmöglichkeit und als Fluch der Welt* (*El hombre como imposibilidad lógica y ética y como maldición del mun-*

do). En este libro, Druskowitz expresaba con palabras muy duras su visión del mundo. A su actitud crítica ante la religión se une el odio que siente hacia los hombres.

Es cierto que la filósofa no niega a Dios, pero lo ve de otra manera que la fe cristiana. Ella lo desplaza a una «supraesfera» sin ninguna conexión con el ser humano. En sus primeros escritos, había manifestado una pequeña esperanza de que la conciencia humana pudiera desarrollarse y entrar en contacto con la esfera divina. Posteriormente, revisó este pensamiento hasta llegar a una concepción del mundo radicalmente pesimista. Von Druskowitz atribuye tan sólo a las mujeres una cierta proximidad a la trascendencia. Desde su punto de vista, están mucho más evolucionadas que los hombres. Para el hombre se trata de poder, no va más allá de la materialidad, se siente impulsado a dominar y actúa como un destructor de la naturaleza.

Helene von Druskowitz murió en estado de enajenación mental, como Friedrich Nietzsche. Su filosofía se ha olvidado; los que han mostrado interés por conocerla sólo se han ocupado de su persona.

> El hombre es el ser vivo más codicioso de todos. Peor que una bestia salvaje, ha removido la madre Tierra en todas las direcciones y le ha sustraído todos sus tesoros. Él es, con pocas excepciones, el adversario nato de la razón y de la humanidad y, desde el principio, sólo lleva a la perdición más grande.
>
> HELENE VON DRUSKOWITZ, *Der Mann als logische und sittliche Unmöglichkeit und als Fluch der Welt*

HEDWIG BENDER

Todas las filósofas del siglo XIX presentadas hasta ahora tenían una actitud más bien negativa ante la metafísica, pero también había otras voces. Entre ellas, Hedwig Bender (1854-1928). Na-

ció en Luxemburgo, de la unión de un oficial prusiano y una mujer de la nobleza. Fue a la escuela superior en Hannover, adonde se había trasladado la familia. Ejerció diversas ocupaciones, se hizo maestra y finalmente, pintora de paisajes. Además, estaba al cuidado de sus padres. Su madre, de mayor estaba casi ciega y tras morir ésta, fue el padre el que necesitó asistencia a causa de un ataque al corazón. ¿Y de dónde sacó tiempo para la filosofía? Esto es precisamente lo fascinante de esta pensadora, que disponiendo de tan poco tiempo lo aprovechara tan bien. Tan pronto tenía una hora libre, se aferraba a los libros para leer a sus filósofos preferidos: Spinoza y Kant. Durante muchos años, trabajó en un texto sobre la teoría del conocimiento de Kant. Desgraciadamente, el manuscrito se ha perdido. Hedwig Bender intervino también de forma práctica a favor de la cuestión feminista. Fue miembro de la ADF, la Asociación General Alemana de Mujeres, fundada en 1865. Casi no se conoce nada de los últimos años de la filósofa. Murió probablemente en Eisenach, donde vivía desde 1877.

En el año 1887 apareció el libro de Bender *Philosophie, Metaphysik und Einzelforschung* (*Filosofía, metafísica e investigación aplicada*). Hedwig Bender intenta en esta obra establecer una relación entre la realidad, centrándose en las ciencias naturales, y el mundo «trascendente», que está más allá del mundo material. Bender opina que las ciencias aplicadas intentan explicar los fenómenos particulares sin tomar en consideración el todo. En cambio, la filosofía permanece al margen de las ciencias aplicadas. No necesita sus resultados, aunque puede echar mano de ellos cuando quiera.

No obstante, las dos ciencias parten de la experiencia, también la filosofía:

> Usan lo mismo, sólo que en sitios diferentes (con diferentes puntos de partida): una, como quien dice, observando en todas las direcciones desde la cima de una montaña y descendiendo con la vista gradualmente (por niveles), cada vez más abajo; la otra, subiendo lentamente y con cuidado hacia arriba desde distintos puntos en el pie de la montaña.

En este pasaje, se percibe la influencia de Kant, quien también partía del supuesto de que no hay conocimiento posible sin experiencia. En un investigador pueden coexistir perfectamente ambas tendencias espirituales. Aunque habitualmente, una de las dos tiene más peso. O bien se es científico aplicado, es decir, biólogo, físico o astrónomo, por ejemplo, o se es esencialmente filósofo.

La filosofía plantea las «preguntas últimas», las del tiempo y la eternidad, las del espacio limitado e ilimitado. Se pregunta además por la naturaleza del alma, por la relación entre el cuerpo y el alma, por los principios de actuar correctamente y por la esencia de lo bello. La filosofía es, para Hedwig Bender, la ciencia más completa.

Bender considera que la metafísica es una ciencia real. Y en este punto se aleja de Kant. Es decir, según Kant, si bien es verdad que todos nuestros conocimientos empiezan con la experiencia, no todos proceden de ella. De modo que no podemos afirmar nada en relación a las preguntas metafísicas, porque van más allá de la experiencia. En cambio, Hedwig Bender se pregunta si «¿no hay también un conocimiento empírico indirecto junto al empírico directo?». Bender tiene la firme convicción de que poseemos indicios de lo invisible en lo visible, y lo podemos observar así en los signos visibles de las cosas invisibles.

Hedwig Bender fue una filósofa con un pensamiento muy avanzado para su época. Fue de las primeras en defender una colaboración de todas las ciencias con la filosofía. El gran impulso que recibieron las ciencias con las nuevas teorías otorgó un nuevo protagonismo a los científicos en temas que hasta entonces ocupaban a los filósofos. Bender creía que la filosofía podía desempeñar un papel muy importante como elemento de cohesión entre filósofos y científicos en la explicación del mundo.

Hedwig Bender estaba en contra de la separación que se perfilaba entre la filosofía y las ciencias aplicadas y quería mostrar que ambas disciplinas se necesitan mutuamente. Sus ideas y su lenguaje son sumamente claros y objetivos. Desarrolló su pensamiento filosófico bajo condiciones extremadamente duras; tuvo

que aplicarse una disciplina muy severa para obtener provecho de su poco tiempo libre. Puede que fuera precisamente su situación personal lo que la inspiró para reclamar la unión de la experiencia práctica y la metafísica.

Pero a Hedwig Bender no sólo le interesaban las preguntas metafísicas; también se comprometió a favor de la cuestión feminista. Escribió: *Die Frauenbewegung in Deutschland* (*El movimiento feminista en Alemania*) y *Frauenwünsche und Frauenbestrebungen* (*Deseos y aspiraciones de las mujeres*). En ellos, defendía con fuerza la actividad profesional de las mujeres. Para ella, las mujeres no tenían que ser «receptoras de limosna». Por otro lado, no era partidaria del derecho al voto de la mujer, pues opinaba que la «mujer corriente» estaba todavía menos emancipada que el «hombre corriente».

> La filosofía, por su naturaleza, está íntimamente relacionada con las necesidades más elevadas del alma humana, tiene el contacto más estrecho con las fuerzas ideales de la vida, con la religión, la moral, el arte. La filosofía señala al hombre la primera causa de todo ser como cosmología, la convivencia ideal de todos los seres que piensan y que sienten como ética, aquello que ennoblece al hombre sensorial y que hace de él un medio de elevación ideal, como estética; le señala el valor de las ideas en las que se basa y que él personifica.
>
> HEDWIG BENDER,
> *Philosophie, Metaphysik und Einzelforschung*

HEDWIG BENDER

Si miramos más allá de las fronteras alemanas, hacia Austria, nos encontramos con Rosa Mayreder (1858-1938). Como muchas de sus colegas alemanas se dedicó a la ética, y sobre todo a la cuestión feminista. Rosa Mayreder creció en el seno de una familia de clase burguesa. De familia numerosa, fue educada según los valores típicamente femeninos. Recibió clases de piano, pero

para los estudios de literatura y filosofía tuvo que espabilarse por su cuenta. Leía lo que caía en sus manos, y aprendía griego y latín. Tenía un gran talento musical y también para la pintura. Además, escribió un diario desde su juventud hasta su muerte. Era, por tanto, una persona muy polifacética, una característica que comparte con muchas otras mujeres filósofas. En la década de 1890, Mayreder se unió al ala radical del movimiento feminista ciudadano. Su lema era: «Hacia la libertad y la felicidad a través del conocimiento». Durante la Primera Guerra Mundial, la filósofa se comprometió con el movimiento feminista por la paz. Después de 1935, año de la muerte de su marido, que era arquitecto y había sufrido muchos años de enfermedad mental, Mayreder vivió retirada en Viena, hasta que murió en 1938.

Las obras principales de la filosofía de Mayreder son *Zur Kritik der Weiblichkeit* (*Crítica de la feminidad*) y *Geschlecht und Kultur* (*Género y cultura*). Estos libros no son tratados sistemáticos, sino ensayos. Rosa Mayreder reescribió los principales postulados feministas desde una óptica completamente diferente.

Para ella, todo lo que habitualmente se considera típicamente «femenino» o típicamente «masculino» es simplemente una norma cultural que no puede pretender configurar la naturaleza del hombre ni de la mujer. El individuo y su desarrollo intelectual tienen mucho más valor que la cuestión de género. Para Rosa Mayreder hay un «ideal humano» que todos deben intentar alcanzar, ya sea hombre o mujer. Cuando hablemos más adelante de Simone de Beauvoir volveremos a encontrar exactamente esta misma idea.

Mayreder estaba al día de los últimos conocimientos de la medicina de su época y los tenía en cuenta: «Durante mucho tiempo, se ha buscado en el cerebro el factor determinante para la diferencia entre sexos y se ha creído encontrar diferentes indicios de ello. Pero hoy en día ya no puede ponerse en duda que los cerebros humanos manifiestan simplemente las diferencias individuales, y no las sexuales».

Cuanto más desarrollada está la personalidad del ser humano, menos motivos hay para que las características sexuales pasen

a un primer plano. Debemos ser capaces de superar la perspectiva dictada por las convenciones. «Que una personalidad femenina tenga un efecto sobre nosotros diferente del de una masculina no radica tanto en lo *que* es, sino en *cómo* es».

A Mayreder no le faltaron motivos para extenderse sobre este tema. En el año 1903, por ejemplo, se publicó un libro muy controvertido en su momento: *Geschlecht und Charakter* (*Género y carácter*) de Otto Weininger, donde, entre otras cosas, el filósofo y psicólogo austriaco decía que: «incluso el hombre de más baja condición está infinitamente por encima de la mujer de categoría más elevada». No es difícil imaginarse cómo debió horrorizarse Rosa Mayreder al leer una afirmación semejante. Como es natural, a una persona como ella no podían caberle en la cabeza ideas discriminatorias y diferenciadoras de este tipo.

Además de textos filosóficos, Mayreder escribió también poemas, novelas y hasta un libreto de ópera.

> En los hechos y acciones de un ser humano, es donde se ve realmente a la persona; en lo que piensa y dice de sí mismo su yo reflexivo, que sólo cuando está controlado por un cierto grado de comprensión de la esencia primaria, de autoconocimiento, posee cierta seguridad... A mayor distancia entre la persona real y el yo reflexivo, mayor es el peligro de engaño. Puede decirse que la armonía interior y exterior de la vida es, para el individuo, proporcional a la relación que tiene su yo reflexivo con su persona real.
>
> ROSA MAYREDER, *Geschlecht und Kultur*

HARRIET MARTINEAU

Por lo que hemos visto hasta ahora, ya queda claro que las mujeres filósofas no se expresan en sistemas cerrados. Pero hasta este momento, no habíamos visto a ninguna que utilizara casi exclusivamente un género como el periodístico para expresar sus ideas

filosóficas. Por extraño que pueda parecer, también es posible argumentar filosóficamente en el género periodístico de divulgación. Un ejemplo magnífico de ello es la pensadora inglesa Harriet Martineau (1802-1876).

Los padres de Martineau eran unitarios. Este grupo religioso considera que Cristo no es el hijo de Dios, sino una figura especial de la historia, que apareció para guiar a las personas hacia una vida buena. La actitud de este grupo hacia las mujeres era más bien conservadora.

Harriet Martineau recibió una formación equilibrada. Era una niña muy enfermiza, que a los once años ya mostró signos de sordera. Por eso recibió principalmente clases particulares. La madre de Martineau era la más interesada en la educación intelectual de su hija y se pasaba horas discutiendo con ella de problemas filosóficos. En el año 1834, Martineau se fue a Norteamérica por dos años y pronto se convirtió en una firme adversaria de la esclavitud. Viajar era importante para ella, ya que opinaba que es necesario conocer los diferentes grupos humanos y sus costumbres. Pero siempre tenía que interrumpir estos viajes a causa de su constitución enfermiza. En esas temporadas de reposo escribía sus artículos; sólo para el *Daily News* escribió 1.600. Más tarde escribió también su autobiografía en tres volúmenes. Hasta su muerte, Martineau fue una persona muy respetada.

A partir de 1827, Martineau publicó sus artículos en la prensa, primero en el periódico unitario *Monthly Repository*. Estaba muy interesada en las cuestiones religiosas, pero evitaba las especulaciones metafísicas y se ceñía a lo que le parecía comprensible.

El libro más conocido de Martineau es el tratado publicado en 1831 *Ilustrations of Political Economy.* En él intenta explicar que la falta de educación fomenta la criminalidad en la vida práctica, en sintonía con lo que decían algunos economistas de la época.

Para ella, viajar era muy importante. Es la mejor manera de eliminar los prejuicios y de formarse una opinión libre. La inteligencia debe mantenerse siempre en forma para esta tarea. Así, en su tenaz búsqueda de un pensamiento libre, se entiende que

el tema filosófico principal de Martineau sea la capacidad de discernir, es decir, la capacidad que hace posible actuar de manera plenamente responsable y bien meditada. «Para mirar a través de los ojos del discernimiento, estos ojos deben ser fuertes y claros. Y un viajero pocos conocimientos podrá adquirir con una inteligencia desentrenada». A la hora de juzgar los diferentes pueblos y sus concepciones de vida, son de una importancia decisiva los prejuicios que tenemos antes de viajar a un país extranjero.

Por medio de sus artículos publicados en prensa, los pensamientos de Martineau alcanzaron una gran difusión. La filosofía y la sociología no eran para ella disciplinas separadas. Consideraba que el discernimiento es la capacidad intelectual más importante de la persona. Partiendo de los hechos, el ser humano debe elaborar un pensamiento que pueda trasladarse a la práctica.

> Las influencias morales, bajo las cuales se forman ideas universales y opiniones sobre lo que es verdadero y falso, se organizan en relación a la educación que hemos recibido. Que el ser humano debe ser feliz, está en la intención del Creador, y los planes para ello son tan numerosos y saltan tanto a la vista que la contemplación de este objetivo puede decirse que es universal. Todo lo que tiende a hacer felices a los seres humanos no es más que el cumplimiento de la voluntad de Dios. Pero hay, y debe haberlos, una serie de obstáculos a estos grandes principios, al conocimiento claro y a la obediencia práctica; si bien estos principios pueden reconocerse en las raíces de la religión y la moral de todos los países.
>
> HARRIET MARTINEAU,
> *How to observe Morals and Manners*

Mary Whiton Calkins

Para acabar nuestra excursión filosófica al siglo XIX, haremos alusión a una pensadora norteamericana que prefirió emprender el camino hacia su interior y, desde la filosofía, se dedicó intensamente a la psicología: Mary Whiton Calkins (1863-1930).

Mary Whiton Calkins pasó su infancia en Buffalo, y más tarde vivió en Newton, Massachusetts. En Estados Unidos no hubo chicas estudiantes hasta bien entrada la década de 1880. Calkins pudo estudiar gracias a un permiso especial, pero a pesar de su extraordinario talento, no le permitieron doctorarse. Enseñó psicología y filosofía durante cuarenta y dos años en el Wellesley College del estado de Massachussets. Calkins fue la primera mujer que ocupó la presidencia de la American Philosophical Association. Murió de cáncer a los 67 años.

La obra principal de Calkins se titula *The Persistant Problems of Philosophy*, que puede traducirse como «Los problemas que quedan de la filosofía». Según el punto de vista de Calkins, las preguntas sobre las que trata la filosofía no han cambiado tanto a lo largo de los milenios; como mucho lo han hecho las maneras de abordarlas. El libro puede servir de introducción básica a la filosofía. Tuvo mucha popularidad y se editó cinco veces; la primera en el año 1907.

El tema central de la filosofía de Calkins es la persona o el yo (*self*). Analizó la conciencia de los sueños, la capacidad de la memoria y las nociones de espacio y tiempo.

Cada experiencia es única y el yo interviene en ella. Así llega Calkins a la conclusión de que la base de toda vida tiene que ser algo así como un «yo absoluto». Para Calkins, igual que para todas las pensadoras de su tiempo, es evidente que la persona es un elemento esencial que la filosofía no puede eludir. Aunque, a su vez, no quería darse por satisfecha con lo que tan sólo era relativo, limitado en el espacio y el tiempo. Como delimitación de este yo absoluto, que es ilimitado, hay que entender el yo individual, finito y limitado. Casi nos recuerda a la Antigüedad clásica. La idea absoluta de belleza y bondad de Aspasia y Platón

se ha convertido ahora en el yo absoluto. Las numerosas personas individuales son imágenes del yo absoluto. En realidad, se demuestra que la cuestión de la relación entre lo que se experimenta a través de los sentidos y lo absoluto todavía sigue ocupando a la filosofía.

Aquello que se conoce como el «contenido» dentro de la conciencia también forma parte del yo individual. Es decir, que nuestra conciencia nunca está vacía, sino que siempre tiene alguna cosa en la que está ocupada en cada momento. Esto puede entenderse fácilmente, pero lo que nos resulta prácticamente imposible es no pensar en nada por un momento.

Para experimentar el yo absoluto no hace falta ninguna religión, según la opinión de la filósofa. Ella cree que se puede experimentar directamente el yo como totalidad única y consciente.

Calkins también reflexionó en el ámbito de la ética. Pensaba que obrar correctamente es una facultad del yo a través de una voluntad libre.

El ser humano es responsable de sus acciones. En este sentido, la filosofía ejerce unas funciones educativas benefactoras. No se trata de desarrollar un ego fuerte, sino de ser consciente de que en el mundo hay que cumplir unos deberes morales. La misma Calkins predicó con el ejemplo al luchar por la mejora de los derechos civiles de los ciudadanos y al intervenir a favor de una solución de los problemas sociales, por poner algún ejemplo.

> El universo es un «yo absoluto», que lo engloba todo, y al que pertenecen todos los otros «yos» como partes idénticas y legítimas. La determinación del yo individual tiene lugar en la delimitación respecto al «yo absoluto». El yo individual es finito, social y consciente, y con ello es un yo libre.
>
> MARY WHITON CALKINS,
> *The Philosophical Credo of an Absolutistic Personality*

La mirada del pensamiento de las filósofas del siglo XIX iba dirigida tanto hacia fuera como hacia dentro. Su pensamiento giraba alrededor del significado de la persona y su conciencia y del papel que debe desempeñar el ser humano en la sociedad. Pero la preocupación metafísica no había desaparecido, aunque a menudo se dejaran oír críticas. Por otro lado, la discusión sobre la «cuestión feminista» tuvo un gran desarrollo en esta época. Los avances en la técnica y en la ciencia hicieron plantear cuál debía ser el papel de las mujeres en este nuevo mundo que empezaba a vislumbrarse.

Ninguna de las filósofas que hemos conocido de esta época dejó de lado el punto de vista práctico de la filosofía. Ninguna tuvo una orientación filosófica puramente teórica. Todas defendieron una actuación responsable. Muchas de ellas formaron parte de organizaciones de mujeres. No escribieron tratados sistemáticos. Probaron otras formas de expresión, escribían ensayos o escribían en los periódicos. Y con ello, no se alejaban de la gente común y corriente, sin formación filosófica.

VIII. PENSAR Y ACTUAR: LA FILOSOFÍA DEL SIGLO XX

Todas las tendencias filosóficas del siglo XIX continuaron evolucionando en el siglo XX. El desinterés por los grandes sistemas filosóficos cerrados se mantuvo firme. Pero gracias a los avances de la ciencia, surgieron nuevas corrientes filosóficas junto a las que predominaban en el siglo anterior. Entre ellas cabe destacar especialmente el análisis del lenguaje, que comenzó a desempeñar un papel sumamente importante. Por otro lado, la mirada de filósofas y filósofos se dirigió todavía más hacia el ser humano en su cotidianeidad. Las relaciones de la filosofía con la política y la sociedad se intensificaron. En general, podríamos decir que la filosofía de la primera mitad del siglo XX muestra una cara múltiple. En una época de gran inestabilidad económica, marcada por la grave crisis que desembocó en la Primera Guerra Mundial, las personas se sentían inseguras y se planteaban muchas preguntas.

Hedwig Conrad-Martius

Una de las filósofas más importantes de aquella época, lamentablemente hoy todavía poco conocida, es Hedwig Conrad-Martius (1888-1966). A los quince años, ya tenía claro que quería continuar con los estudios. Su padre, un profesor de medicina, había estimulado mucho las ganas de estudiar de su hija. Para su décimo-sexto cumpleaños le regaló la *Crítica de la razón pura* de Kant,

una lectura más bien inusual para una chica de aquella edad. Conrad-Martius estudió literatura en Rostock y en Friburgo, donde advirtió de manera inequívoca que su punto fuerte era la filosofía. Amplió estudios en Múnich y Gotinga. Su objetivo era que la habilitaran como catedrática. Pero no pudo ser, primero a causa del estallido de la Primera Guerra Mundial y la difícil situación económica de posguerra, y después, porque en 1930 los nazis se lo impidieron. Habían descubierto que su abuelo era judío y expulsaron a Conrad-Martius de la Cámara de Literatura del Reich. Por suerte, tenía amigos que la ayudaron a pasar esa época difícil. Publicó numerosos tratados de filosofía y, finalmente, en 1949 obtuvo una plaza de docente en la Universidad de Múnich. Entonces se trasladó con su marido y una hija adoptiva a vivir a orillas del lago Starnberger, uno de los más grandes de Baviera, donde falleció en 1966.

El filósofo que más influyó en Conrad-Martius fue Edmund Husserl. De hecho, ella había ido a estudiar a Gotinga para asistir a sus clases. Husserl era el fundador del método fenomenológico, un método que quería captar las cosas tal como se manifiestan como fenómenos de conciencia, sin tener en cuenta ningún tipo de interpretación previa. Su principio metodológico consistía en ir «a las cosas mismas». Conrad-Martius denominaba a este método *Sachbesessenheit* (obsesión por las cosas). La palabra fenómeno viene del griego *phainomenon* y significa, si se traduce literalmente: lo que aparece. Todo lo que es, se nos aparece a las personas de una manera determinada. Husserl se propuso la tarea de aproximarse a las cosas tan libre de prejuicios y de ideas preconcebidas como fuera posible. Después, iba llevando a cabo sucesivas eliminaciones de elementos accesorios hasta reducir la cosa misma a su unidad esencial. La fenomenología es una manera de pensar que tiene la finalidad, no de dejar una huella en los objetos, sino de escuchar en ellos alguna cosa. Esto se aplica a los ámbitos más diversos. Tomemos, por ejemplo, la historia. Vemos qué difícil es aproximarse a Napoleón libre de prejuicios y entenderlo tal como era de verdad. Pues bien, el método fenomenológico nos ayuda a aproximarnos a él del mismo modo que lo

haríamos con cualquier otro objeto del mundo, con la misma intencionalidad, como lo haríamos con una mesa, por ejemplo, ya que es percibido como dicho objeto. Para la fenomenología, cualquier persona, cualquier objeto de nuestro entorno más inmediato o más lejano es un fenómeno, una cosa que aparece. Siempre hay algún contenido «fenomenológico» que llena nuestra conciencia. Estos contenidos están en el centro de la investigación de Husserl. Son los temas de debate. Conrad-Martius se dejó arrastrar por la fascinación de Husserl por los fenómenos. Encontró en la filosofía su razón filosófica. Quería investigar el ser de las cosas, la esencia del mundo real. Su filosofía tenía que ser una «ciencia de la esencia». Pero con el tiempo, la actitud de Conrad-Martius hacia la fenomenología de Husserl fue adoptando un tono más crítico.

Quizás fue el progreso de la ciencia el que fomentó el pensamiento fenomenológico. La tecnología parte del dominio de la realidad, de su transformación en procesos automáticos y previsibles. Pero, ¿qué pasa con la realidad en sí misma, sin la acción del ser humano? Todo lo que es, dice Conrad-Martius, tiene por sí mismo una esencia. Por eso se diferencia una cosa de otra, un ser humano de otro. «Cuando nos encontramos con una realidad de hecho, o sólo de pensar que podemos encontrárnosla, nos preguntamos qué hace que sea tal como es en sí misma.» Se examina un objeto para dejar su esencia al descubierto. O su ser, por decirlo con otra palabra. Todo lo que existe, es decir, todo lo que generalmente es, posee una base más profunda, un ser. Así es como lo ve Conrad-Martius.

Pero Conrad-Martius también dirige su mirada filosófica hacia otro tema que forma parte de los problemas centrales de la historia de la filosofía: el tiempo. Aristóteles, y sobre todo el filósofo medieval Agustín, ya se ocuparon intensamente del fenómeno tiempo. En el libro sexto de sus *Confesiones,* Agustín plantea la pregunta decisiva: *Quid est enim tempus?* (Pero, ¿qué es el tiempo?).

Aunque se pueda medir, el tiempo continúa siendo inabarcable para nosotros. Se nos escapa de las manos. El presente, o el tiempo que estamos viviendo en este preciso instante, es el más

inabarcable de todos. Siempre que somos conscientes del presente, ya ha pasado otra vez, y por tanto, ya es pasado. Pero Conrad-Martius dice que hay un tipo de presente «fijo» que se une al presente que se escapa. El pasado y el futuro se encuentran en este presente fijo y veloz y de este modo los podemos vivir, experimentar. De hecho, sólo vivimos el presente, aunque esto sea imposible en realidad. El presente es el lugar donde se encuentran el pasado y el futuro.

Pero para Conrad-Martius todo sucede, el tiempo y la vida, en una realidad supraespacial y supratemporal que en su filosofía es Dios. Dios tiene el grado de realidad más elevado de todos y no está supeditado ni al espacio, ni al tiempo.

La obra principal de Conrad-Martius, *Das Sein* (*El ser*), no pudo salir publicada hasta 1957. Una año más tarde siguió *Der Raum* (*El espacio*), después de que en 1954 ya se hubiera publicado *Die Zeit* (*El tiempo*). Conrad-Martius también fue conocida por su actividad de conferenciante y por sus colaboraciones en diversas revistas.

> Nunca será superfluo comenzar de nuevo, desde un buen principio. La «filosofía primera» tenía como objeto, según Aristóteles, el ser como tal, aquello que es como *ente.* Pero esto significa no el ente, en tanto que es esto o aquello, sino justamente en la medida que es un ente; el ente, por tanto, según su ser.
>
> HEDWIG CONRAD-MARTIUS, *Das Sein*

EDITH STEIN

Más conocida que Conrad-Martius es su amiga Edith Stein (1891-1942), aunque quizás lo es más por las circunstancias de su vida y su muerte violenta en un campo de concentración que por su filosofía. Y eso que ésta es lo bastante emocionante y excitante como para que sea reconocida por sí misma tal como se merece.

Edith Stein nació en Breslau, en el seno de una familia estrictamente judía. Su padre murió cuando ella tenía diez años. La madre celebraba con sus hijos todas las fiestas judías y daba mucha importancia a una vida cotidiana armoniosa. Tenía un gran sentido práctico y se preocupaba de todo.

Desde pequeña, Edith Stein fue muy voluntariosa. Después del bachillerato, estudió germanística e historia con el propósito de hacerse maestra. Quería tener un oficio para ganarse la vida, pero lo que verdaderamente le gustaba era la filosofía. Al principio, sólo podía estudiarla como algo secundario. Las cosas cambiaron más adelante y en el año 1913 pudo ir a Gotinga para asistir a las clases de Edmund Husserl. Igual que Hedwid Conrad-Martius, Edith Stein estaba fascinada por la fenomenología; también quería llegar «a las cosas mismas». Además, admiraba la fuerte personalidad de Husserl. Pronto, Edith Stein se dio cuenta de que no tenía bastante con la licenciatura: quería hacer el doctorado con el profesor Husserl. Y le propuso un tema: el problema de la empatía. Husserl aceptó y Stein empezó a trabajar en él día y noche.

En 1916 Stein defendió su tesis doctoral. Obtuvo la nota máxima: *summa cum laude*. Fue un enorme éxito para ella, al cual hubo que añadir el hecho de que pasara a convertirse en la asistenta de su admirado profesor. Cabe decir que Husserl tenía por costumbre escribir sus textos en el llamado método estenografiado. Edith Stein tenía que transcribir los textos y hacerlos accesibles para todo el mundo. ¡Un trabajo muy laborioso! Pero Edith Stein no tenía suficiente con ello. Quería ser profesora. Pero Husserl pensaba lo mismo que la mayoría de los demás profesores: «no es una cosa apropiada para las damas». El ideal de feminidad era todavía la mujer hogareña, no la científica. Stein protestó incluso en el Ministerio Prusiano de Ciencia, Arte y Cultura, pero no tuvo éxito. En el año 1918 decidió que tenía que dejar de malgastar sus energías en un trabajo menor y dejó el humilde trabajo con Husserl para volver a empezar con fuerza a hacer sus propias investigaciones filosóficas. Quedaba a menudo con su amiga Hedwig Conrad-Martius. Juntas, discutían cuestiones filosóficas y también religiosas.

En el año 1922, Edith Stein se convirtió a la fe católica. El origen de su conversión hay que buscarlo en una larga estancia que pasó, un año antes, en casa del matrimonio Conrad-Martius, donde estudió a fondo a Teresa de Ávila y Tomás de Aquino. Recibió el bautizo el 1 de enero de 1922, y su madrina fue su amiga Hedwig Conrad-Martius, que también era cristiana, aunque protestante.

Además de sus estudios filosóficos, daba clases en una escuela femenina en Espira. En 1931 dejó temporalmente esta actividad para dedicarse de nuevo completamente a la filosofía. Se tomó cada vez más en serio la actividad de pensar de manera rigurosa. «En esto, no hay que pensar en una analogía con cualquier otra ciencia. Significa solamente que la filosofía no es una cosa del sentimiento, ni de la fantasía, ni del entusiasmo que vuela muy alto, ni de la opinión personal, de una cuestión de gustos, por decirlo de alguna manera; sino que es una cosa de la razón que investiga serena y seriamente.» Una de las cuestiones que Edith Stein investigaba era el intento de explicar la religión desde la razón. Además, confrontaba la fenomenología con la filosofía de Tomás de Aquino. Después de este tiempo dedicada exclusivamente a la reflexión, se planteó volver a ejercer la docencia, pero tuvo que dejarlo por causa de su origen judío, pues se exponía a sufrir persecución a causa de las leyes de discriminación racial. En 1933, a los cuarenta y dos años, sintió claramente su vocación por la vida religiosa y decidió ingresar en la orden de las carmelitas de Colonia. Su familia no podía entender de ningún modo cómo ella, que era de origen judío, podía entrar, en una época de violenta persecución contra su pueblo, en un convento católico. Pero Stein no se olvidó de los suyos en modo alguno. Intentó incluso obtener una audiencia ante el papa Pío XI para procurar persuadirle de hacer frente a Hitler. Pero no tuvo éxito. Edith Stein fue desalentándose cada vez más, si bien nunca abandonó la filosofía.

La persecución de los judíos no se detuvo ni ante los muros del convento. Después de que Edith Stein hubiera huido en 1938 hacia un convento de carmelitas en Holanda, le siguieron la pista

también allí hasta encontrarla en el verano de 1942. Murió en las cámaras de gas juntamente con su hermana en Auschwitz.

En su tesis doctoral, Edith Stein investigó el tema de «la empatía». La pregunta básica que se formulaba era: ¿cómo conozco a las otras persona y a mí misma? Según su opinión, el cuerpo juega en ello un papel importante. La mímica y los gestos ayudan a comprender a una persona y los motivos de su comportamiento. Por ejemplo, puede verse si una persona se avergüenza de algo aunque no lo admita. El rubor del rostro habla un lenguaje propio. De un modo similar, Edith Stein hace el tema extensivo a las personas que no tenemos delante. Se plantea, por ejemplo, la cuestión de cómo se puede conocer a un personaje histórico. Según Edith Stein, esto sólo es posible con una medida justa de empatía. Solamente por los hechos no puede representarse una época pasada. Hace falta una empatía con los personajes de la época.

Un segundo tema que ocupó a Edith Stein fue la diferencia entre sociedad y comunidad. «Allí donde una persona es en relación a otra como el sujeto al objeto, es decir, allí donde una persona estudia a la otra, y en función del conocimiento adquirido hace que la otra actúe como ella quiere, allí viven juntos en una sociedad. En cambio, allí donde un sujeto toma al otro también como sujeto y no está frente a él, sino que vive con él, allí construyen juntos una comunidad». A partir de esta distinción, Edith Stein elabora una imagen muy negativa de la sociedad. En ésta, según su opinión, un individuo no toma al otro seriamente, como una persona de verdad, sino que lo trata como si fuera una cosa, un objeto. Para Edith Stein, debemos valorar más la comunidad que la sociedad, porque cada individuo es tratado en ella seriamente, con respeto, como una persona, y la colectividad crece. La comunidad, que es lo más elevado, es la que se compone de miembros libres, y la que se mantiene unida por un motivo o sentido vital interior.

El pensamiento filosófico de Edith Stein no varió después de su entrada en el convento. Continuó profundizando en los mismos temas: la conciencia del ser humano, la empatía y la vida en comunidad.

El concepto de empatía lo amplió en la dirección de la fe. Una persona no tiene sólo que poder ponerse en el lugar de otra, sino que también es posible la empatía con la vida y la muerte de Cristo. Edith Stein ponía ahora su filosofía en manos de la teología.

El ser humano es para Edith Stein un ser «arrojado al mundo», es decir, se encuentra en el mundo y tiene que oponerse a ese estado mediante una actividad. El concepto de *Geworfenheit* (arrojado al mundo) no fue sólo utilizado por Edith Stein; lo encontramos de nuevo en el pensamiento de Jean-Paul Sartre (1905-1980) y de Martin Heidegger (1889-1976). Para estos dos pensadores, de los que hablaremos también más adelante, el simple hecho de haber nacido, la existencia pura es lo primero que percibimos los humanos. Ellos, igual que Stein, utilizaron el concepto de *Geworfenheit* para este hecho. El ser humano que se da cuenta de este estado de «ser arrojado al mundo» empieza a reflexionar sobre ello y a buscar un sentido a su vida. Al principio no sabemos ni tan sólo cómo hemos venido a este mundo y para qué podría esto ser bueno en general. Edith Stein estaba convencida de que las personas no pueden encontrar un sentido a la existencia sólo en ellas mismas. Necesitan a Dios. Edith Stein escribió sus pensamientos sobre la relación entre Dios y el ser humano en su libro *Endliches und ewiges Sein* (*Ser finito y ser eterno*), que no pudo ser publicado hasta 1950.

Edith Stein intentó unir el pensamiento moderno con la doctrina de la fe cristiana. El ser humano libre, que se encuentra primero solo y abandonado en este mundo, necesita relacionarse. Busca la compañía de otras personas y busca la compañía de Dios. Sin esta compañía primigenia, nada tiene sentido. El ser humano no es un ser aislado, no permanece solo en una isla solitaria, no es un sujeto que tan sólo responde de sí mismo, sino que es un sujeto que busca la unión con otros sujetos. Pero la unión que constituye la base primordial de la vida es la unión con Dios. Sin ella, uno se siente desarraigado y solo.

> Porque, al hecho innegable de que mi ser es fugaz y se expande sin cesar y se encuentra expuesto a la posibilidad del no ser, le corresponde otro hecho también innegable y es éste: yo, a pesar de esta fugacidad, *soy* y soy *conservado en el ser* de un instante al otro; en fin, en mi ser efímero, yo abrazo un ser duradero. Yo me sé sostenido y este sostén me da calma y seguridad. Ciertamente no es la confianza segura de sí misma del hombre que, con su propia fuerza, se mantiene de pie sobre un suelo firme, sino la seguridad suave y alegre del niño que reposa sobre un brazo fuerte, es decir, una seguridad que, vista objetivamente, no es menos razonable... En mi ser yo me encuentro entonces con otro ser que no es el mío, sino que es el sostén y el fundamento de mi ser que no posee en sí mismo ni sostén ni fundamento.
>
> EDITH STEIN, *Ser finito y ser eterno*

SIMONE WEIL

Otra filósofa judía del siglo XX convertida también al cristianismo fue la francesa Simone Weil (1909-1943). Nació el 3 de febrero en París en el seno de una familia de médicos judía. No obstante, sus padres eran agnósticos y no la familiarizaron con la tradición judía. Simone Weil tenía una relación muy estrecha con su hermano mayor André, un niño prodigio que acabaría siendo un matemático brillante, el cual la introdujo pronto en el mundo de los números y de los cuentos. Al igual que André, Simone fue desde su juventud una persona de pensamiento radical con una vida intensa. Humilde hasta la propia mortificación, Simone Weil fue una pensadora que renunció a todo lo que pudiera tener la más mínima apariencia de lujo.

A los catorce años, sufrió una crisis existencial en la que se planteó seriamente la cuestión de una vida con sentido, una cuestión que la acompañaría hasta su muerte. Se preguntaba dónde estaba el camino correcto hacia una vida llena de sentido.

La filosofía y las matemáticas eran sus materias preferidas. Tenía una debilidad por los ejercicios matemáticos difíciles y vinculaba la severidad de esta forma de pensar con el deseo de saber alguna cosa del mundo y de sí misma. Era extremamente exigente consigo misma. Sus amigos la llamaban «el imperativo categórico en faldas». Proceder con uno mismo tal como se exige de las otras personas, Kant lo denomina imperativo categórico. Lo que uno hace debe hacerlo de tal manera que sea válido para todo el mundo, como una ley universal. ¡Esto se adecuaba perfectamente a Simone Weil! Sus amigos no iban por mal camino. Nunca disfrutaba sencillamente del momento presente, nunca disfrutaba plenamente de nada, jamás se dejaba llevar sin más por un sentimiento. Siempre se mostraba circunspecta en todo.

Un acontecimiento importante para la pensadora fue conocer a Émile-August Chartier (1868-1951), más conocido como Alain, un filósofo y educador que fue profesor suyo y que reconoció y estimuló su gran talento. Ella tenía entonces dieciséis años y absorbía con avidez todo lo que tuviera relación con la filosofía. Alain era un radical liberal y pacifista que se consideraba ateo a su manera. Creía que el ateísmo era el verdadero camino hacia Dios. Quien no cree en Dios, busca con más intensidad. Tiene que recorrer un camino más largo. Esto le gustaba a Simone Weil.

Por su constitución delicada, estaba siempre aislada de los demás, cosa que reforzó su tendencia a apartarse, a trabajar, a reflexionar.

A los diecinueve años se matriculó en la Escuela Normal Superior de París, donde ingresó con la calificación más alta, seguida de Simone de Beauvoir. Simone Weil dio clases en un instituto, como Edith Stein. Pero a diferencia de su colega, se manifestó políticamente muy pronto. La cambiaron de instituto por haber encabezado una manifestación de obreros en paro. En seguida fue conocida como *La Vierge Rouge*, la «Virgen Roja».

La filosofía de Simone Weil estuvo orientada desde un buen principio a la práctica. Durante las vacaciones trabajaba en el campo o iba a la fábrica, para experimentar en su propia carne qué significaba pasar un día tras otro trabajando en una máquina sin

perspectivas de cambio. Simone Weil estableció contactos con los sindicatos, concretamente con los de orientación comunista.

Como maestra, tuvo problemas con sus superiores a causa de su metodología docente. Weil daba un gran valor a guiar a sus alumnas para que pensaran por su cuenta. Con esta finalidad, les hacía escribir sobre los temas más diversos.

En 1934, Weil pidió una excedencia de un año al ministro de Educación. Empezó a trabajar en una fábrica y escribió un «Diario de la fábrica». «A pesar de mi cansancio, después del trabajo siento una gran necesidad de aire fresco. Voy a pie hasta el Sena. Allí me siento en una piedra a orillas del río, melancólica, sin fuerzas, con el corazón lleno de rabia impotente, con una sensación como si me hubieran quitado toda mi sustancia vital. Me pregunto si yo, en caso de que me viera condenada para siempre a este tipo de vida, sería capaz de cruzar diariamente el Sena sin tirarme un día abajo.»

Tras la experiencia del trabajo en la fábrica, Simone Weil se fue de vacaciones con sus padres a Portugal. Allí tuvo su primera vivencia del cristianismo: «Con este estado de ánimo y en unas condiciones físicas miserables, llegué a ese pequeño pueblo portugués que era igualmente miserable, sola, por la noche, bajo la luna llena, el día de la fiesta patronal. El pueblo estaba al borde del mar. Las mujeres de los pescadores caminaban en procesión junto a las barcas; portaban cirios y entonaban cánticos, sin duda muy antiguos, de una tristeza desgarradora. Nada podría dar una idea de aquello. Jamás he oído algo tan conmovedor, salvo el canto de los sirgadores del Volga. Allí tuve de repente la certeza de que el cristianismo era por excelencia la religión de los esclavos, de que los esclavos no podían dejar de adherirse a ella, y yo entre ellos.»

Aún así, esta vivencia no condicionó que Simone Weil se retirara del mundo, al contrario. Su lucha por la justicia continuó. Luchó al lado de los grupos anarquistas en la guerra civil española. Escribió artículos políticos y retomó su actividad como profesora de filosofía. Continuaba reflexionando sobre un posible cambio revolucionario de la sociedad. Finalmente, llegó a la conclusión

de que el cambio revolucionario exigía un largo camino. Su inicial sindicalismo revolucionario había evolucionado hacia el reformismo. Era necesario crear unas condiciones más favorables mediante avances reformistas para facilitar una revolución responsable y pacífica. Una característica de Simone Weil era su pensamiento realista. O más exactamente: era una realista sin dejar de ser a la vez una idealista.

En 1940, tras la invasión alemana, Weil, que se consideraba pacifista, huyó con sus padres hacia Vichy, primero. Aunque la filósofa quería ir más lejos, a Inglaterra, para sumarse allí al movimiento antifascista francés. Pero no fue posible llegar. La familia tuvo que ir entonces a Marsella, donde Simone Weil conoció gente con la que podía mantener conversaciones sobre cuestiones filosóficas y religiosas. Entre estas personas estaba el padre dominico Perrin, que supuso un encuentro enormemente importante para ella. No obstante, Weil, que al final de su breve vida se había convertido al cristianismo —pero al cristianismo de Francisco de Asís, con quien se identificaba profundamente—, nunca aceptó la disciplina de la Iglesia católica.

La manera de vivir de la pensadora, como la de su admirado Francisco de Asís, era de una austeridad total. Dormía en el suelo y se alimentaba de forma muy deficiente. No quería tener más de lo que tenían los más pobres. En esta época trabajó intensamente en la que fue su obra filosófica principal, *El amor de Dios y la desdicha*.

Finalmente, en 1942, Simone Weil, sus padres y su hermano pudieron emigrar a Estados Unidos. Pero ella no se sintió bien allí y decidió volver a Europa. A través de amigos, consiguió llegar a Liverpool para colaborar con la resistencia francesa. Trabajó con una dureza extraordinaria. Analizaba textos de luchadores de la resistencia, continuaba escribiendo su propia obra y meditaba sobre qué podía hacer todavía en la práctica.

Simone Weil se consumió. No dormía más de tres horas diarias, comía muy poco y trabajaba hasta el total agotamiento. Murió el 24 de agosto de 1943 al fallarle el corazón, exhausta.

El pensamiento de Simone Weil estuvo íntimamente ligado a la práctica. Después de haber trabajado en la fábrica, empezó a reflexionar intensamente sobre la esencia de la dignidad humana. El recuerdo de las humillaciones que había visto sufrir a los trabajadores ya no iba a abandonarla jamás. «¿Cómo pueden soportar esta situación y, aún así, desarrollar en ellos alguna forma de libertad?»

Para Weil, los trabajadores están desarraigados. La palabra desarraigo es, a su modo de ver, más radical que el concepto de alienación que utilizaba Karl Marx. Su crítica a Marx la resumió en dos artículos: *¿Nos dirigimos hacia la revolución proletaria?* y *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social.*

Contra el desarraigo descrito por Simone Weil sólo ayuda otro arraigo. Un primer paso es la capacidad que tiene cada ser humano en sí mismo: pensar. «No obstante, no hay nada en el mundo que pueda impedir la sensación del ser humano de haber nacido para la libertad. Nunca, pase lo que pase, podrá soportar la esclavitud; porque piensa.» Pero la filósofa, en un principio, todavía no tiene claro cómo puede producirse este arraigo. No fue hasta después de su intenso encuentro con el cristianismo en Portugal que vio claramente dónde podía estar la respuesta a esa pregunta. El título de su libro *El amor a Dios y la desdicha* ya lo indica. La tesis de Weil es que sólo en la desdicha más profunda cabe la posibilidad de ver aproximarse a Dios desde la lejanía. Así, queda el camino libre para un nuevo arraigo. El lugar en el que éste puede producirse es Dios. Pero además, es necesario que el ser humano supere su dependencia del yo. Debe estar completamente vacío para poder concentrarse en Dios. Entonces, cobra importancia una segunda cosa: la atención. «La atención es la forma más grande e insólita de generosidad. En muy pocos espíritus se produce el fenómeno de descubrir que las cosas y los seres existen. Desde mi infancia, no deseo otra cosa que obtener esta revelación absoluta antes de morir.» Parece ser que experimentar la existencia pura no es nada evidente. Sólo raramente somos conscientes de ello. Que algo exista, nos parece normal; es algo en lo que no pensamos más. Para Simone Weil, el hecho de ser lo más

natural del mundo es lo más insólito de todo. Para poder percibir la existencia, debemos educar nuestra atención.

Simone Weil dirigió la mirada hacia el exterior y hacia el interior de sí misma. Observó atentamente tanto el corazón del ser humano como el mundo. Y aunque en los últimos años de su vida se interesó también por la mística, su lúcido compromiso social y político ante los asuntos de la sociedad no disminuyó jamás. Según su opinión, una vida espiritual tiene que poder responder en la realidad cotidiana.

Es fácil pensar, como alguien dijo, que esta mujer con sus elevadas exigencias y su dureza excesiva consigo misma se había vuelto loca. Quién sabe, quizás sin esa brizna de locura no habría conseguido ligar tantas cosas en su vida. Fue una de las pocas personalidades de la historia de la filosofía en quien teoría y práctica mantuvieron la balanza en un equilibrio perfecto. En su caso, como en ningún otro, vida y obra van inseparablemente unidas. Simone Weil siempre intentó aunarlo todo en el pensamiento, no dejar nada de lado; la ética siempre fue su objetivo principal. Opinaba que vivir de forma solidaria con los demás constituía la esencia del ser humano. Y en este aspecto, podemos emparentarla con Edith Stein. Lo que esta última denominaba «empatía», Weil lo llamó «arraigo». Y éste es el título de su obra principal, que escribió entre 1942 y 1943, *L'enracinement* (*El arraigo*), traducido en castellano como *Echar raíces*. Las dos pensadoras confluyeron así en la elaboración de conceptos muy similares, como ocurrió con otros dos conocidos filósofos de su época: Heidegger y Husserl. Como éstos, ellas no partían de un yo fuerte que viviera aislado del mundo. El ser humano siempre vive en un entramado de relaciones; nunca está completamente aislado. Recordemos que Husserl pensaba que la conciencia, en tanto que conciencia, siempre está dirigida hacia alguna cosa.

Aquello en lo que estas filósofas se distanciaron de sus colegas masculinos fue, por un lado, la acción, y por otro, Dios. Es como si en este momento de la historia de la filosofía se hubiera llegado a un punto trascendental en el que el yo, que estuvo tanto tiempo en el centro del pensamiento, ya no se aceptara ahora sin dudar

de su consistencia. De este modo, sitúan en un primer plano la necesidad del ser humano de relacionarse, ya que solo, aislado, no podría existir. Se interesan por la diversidad de disciplinas filosóficas que concurren en su vida cotidiana. Pero para ellas, la ética no es tan sólo una parte de la filosofía, es su centro.

> En el ámbito del sufrimiento, la desdicha es algo diferenciado, específico, irreductible; algo muy distinto del simple sufrimiento. Se adueña del alma y la marca, profundamente, con una marca que sólo a ella pertenece, la marca de la esclavitud... Sólo hay verdadera desdicha si el acontecimiento que se ha adueñado de una vida y la ha desarraigado la alcanza directa o indirectamente en todas sus facetas, social, psicológica, física. El factor social es esencial. No existe realmente desdicha donde no se produce degradación social en alguna de sus formas o conciencia de esa degradación.
>
> SIMONE WEIL, *El amor a Dios y la desdicha*

HANNAH ARENDT

La gran importancia de las relaciones humanas aparece muy claramente en otra pensadora también judía: Hannah Arendt (1906-1975). El hecho de que los seres humanos vivan siempre en un mundo con otros seres humanos no sólo la llevó a reflexionar, sino que lo vivió de un modo ejemplar.

Sus amigos y amigas provenían de clases sociales, lugares y continentes muy diversos. Como para la romántica Rahel Varnhagen, sobre quien escribió una biografía, el intercambio con otras personas fue para ella una forma de vida, y sobre todo, un motivo para hacer filosofía.

El padre de Hannah Arendt murió cuando ella contaba apenas con siete años. Su madre fue muy tolerante con Hannah, la cual de pequeña había dado muestras de gran tozudez. En una ocasión en que discutió con un profesor, la madre, como quien

dice, ni se enfadó. Simplemente Hannah dejó la escuela y continuó el bachillerato como externa.

Después, estudió griego, filosofía y teología en Marburg. Su profesor de filosofía fue Martin Heidegger, que en aquella época trabajaba en su obra *El ser y el tiempo.* Lo que la fascinó de él especialmente es que concebía la filosofía como una algo que está siempre en camino. No depende de los resultados, sino del proceso del pensamiento. El punto de partida de la filosofía de Heidegger es el análisis de la cotidianidad del ser humano. En *El ser y el tiempo,* Heidegger intenta realizar un análisis exacto de lo que ocupa diariamente a los humanos. Le interesa nuestro «ser en» las cosas, es decir, todo lo que concierne a la relación con nuestro entorno real. Pero también se fija en el «ser con» otras personas, lo que iba a convertirse más tarde en el núcleo del pensamiento de Hannah Arendt.

La relación amorosa que se había creado entre Arendt y Heidegger fue una dura carga para la filósofa, ya que sólo Heidegger determinaba cuándo y dónde debían encontrarse y cómo tenía que llevarse la relación. Él estaba casado y tenía dos hijos. Y no tenía ninguna intención de romper su matrimonio. Así que Arendt decidió marcharse de Marburg y se fue a Heidelberg, donde había otro filósofo famoso entonces: Karl Jaspers.

Karl Jaspers impresionó mucho a la joven pensadora, porque valoraba la conversación por encima de todo. Estaba abierto a las preguntas de sus alumnos, los animaba a desarrollar discusiones sobre problemas filosóficos difíciles y nunca se tenía la impresión de estar ante un sabio arrogante y prepotente; a diferencia de lo que ocurría con Heidegger. La vida social también era más animada en Heidelberg que en Marburg. Arendt se sintió bien allí, conoció a gente interesante y pudo continuar desarrollando su propio pensamiento.

Arendt realizó el doctorado con Jaspers, con un trabajo títulado: «Sobre el concepto de amor en Agustín de Hipona». Después de doctorarse, volvió a Berlín. En 1929 se casó con el filósofo judío Günther Anders. El matrimonio no acabó de funcionar y se separaron en 1937.

En Alemania, la situación era cada vez más difícil para Hannah Arendt. A causa de su condición de judía fue inhabilitada para el ejercicio de la docencia. Su reacción fue politizarse todavía más. En 1932, decidió ponerse al lado de los sionistas. Su objetivo era contribuir a fortalecer la conciencia que tenían los judíos de sí mismos. En una manifestación en contra del antisemitismo la detuvieron, aunque la dejaron libre poco después. Arendt huyó a París con su madre. Allí se dedicó a tareas prácticas: colaboró en la ayuda a refugiados judíos, y más concretamente, se encargaba de que sus niños pudieran ir a Palestina. No obstante, nunca dejó completamente de lado la filosofía.

Allí, Arendt entró en contacto con el filósofo también judío Walter Benjamin. De él, le entusiasmaba sobre todo su método de pensamiento: Benjamin escogía fragmentos de la tradición del pensamiento y los situaba en un contexto nuevo. Cuando encontraba formulaciones que le interesaban, las extraía de su contexto originario y las integraba con las de su propio pensamiento. La predilección de Arendt por citar fue el resultado de su encuentro con Benjamin. Fragmentos de pensamientos pueden iluminarse unos a otros, según la opinión de Arendt. Si se observan en un contexto nuevo, despliegan también un efecto nuevo.

En la vida de Arendt, la amistad cobraba gran importancia. Sin la vivencia de la amistad, la vida carecía de sentido para ella. En París conoció también al que más tarde sería su segundo marido: el poeta y filósofo alemán Heinrich Blücher. Blücher era un hombre que tenía un pensamiento con un fuerte componente político, y Arendt vio como a su lado la política se iba integrando cada vez más en su filosofía. Esta evolución se produjo tan deprisa que Arendt finalmente se consideró más bien teórica política que filósofa.

Cuando estalló la guerra en 1939 y los judíos ya no estaban seguros en Francia, Arendt, tras un breve internamiento en el campo de Gurs, huyó junto con Blücher a los Estados Unidos. Después de la Segunda Guerra Mundial, retomó su contacto con Heidegger y testificó a su favor en el juicio en el que lo acusaban de colaboración con el nazismo. En su estancia en los Estados

Unidos —en el año 1951 le concedieron la nacionalidad—, se convirtió en una observadora atenta de la política norteamericana. Daba conferencias en diferentes universidades y escribía artículos. Murió en 1975 de un ataque al corazón.

Hannah Arendt estuvo influenciada filosóficamente por Heidegger y Jaspers, pero también por Agustín y Sócrates.

Del pensamiento de Agustín, le interesó sobre todo la gran importancia que atribuía este pensador al hecho de comenzar. Agustín escribió que Dios creo a los seres humanos para que hubiera un comienzo en el mundo. Esta posibilidad de comienzo y de espontaneidad es para Arendt una posibilidad fundamental del ser humano. Los seres humanos están en condiciones de atreverse constantemente a comenzar de nuevo, del mismo modo que en la historia con mayúsculas era necesario prestar atención para saber cuándo el tiempo estaba maduro para un nuevo comienzo. La filósofa llamó a esta capacidad de comenzar de nuevo *Gebürtlichkeit* (natalidad). Pero hay una segunda idea que se relaciona con la de la natalidad, la de la «pluralidad». Con ella, Arendt se refería al hecho de que las personas son básicamente diferentes, y precisamente en este ser diferentes se fundamenta su esencia. Arendt no se vale de lo que es humano en general, de lo que es igual en todas las personas, sino de su diferencia. Cada uno es diferente, cada uno es único y en ello reside su oportunidad.

El tema principal que ocupó a Hannah Arendt tras la guerra fue el análisis del desarrollo del totalitarismo, que expuso en su libro *Los orígenes del totalitarismo* (1951). Esta obra originó una gran polémica ya que establecía comparaciones entre el fascismo y el comunismo, dos modelos que eran considerados antagónicos.

Posteriormente, un punto de inflexión decisivo en su reflexión fue el proceso contra Adolf Eichmann en el año 1960. Eichmann había organizado durante la época nazi los transportes de judíos a los campos de exterminio, y era, por lo tanto, una figura clave en la responsabilidad de las deportaciones judías. Después de la guerra, Eichmann se escondió en Argentina y pudo vivir allí sin ser molestado hasta 1960. El servicio secreto israelí lo encontró y

se lo llevó secuestrado a Israel, donde fue juzgado y condenado a muerte el 15 de diciembre de 1961. Arendt fue a Jerusalén como reportera del *New Yorker* y se escandalizó profundamente ante el comportamiento bufonesco del autor de tantos crímenes. Eichmann no le pareció demoníaco en absoluto, al contrario. Le chocó sobre todo la manera de hablar de Eichmann; utilizaba constantemente refranes y frases hechas y delante de todo el mundo, en la sala del tribunal, soltaba expresiones del tipo: «Después del uno, viene el dos.»

Arendt escribió un libro sobre el proceso: *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal.* Naturalmente, el título no quiere decir que el mal sea banal. Arendt sólo quería indicar con esta expresión que los individuos que ejecutan actos malvados pueden ser banales, y a menudo lo son. A partir de entonces, inició una reflexión sobre la posibilidad del ser humano de hacer el mal. Arendt llegó a la conclusión de que tenía que existir una relación entre reflexionar y actuar. Eichmann, tal como lo había visto en Jerusalén, le parecía un sonámbulo, un hombre extraordinariamente irreflexivo. Pero a los ojos de Arendt, la irreflexión no debe confundirse con la estupidez. Toda persona, independientemente de su coeficiente intelectual, puede reflexionar. Arendt definía el acto de pensar como un diálogo con uno mismo y se remitía a Sócrates. El filósofo griego había descrito como el instante más emocionante el momento en que al llegar a casa, después de las tareas del día, encontró a alguien que ya le esperaba en un rincón de la habitación: era su otro yo. Al atardecer, Sócrates se sentía obligado a rendir cuentas ante sí mismo sobre lo que había pensado y hecho durante el día. Es decir, llevaba a cabo lo que podríamos llamar un tipo de examen de conciencia. En el ser humano mismo hay una instancia, según Sócrates, que le aconseja, le anima o le veta.

En los años posteriores, Arendt volvió siempre a este tema: ¿Cómo se interrelacionan el hecho de pensar y de actuar? ¿Cómo llegan los seres humanos a pensar? ¿Cómo se efectúan los procesos mentales y cómo llegan finalmente a ser juicios? La experiencia forma parte de las condiciones indispensables para toda acti-

vidad filosófica. Sin relación con la práctica no surge ninguna filosofía que merezca ser considerada con seriedad. Pero las experiencias del mundo cotidiano no son suficientes. A saber, debemos retirarnos de vez en cuando al mundo del pensamiento para mantener una conversación a solas con nosotros mismos. Después podemos volver a aparecer en público dispuestos a asumir la responsabilidad de las consecuencias que resulten de nuestro pensamiento.

Hannah Arendt escribió sus obras estrictamente filosóficas ya de mayor; publicó *La Vida del espíritu: pensar* y *La Vida del espíritu: la voluntad*. Su tercer libro, que iba a tratar sobre la facultad de juzgar, no pudo terminarlo.

Para Arendt los intervalos eran siempre decisivos. Esto era válido para sus relaciones y también para su trabajo. Dirigió su mirada a lo que sucedía entre los individuos, en el ámbito privado y en el político. Del mismo modo, no contemplaba el hecho de pensar como algo que tiene lugar en el interior más profundo del ser humano, sino que veía la conciencia como un lugar para entablar una conversación con uno mismo, para repensar los hechos pasados y proyectar los futuros. Pensar, querer y juzgar, éstos eran los temas filosóficos de Hannah Arendt. Siempre insistió en que las personas deben plantearse también las preguntas que no tienen respuesta. Para ella, el ser humano es un ser pensante y debe pensar hasta los límites de lo que se puede pensar, sin permitir que lo detengan. Según la opinión de Hannah Arendt, filosofar es una necesidad básica del ser humano.

> Las preguntas que nacen de nuestra sed de conocimiento nacen de la curiosidad por el mundo, del deseo de investigar lo que se ofrece al aparato sensorial. Los interrogantes que emergen del deseo de saber pueden, en principio, ser respondidos por la experiencia y el razonamiento del sentido común; están expuestos al error enmendable y a la ilusión del mismo modo que las percepciones y experiencias sensibles... Sin embargo, los interrogantes que surgen del pensamiento, cuya formulación reside en la naturaleza misma de la razón

> —las cuestiones de significado— no pueden ser contestadas por el sentido común ni por la ciencia, su forma más refinada... Al plantear la incontestable pregunta del significado, los hombres se afirman como seres interrogativos. Tras las preguntas cognitivas para las que se halla respuesta, los hombres acechan a aquellas que no la tienen, que parecen completamente vanas y que siempre han sido denunciadas como tales.
>
> HANNAH ARENDT,
> *La vida del espíritu: el pensamiento*

Otra orientación filosófica significativa dentro de la modernidad fue el existencialismo. Tuvo sus inicios con el filósofo danés Sören Kierkegaard (1813-1855). Éste consideraba que la filosofía se había vuelto cada vez más abstracta y había perdido de vista al ser humano vivo, individual y concreto. Por el contrario, para él todo se supeditaba a la observación de la existencia sin desatender ningún aspecto concerniente al ser humano en su totalidad. En todas las preguntas importantes, por ejemplo, en la actitud ante Dios, el ser humano debe poner toda su existencia en la balanza. Es en él mismo, en su interior, desde la subjetividad de su existencia, que tiene que pensar y tomar decisiones. Kierkegaard, que fue un pensador muy apasionado, con un ánimo impetuoso, ejerció durante el siglo XX una gran influencia en el existencialismo, sobre todo en Francia. Entre los pensadores a los que influyó, dos de los más conocidos fueron Albert Camus y Jean-Paul Sartre.

Los dos eran filósofos y literatos. Además de su obra filosófica, escribieron piezas dramáticas y novelas, pero siempre de contenido filosófico. La novela más famosa de Sartre es *La Nausea.* Camus se dio a conocer sobre todo con la novela *El Extranjero* y el ensayo filosófico *El mito de Sísifo.* A la sombra de estos dos pensadores vivió mucho tiempo una mujer que habría merecido, verdaderamente, haber destacado antes por ella misma.

Simone de Beauvoir

Su nombre es Simone de Beauvoir (1908-1986). Nació en París en el seno de una familia de clase media, donde se velaba mucho por el orden. Beauvoir se educó en una escuela católica y, según la opinión de los padres, de orientación muy conservadora, debía hacerse maestra. Cualquier tipo de aventura estaba mal vista en esta familia. Era necesario vivir en el temor y la seguridad de Dios. Beauvoir se adaptaba y al principio no se rebeló. Pero a la edad de doce años, tomó conciencia súbitamente de que había perdido la fe. Le parecía que la alegría de la vida no era compatible con la rígida moral cristiana en la que era educada.

En el año 1928, al final de sus estudios en la Sorbona de París, la pensadora conoció a Jean-Paul Sartre (1905-1980). Un año más tarde, los dos eran pareja y a partir de entonces sus nombres serían inseparables. Sartre era un tipo muy peculiar, desde su infancia su vida se desarrolló en un clima de ansia de libertad, no dejaba que nadie limitara su impulso de libertad. Él y Beauvoir no se casaron nunca, su modelo abierto de pareja exigía que vivieran en hoteles o en casas separadas. Establecieron un pacto en el que los amores circunstanciales no podían alterar ni destruir su amor necesario. Permanecieron juntos hasta la muerte de Sartre.

Entre 1931 y 1936, Beauvoir enseñó filosofía en diversos institutos. En 1940 ella y Sartre conocieron a Albert Camus (1913-1960). Camus se había criado en Algeria, en las condiciones más humildes. Su padre fue movilizado durante la Primera Guerra Mundial y murió en el frente, antes de que él cumpliera tres años. Su madre, de origen menorquín, era analfabeta. Pudo estudiar gracias a la ayuda de las becas que recibían los hijos de las víctimas de guerra y en este aspecto se diferenciaba de Sartre y Beauvoir, que habían crecido en casas donde los libros estaban siempre a disposición en las estanterías. A través de él la filósofa tomó conciencia de los efectos que podía tener la pobreza en la educación y esta nueva perspectiva influyó constantemente su pensamiento. No todo el mundo tiene las mismas posibilidades de adquirir

una educación. Hasta entonces, Beauvoir no había sido consciente de ello.

Durante la ocupación alemana, Beauvoir escribió el ensayo filosófico *Pyrrhus et Cinéas.* En la misma época, Sartre había fundado una revista y Beauvoir formó parte del equipo de redacción como única mujer. La revista se llamaba *Les Temps Modernes,* una revista mensual de análisis literario y político. Como los procesos sociales se examinaban en ella de una manera muy crítica, no faltaron las persecuciones. La publicación fue criticada sobre todo por sectores de la Iglesia.

Políticamente, Sartre y Beauvoir podían considerarse compañeros de viaje de los comunistas, aunque éstos recelaban de ellos. Para el Partido, no tenían suficiente conciencia de clase.

En el año 1959, Beauvoir empezó a escribir su autobiografía. Lo hizo de una manera enormemente cuidadosa, procuraba no dejarse nada, como si pretendiera fijar algo que amenazaba con escapársele de las manos. Beauvoir no tenía una buena opinión de la vejez. La consideraba cruel. «Odio mi imagen en el espejo: encima de los ojos, el turbante, debajo de los ojos, las bolsas, la cara demasiado llena, y alrededor de la boca, la mueca triste que las arrugas me obligan a poner. Las personas que me miran, quizás sólo ven a una mujer de cincuenta años que no se ha conservado ni bien, ni mal. Tiene la edad que tiene. Pero yo veo mi rostro de antes. Está infectado por una enfermedad, de la cual no se curará jamás.» Pero si contra el envejecimiento del cuerpo nada puede hacerse, contra el del espíritu, en cambio, hay un remedio: la filosofía. Hay que atreverse siempre a realizar nuevos proyectos, no hay que dejar nunca de avanzar en el desarrollo de uno mismo. El pensamiento tiene que mirar hacia delante, no debe quedarse fijo en el pasado.

En su vejez, Beauvoir tuvo que enfrentarse a una difícil tarea: Sartre tuvo un ataque al corazón en 1971 y desde entonces hasta su muerte, durante nueve años, necesitó asistencia permanente. Beauvoir escribió un libro *La Ceremonia del adiós,* donde narra, sin ahorrar detalles, el deterioro físico de Sartre. Ella murió en 1986, después de haber vivido los últimos años muy apartada y sin desarrollar más su pensamiento.

Beauvoir partía de la pregunta de cómo puede una persona encararse con la muerte, si ya no cree en Dios. Sin la fe en Dios, ¿cómo se las compone el ser humano con el hecho de ser mortal? La afinidad con los planteamientos de los filósofos Sartre y Camus ya estaba ahí incluso antes de haberlos conocido. Su manera de pensar estaba en el ambiente, por decirlo de alguna manera. Todos ellos creían que los seres humanos existen bajo la cúpula celeste dependiendo tan sólo de sí mismos. El ser humano es lo único que existe, es la trascendencia absoluta. Beauvoir vivió esta soledad del individuo muy intensamente, así que no es de extrañar que situara la subjetividad en el centro de su pensamiento. Opina que el yo es el eje alrededor del cual gira todo lo demás. Nada es si no se percibe. Se trata de una postura completamente diferente a la de Hannah Arendt, por ejemplo. Simone de Beauvoir tenía una relación más bien distanciada con los demás, si prescindimos del estrecho vínculo con Sartre. «La existencia del otro siempre era para mí un peligro, y no podía decidirme a mirarlo con franqueza a los ojos.» Aunque esto cambió con el tiempo. Beauvoir evolucionó en sus planteamientos individualistas y fue asumiendo una dimensión más social. Reconoció que justamente la existencia de otras personas representaba un reto en sus reflexiones. Creía que debía incluir la comunicación, la interacción con los otros, en su filosofía.

En el ensayo ya citado, *Pyrrhus et Cinéas,* Beauvoir se ocupaba de la cuestión sobre qué sucede cuando las personas mientras actúan se preguntan sobre el porqué de su acción. En principio, así de buenas a primeras, no hay una respuesta para esta pregunta. Por lo tanto, el ser humano podría caer en la pasividad y no esforzarse más. Pero Beauvoir piensa que los individuos en sus acciones tienen normalmente un objetivo, que va más allá del momento. Desean alguna cosa más que simplemente estar, trabajar, dormir, disfrutar. En sus acciones van más allá de los hechos reales de la vida, se crean un *ser.* El ser humano es para Beauvoir un ser que no es real hasta que se hace. «Cazar, pescar, hacer instrumentos, escribir libros: esto no es dispersión, no es una huída, sino que son movimientos en dirección al ser; el ser

humano hace para ser.» Por otro lado, también la lucha contra la injusticia social tiene que formar parte de una actuación llena de sentido. El ser humano que en su actuación va más allá de la pura facticidad, llega también a los otros. Se convierte en un ser social. Las cuestiones de la ética están en la base del existencialismo de Beauvoir. Cree que nuestras decisiones no sólo nos afectan a nosotros, sino a todo el género humano ya que decidimos desde la libertad absoluta de la especie humana. El ser humano es pura libertad. Y es desde esta libertad que surge la necesidad de crearse cada uno sus propias normas, de actuar éticamente.

En su ensayo *Por una moral de la ambigüedad,* Beauvoir explica detalladamente su ateísmo. No puede haber para ella ningún dios omnipotente, puesto que anularía la libertad del ser humano, sin la cual éste no puede entenderse. Aclara en el libro que precisamente en el momento en que el ser humano niega un dios, todo su ser es llamado a intervenir, para hacer realidad el bien. Que haya o no moral, depende del ser humano. No hay ninguna ley divina, ni ningún mandamiento que pueda sustituir la propia responsabilidad del ser humano. Sólo de él depende el sentido de la vida. Es completamente razonable que la Iglesia jamás aceptara una afirmación como ésta, ya que si lo hiciera, perdería su poder.

Simone de Beauvoir consiguió fama mundial con un libro que apareció en 1949: *El segundo sexo*, uno de los libros que más han influido en el desarrollo del feminismo moderno. Es un libro sobre la mujer, la cual es para Simone de Beauvoir «el segundo sexo», porque siempre se la define en relación al hombre. Beauvoir opinaba que la diferencia entre el hombre y la mujer no está tan condicionada por los aspectos biológicos como por los aspectos sociales. «El eterno femenino es una mentira, ya que la naturaleza desempeña un papel muy ínfimo en la evolución de una persona; somos seres sociales.» Por lo tanto, la feminidad es, por así decirlo, una etiqueta que te ponen encima. Nada debería impedir que las mujeres se proyectaran ellas mismas como hacen los hombres. La mujer también se crea su ser, ella tampoco está determinada desde un principio, sino que

tiene posibilidades de ser. Para Simone de Beauvoir no se nace mujer; se llega a serlo.

> Sólo el hombre puede ser un enemigo para el hombre, sólo él puede ocultarle el sentido de sus actos, de su vida, porque sólo a él le compete confirmarlo en su existencia, reconocerlo efectivamente como libertad… cada uno depende de los otros y lo que me sucede por intermedio de los otros depende de mí en lo que respecta a su significado; no se soporta una guerra, una ocupación, como se soporta un terremoto: es necesario tomar partido a favor o en contra, y en mérito a ello las voluntades extrañas devienen favorables u hostiles… Ya hemos visto que mi libertad exige, para llevarse a cabo, desembocar en un porvenir abierto: son los otros hombres quienes me despejan el porvenir, son ellos quienes, constituyendo el mundo de mañana, definen mi futuro.
>
> SIMONE DE BEAUVOIR,
> *Para una moral de la ambigüedad*

Hacer algo para llegar a realizar unas acciones orientadas a un objetivo y proyectadas al futuro no era solamente, como hemos visto, el contenido del pensamiento de Simone de Beauvoir. Parece que es una característica fundamental de la filosofía de las mujeres en los tiempos modernos.

GERTRUDE ELIZABETH MARGARET ANSCOMBE

Si dirigimos la mirada hacia Inglaterra, nos encontramos con otra pensadora que también se inclinó por la filosofía de la acción: Gertrude Elizabeth Margaret Anscombe (1919-2001). Anscombe recibió su formación filosófica en Oxford. Durante sus estudios, se convirtió al catolicismo. Anscombe fue toda su vida una mujer muy religiosa. Además de dedicarse sus propias investigaciones filosóficas, impartió clases en Cambridge, entre otros sitios.

Anscombe tuvo siete hijos, de manera que la experiencia de la vida práctica no le resultaba extraña en absoluto.

Anscombe tenía la firme convicción de la autonomía de la acción, la cual no depende de teorías. Un concepto clave en su filosofía es la «intención». «¿Qué diferencia los actos intencionados de los que no lo son?». Si alguien tiene ciertamente una intención, se muestra en que también lleva a cabo esta intención, es decir, actúa. Las personas son autónomas en este sentido. No tienen que dirigirse a ninguna moral más elevada para poder actuar. Si digo por ejemplo: «Iré a pasear», no lo hago por un motivo más elevado. El motivo de la acción yace en la acción misma y no en cualquier otro lugar externo. Un saber puramente práctico es la base de esta intención. Iré a pasear porque sé que me sienta bien.

Con estos pensamientos queda claro por qué Anscombe no podía ser partidaria de una moral que comportara obligaciones generales. Ciertamente, nunca sabemos qué consecuencias van a tener nuestros actos, si una cosa va a acabar bien o mal, pero esto no es lo importante para la pensadora. La vida siempre es contradictoria. Anscombe tenía una gran confianza en la capacidad del ser humano de actuar con autonomía. En 1974, apareció su libro *Modern Moral Philosophy.*

En *War and Murder* (1961) combate el rearme nuclear. Aboga a favor de poner por encima de todo la protección de la población civil. Anscombe era una católica crítica y, como tal, defendió intensamente la autodeterminación de las mujeres, y concretamente, el problema de la contracepción. Intervino firmemente a favor de la responsabilidad individual de las mujeres y en contra de una regulación de la Iglesia. Por otro lado, fue una decidida activista antiaborto.

Anscombe se hizo también muy conocida como intérprete de Ludwig Wittgenstein (1889-1951), el gran filósofo del lenguaje. Fue discípula directa suya y una de los tres legatarios de su testamento. Después de la muerte de Wittgenstein, estuvo al cuidado de su legado filosófico y tradujo algunas de sus obras, como las *Investigaciones filosóficas,* que mereció muchos elogios. Desde finales del siglo XIX, la filosofía había ido experimentando un giro

hacia la reflexión sobre el lenguaje. El lenguaje tiene muchos registros, niveles y funciones. A menudo tenemos la sensación de que no encontramos las palabras adecuadas para lo que queremos expresar. Wittgenstein opinaba que la tarea del lenguaje es orientarse por los hechos y no aventurarse en especulaciones. Sin embargo, resulta difícil resumir el pensamiento de este filósofo, ya que a las dificultades inherentes de su filosofía se añade su fuerte inclinación por los enigmas de la existencia. Una frase suya muy conocida dice: «Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo.» Pero a él le gustaba dirigir su mirada más allá de estos límites. El filósofo sabía instintivamente que el lenguaje es un producto muy complejo que no se deja contener fácilmente. Sólo cabe pensar en las muchas posibilidades de interpretación que ofrece un poema.

Pero a Anscombe sólo le interesaba el Wittgenstein lógico. Como para él, la relación entre hablar y actuar tenía para Anscombe una gran significación. El lenguaje no recibe un sentido hasta que se utiliza. Ésta era la opinión tanto de Anscombe como de Wittgenstein. El lenguaje es para usarlo, no es una entidad abstracta ni en absoluto sagrada; siempre hace referencia a la práctica.

> Una expresión de intención es la descripción de algo futuro, en la cual el hablante es una especie de agente, cuya descripción se justifica (si llegara a ofrecer una justificación) mediante razones para actuar, es decir, razones de por qué sería útil o atractivo que la descripción se llevara a efecto, y no mediante pruebas de su veracidad.
>
> G.E.M. ANSCOMBE, *Intención*

AGNES HELLER

Una mujer que ofrece cierta semejanza como pensadora con Hannah Arendt es la filósofa húngara Agnes Heller. Ella tampoco se considera sólo filósofa, sino sobre todo teórica política.

Agnes Heller nació en Budapest en 1929. Creció en un sistema comunista y pronto adoptó una actitud muy crítica con el sistema, cosa que provocó su expulsión del Partido Comunista en 1949. Dos años más tarde le impusieron la prohibición de ejercer su profesión; emigró en 1977 con su marido, hacia Australia primero y, después, a los Estados Unidos, donde enseñó filosofía.

La infancia de Agnes Heller fue muy creativa en todos los campos artísticos. Pero el Holocausto cortó de cuajo estas experiencias positivas. A partir de entonces, la adquisición de conocimiento ya no tuvo para ella un sentido placentero, sino que pasó a ser una cuestión de supervivencia en un mundo que se precipitaba al abismo. Escribir se convirtió para ella en una lucha contra los sistemas totalitarios. «En la vida de cada ser humano hay un nudo que se queda atorado en la garganta, pero una vez se ha deshecho, el ser humano vuelve a ser libre. Un nudo como éste fue para mí Auschwitz y el estalinismo. Ahora soy libre. La modernidad difícilmente podrá causar algo más terrible.» Heller escribía esto en su autobiografía. En 1981 la filósofa recibió el premio Lessing de la ciudad de Hamburgo. Sus libros se han traducido a varios idiomas.

La investigación de la vida cotidiana constituye un punto esencial en el trabajo de Agnes Heller. «El individuo da forma a su mundo como un entorno inmediato. La vida cotidiana transcurre en el ambiente inmediato y hace referencia a él.» Mientras las personas forman su ambiente, se forman también ellas mismas. No se puede menospreciar la importancia del individuo en la vida diaria. Comienza por la mañana. Levantarse, vestirse, lavarse, desayunar, ir al trabajo, quizás más tarde ir a comprar, cocinar, organizar el tiempo libre: todo esto es la vida cotidiana. Nos movemos diariamente en un entorno relativamente reducido y nos referimos de forma permanente a lo que tiene lugar exactamente en este entorno y que tiene que ver con nosotros. Pero para Heller, la vida cotidiana no significa tan sólo la vida privada, sino que incluye la social. En principio, nacemos en un mundo que nos deja poco margen de maniobra. Las normas y las leyes

nos restringen. Pero tenemos la posibilidad de vivir todo esto de manera consciente y de cambiar quizás alguna cosa para nosotros y para los demás. Hay que tener una mayor amplitud de miras y no contemplarse sólo a uno mismo.

Agnes Heller diferencia las «necesidades naturales» de las «necesidades radicales» de las personas. Las necesidades naturales hacen referencia a la existencia física, las necesidades radicales tienen que ver con la libertad. Forma parte de la libertad el hecho de poder desarrollar las propias concepciones de la vida. No hay nadie que sea igual a otro. Heller es, como Hannah Arendt, defensora de la pluralidad. Agnes Heller es socialista, pero no una socialista ortodoxa de un marxismo estricto. El respeto por la libertad del individuo tiene que estar en primer término.

La filosofía como disciplina educativa posee un papel muy importante para Heller. Cuanto más madura es una personalidad, antes se propone hacer realidad la justicia social. El conocimiento que proporciona la filosofía debe ponerse en práctica en la vida de la comunidad. «La filosofía exige que el mundo sea el hogar de la humanidad, aunque sólo con la exigencia no llegue a serlo todavía.» Juntas, las personas deberían intentar hacer realidad lo que han aprendido de la filosofía. Hay que desarrollar ideales, pero siempre que experimenten una conversión en cosas concretas; de no ser así, carecen de sentido, según la opinión de Heller. En el seno de la sociedad, domina la pluralidad, de modo que los individuos pueden poner en juego su personalidad en el terreno práctico. Cada uno debe elegir qué es lo que quiere arriesgar. Y cada uno tiene que asumir su responsabilidad.

> Ciertamente, las obras de arte no se enfrentan; no luchan entre sí; no se excluyen; no son ni amigas ni enemigas unas de otras. Clásicas, modernas o posmodernas sólo responden de sí mismas y no les preocupa si hay obras de arte semejantes. Son estrellas frías que pueden dar calor a los receptores, son sólo espejos de nuestra soledad existencial. Las obras filosóficas se comportan de otra forma. Se provocan constantemente,

> se enfrentan entre sí, discuten, denuncian y advierten; excluyen esta obra y la otra, son amigas y enemigas; aman y odian; las filosofías son las imágenes en el espejo de nuestra sociabilidad asocial.
>
> AGNES HELLER,
> *Historia y futuro. ¿Sobrevivirá la modernidad?*

Si observamos de nuevo las filósofas de la modernidad presentadas hasta ahora, se pone de manifiesto que todas ofrecían una mirada muy despierta ante la realidad cotidiana. Unir pensamiento y acción era el deseo de estas pensadoras. Comunidad y pluralidad son palabras fundamentales de su explicación del mundo y de sí mismas. El ser humano en su totalidad es el tema primordial. La filosofía tiene para ellas un fuerte componente pedagógico.

No obstante, la reflexión sobre dios no ha desaparecido de la filosofía de las mujeres. La pregunta por el sentido de la cotidianeidad va ligada, en muchas pensadoras, a la pregunta por el sentido último o por una fundamentación completamente general de nuestra vida. Junto a un acentuado pragmatismo se hallan elementos místicos. La política y la religión no se excluyen mutuamente. Se requieren distintas perspectivas y el coraje para pensar por cuenta propia y actuar con responsabilidad.

Como ya se ha puesto de relieve, la filosofía del siglo XX reflexionó permanentemente sobre el papel del lenguaje. Basta con recordar a Anscombe o a Arendt.

SARAH KOFMAN

Una representante especialmente destacada de la filosofía del lenguaje es la francesa Sarah Kofman (1934-1994). Nació en París. Su familia provenía de Polonia. Eran judíos y Kofman tuvo que sufrir muy pronto las consecuencias del antisemitismo. Después de que París hubiera sido ocupado por los alemanes, su padre,

que era rabino, fue deportado. Murió en Auschwitz. Sarah y su madre pudieron salvarse gracias a la ayuda de una mujer del barrio que las ocultó en su casa.

Durante mucho tiempo, Sarah Kofman vivió en una situación conflictiva. Por un lado, topaba con las costumbres religiosas de su familia. Se oponía sobre todo a los mandamientos y a las prohibiciones judías relacionadas con la comida. Por otro lado, se dio cuenta de que se entendía mejor con la mujer que les había dado refugio que con su propia madre. Sarah llegó a considerar a la mujer que las había acogido como su madre adoptiva, y según confesó ella misma en su autobiografía, llegó a quererla más que a su madre biológica. Y este conflicto continuó tras la guerra.

Sarah Kofman consiguió, en contra de los deseos de su madre, estudiar filosofía. Se dejó la piel estudiando los grandes sistemas filosóficos para librarse del traumático recuerdo de la muerte del padre. «No era capaz de pronunciar el nombre de mi padre. El trabajo teórico me ayudaba a ahuyentarlo; no tenía ninguna imagen del horror. La filosofía es la más abstracta de todas las disciplinas; se puede hablar de una cosa sin necesidad de verla. Hablo de la muerte pero no la veo. No puedo representarme ninguna imagen, esto me ha salvado»; escribía en su autobiografía. A partir de 1962 trabajó de profesora en diferentes universidades, fuera de Francia. En 1994 se suicidó.

Kofman exigía que se escribiera sobre Auschwitz, sobre lo que allí ocurrió. Esto significaba exactamente dar voz a aquellos que ya no podían hablar. Y hacerlo con un estilo y un lenguaje abiertos. «Cuando se escribe, debe intentarse dejar espacio al silencio de los que ya no pueden hablar: esto es escribir 'sin poder'. Hay que dejar salir la parte inconmensurable e irreducible del ser humano, más allá de todas las fuerzas y brutalidades que han intentado reducirlo e incluso extinguirlo.» Una característica de la filosofía después de 1945 es pensar teniendo presente la época del nacionalsocialismo. Sarah Kofman también lo hizo; además intentó dar voz a su padre muerto, pero no como padre sino como judío. Quería ir desde la vivencia personal a afirmaciones más generales.

La fe en la razón se perdió para muchas filósofas a causa de la guerra y del exterminio judío. En Kofman, esta pérdida de fe se mostró sobre todo en su relación con el lenguaje, muy especialmente con el texto escrito. Su opinión es que escribir carece de sentido y de importancia, y tampoco ayuda a obtener claridad sobre uno mismo. Del mismo modo, hay pocas posibilidades de captar un sentido al leer un texto. Una característica del nacionalsocialismo fue el pensamiento único. Todo lo que se hacía y se pensaba obedecía a un sentido determinado. Había una interpretación única del mundo y todo el mundo debía reconocerla como válida. Después de que esta concepción del mundo hubiera llevado al caos y a la catástrofe, es comprensible que el miedo a cualquier tipo de sistema cerrado fuera enorme.

La filosofía desde fin de siglo hasta 1945 había creído todavía en cierto tipo de racionalidad, había contado con una actuación razonable del ser humano. La Segunda Guerra Mundial puso fin a este pensamiento. La barbarie y el caos se habían impuesto. El nacionalsocialismo y el estalinismo habían hecho surgir de nuevo la pregunta sobre si el ser humano podía ser considerado verdaderamente como un ser racional. ¿Podrá haber alguna vez un mundo en paz? ¿Quedan todavía, después de todo, valores positivos por los que pueda guiarse el ser humano? ¿Qué papel desempeña la violencia en nuestras vidas? La llamada modernidad ha acabado su tiempo, ha fracasado, se decía en los círculos filosóficos, y se hablaba de la nueva era como de la «posmodernidad».

Uno de los pensadores posmodernos más importantes y más complejos es Jacques Derrida (1930-2004). Sarah Kofman lo leyó, pero no precisamente con la pretensión de resumirlo. En el año 1984 publicó un libro con el título de *Lecturas de Derrida*, donde defiende un tipo de lectura que no violente el texto, que no interprete más que lo que se dice. Ésta es la tesis de todos los pensadores y pensadoras posmodernos: intentar evitar ser unívocos a la hora de interpretar. No comprimir nada en un sistema, deshacer los antiguos sistemas, estar abiertos a lo nuevo.

Sarah Kofman fue además una gran especialista en Nietzsche y Freud, de los cuales se ocupó en diversos libros.

> Uno de los argumentos más corrientes a la hora de eliminar la clase de filosofía antes del «último curso»: no es lo suficiente «maduro» como para comprender una clase de filosofía. La exigencia de clases de filosofía en cursos de grado superior se basa en un desconocimiento de las posibilidades del entendimiento humano. Antes de una edad determinada, no se tiene suficiente capacidad para hacer el esfuerzo que requiere la más noble de todas las materias. Si se pregunta si hay que reservar la filosofía para los estudios universitarios, parece que se admite que entonces sería demasiado tarde: la filosofía debería ser el «coronamiento» del grado superior, debería reinar como soberana por encima de las otras materias, perfeccionar un determinado círculo de conocimientos y culminarlos verdaderamente, para poder entonces hacer sitio para alguna cosa que sobrepase su propio significado, para la vida, para las acciones, para otros estudios. Se exceptúan aquellos estudiantes —el número es reducido— que, por su parte, han hecho de la clase de filosofía su destino.
>
> SARAH KOFMAN,
> *El fin de la filosofía o la filosofía imperecedera*

Vamos a dirigir otra mirada hacia los Estados Unidos. El panorama político después de la Segunda Guerra Mundial se caracterizó por su liderazgo en el mundo occidental, junto a la otra gran superpotencia, la Unión Soviética. Las dos estaban enfrentadas por motivos ideológicos. Como ninguna de ellas estaba interesada en un enfrentamiento directo, se originó la llamada Guerra Fría, con múltiples conflictos locales alrededor del mundo fuera de su territorio en el cual el enfrentamiento se producía indirectamente a través de sus aliados. Uno de estos conflictos que ocasionó un grave perjuicio al prestigio de los Estados Unidos fue la guerra de Vietnam, que se vio empeorado por el gran escándalo que supuso el caso Watergate, un caso de espionaje político al Partido Demócrata realizado por colaboradores del presidente Richard Nixon.

Martha C. Nussbaum

No resulta pues nada extraño que una de las filósofas norteamericanas contemporáneas más conocidas, Martha Craven Nussbaum, se haya planteado principalmente la cuestión del «actuar bien». Por encima de todo, a Nussbaum le interesa el valor de la filosofía en la vida práctica. Los problemas de la filosofía moral pasan para ella a un primer plano. Martha C. Nussbaum nació en Nueva York en 1947, en el seno de una familia acomodada. Su padre, George Craven, era abogado. En 1975 obtuvo el título de doctora en filosofía. En 1976 se casó con el lingüista de origen judío Alan Nussbaum. Cuando nació su hija Rachel, ella también se convirtió al judaísmo. Se divorció en el año 1987. Ha dado clases en diferentes universidades de los Estados Unidos y en Europa como profesora invitada. Desde 1995, Nussbaum es profesora de derecho y de ética en la Universidad de Chicago.

Nussbaum empezó estudiando lenguas clásicas y no fue hasta más tarde que comenzó a estudiar filosofía. Se ha interesado especialmente por el tratamiento que los antiguos hicieron de los problemas éticos. En este sentido, ha destacado por hacer accesible la filosofía antigua a lectores no iniciados mediante un lenguaje llano y actual. Asimismo, le interesa la relación que existe entre la filosofía y la literatura y, más concretamente: el hecho de actuar correctamente en la actividad filosófica y literaria. Para ella, no debería olvidarse que no sólo importa el contenido; también es importante la forma en que se expresa este contenido: «¿Cómo hay que escribir, qué palabras hay que escoger, qué formas, qué estructuras y qué sistemas cuando uno quiere hacerse entender? Las consideraciones estilísticas no deben menospreciarse. La complejidad del mundo y los muchos enigmas sin resolver de la existencia humana no pueden tratarse tan sólo con la terminología puramente formal de la filosofía; se necesita una escritura literaria. Por eso deben converger la literatura y la filosofía, sólo así puede seguirse el rastro de la verdad.»

La estrecha relación entre la filosofía y la literatura es también necesaria puesto que permite establecer más fácilmente un vínculo con la práctica y hallar así repercusión en un círculo más

amplio de lectores. La práctica necesita la teoría, pero no una teoría cerrada y formalista, sino abierta y viva estilísticamente.

Para Nussbaum es necesaria una nueva teoría moral. La necesitamos porque nuestro mundo es egoísta. «Necesitamos una teoría moral que nos muestre dónde debemos mirar para estar alerta.»

Esta nueva teoría debe ayudar a no caer en la trampa de los sentimientos personales y los pensamientos egoístas y a distanciarse de ellos. En su pensamiento, Martha Craven Nussbaum procura enfrentarse a cualquier tipo de estrechez de miras. La teoría tiene que estar ahí, pero sin elevarse por encima de la vida. La inmediatez es importante, aunque no se debe olvidar la teoría, ya que garantiza una protección ante pensamientos y sentimientos demasiado egoístas. En Nussbaum vemos a una pensadora que, contrariamente a muchas otras tendencias filosóficas, continúa creyendo en el poder de la razón y la filosofía para contribuir a la solución de los problemas más acuciantes de la humanidad y hacer un mundo mejor.

> En este proceso de fabricar buenos ciudadanos, los cursos de filosofía pueden desempeñar un papel muy valioso, tanto *a priori* como *a posteriori*. Lo que en realidad deseamos es la conciliación de los procesos socráticos de críticas recíprocas con nuestras propias tradiciones: esto significa discutir con alguien prestando atención a las ideas preconcebidas y a las conclusiones. Los jóvenes de los Estados Unidos son bombardeados con *talkshows* en los que los invitados se insultan mutuamente. Es una influencia terrible. La filosofía lo puede contrarrestar.
>
> M. C. NUSSBAUM, en una entrevista de 1997

MARÍA ZAMBRANO

Otra filósofa que establece una estrecha relación entre filosofía y literatura, y más concretamente entre filosofía y poesía, es María Zambrano, una de las filósofas más importantes del mundo hispano.

María Zambrano nació en Vélez (Málaga) en 1904. Tanto su padre como su madre eran maestros. Estudió filosofía en Madrid,

donde fue discípula de Ortega y Gasset, Zubiri y García Morente. Desde muy pequeña ya tuvo clara su vocación: «Mi padre me hablaba de la Academia de Platón, en la puerta de la cual había escrito: 'No puede entrar quien no sepa geometría', y yo la geometría no la dominaba y de vez en cuando, con mucha impaciencia, le preguntaba a mi padre: ¿Pero cuándo me vas a enseñar geometría? ¿Y para qué?, respondía él. Porque yo tengo que pensar.»

En 1931 fue nombrada profesora de metafísica de la Universidad de Madrid. En 1936 se casó con el diplomático Alfonso Rodríguez Aldave. Cuando acabó la Guerra Civil, partió hacia el exilio. Sobre su experiencia del exilio escribió: «Ha sido como mi patria, o como una dimensión de una patria desconocida, pero que una vez se conoce es irrenunciable.» En 1941 fue nombrada profesora en la Universidad de Río Piedras en Puerto Rico. En 1946 viajó a París donde entabló amistad con Albert Camus. Dos años después se separó de su marido y se fue a vivir a La Habana hasta el año 1953 en que se trasladó a Roma. Tuvo que abandonar Italia porque se encontraba en una situación irregular, doce años después. Según parece, la denunció un vecino porque tenía demasiados gatos —veinticuatro— en su piso. Se instaló en Suiza donde vivió hasta que volvió a España en 1984. Murió en el año 1991 afectada de una infección respiratoria.

María Zambrano fue una mujer llena de coraje que rompió muchos convencionalismos, tanto en su vida como en su obra. Su filosofía se opone a la rigidez del racionalismo y es una especie de síntesis muy personal y original de las corrientes filosóficas dominantes en su época, la fenomenología, las filosofías de la existencia o el vitalismo, aunque también influyeron en su pensamiento la psicología de Jung y la mística española. Uno de los conceptos claves de su filosofía y, a su vez, uno de los núcleos de su pensamiento, es la «razón poética». Este concepto, que nos recuerda a la «razón vital» de Ortega y Gasset, no lo desarrolló sistemáticamente en ninguna de sus obras, pero está presente en todas ellas. La razón poética, más que un concepto, es un método que quiere rendir cuentas de la recepción vital de los acontecimientos, no desde la racionalidad o la vitalidad, sino desde la imaginación poética.

Mediante los recursos propios de la poética, la música, el ritmo, y el acoplamiento metafórico, María Zambrano amplía los límites de su percepción y da razón de su experiencia vital. Publicó su primer libro *Horizonte del liberalismo* a los veintiséis años. A partir de 1955, en la obra *Claros del bosque,* la filosofía de Zambrano entra en una clara introspección de tipo místico. De hecho, ella misma dijo a raíz de la publicación de su libro *El ser humano y la divinidad* que éste podría ser perfectamente el título para toda su producción, ya que esta relación es una constante en toda su obra.

> Porque al fin, todo converge para que el conocimiento español, el realismo, el materialismo tan al margen de la filosofía sistemática europea, se haga razón, conocimiento poético. En un extremo de la cultura clásica está la filosofía, el metódico conocimiento racional, el esfuerzo de la mente para adquirir la verdad separándose violentamente de las cosas, de las apariencias que cubren al mundo. Este saber llega a ser sistema, sistema en que la totalidad del mundo quiere ser abarcada, en que la infinita multiplicidad de las cosas pretende ser poseída. En el otro extremo de la cultura clásica quedó la poesía. Conocimiento poético en que ni se escinde la realidad, ni se escinde el hombre, ni se escinde la sociedad en minorías de selección y masa desamparada. El conocimiento poético se logra por un esfuerzo al que sale a mitad de camino una desconocida presencia y le sale a mitad de camino porque el afán que la busca jamás se encontró en soledad, en esa soledad angustiada que tiene quien ambiciosamente se separó de la realidad. A ese difícilmente la realidad volverá a entregársele. Pero a quien prefirió la pobreza del entendimiento, a quien renunció a toda vanidad y no se ahincó soberbiamente en llegar a poseer por la fuerza lo que es inagotable, lo que nos rebasa, a ese la realidad le sale al encuentro y su verdad no es nunca verdad conquistada, verdad raptada, violada; no es alezeia, sino revelación graciosa y gratuita; razón poética.
>
> María Zambrano,
> *Pensamiento y poesía en la vida española*

IX. UNA MIRADA AL FUTURO

¿Cómo debería ser la filosofía del mañana? ¿Continuará su camino o es posible que no se adapte a los nuevos tiempos?

Los seminarios de filosofía en las universidades cuentan con más asistencia que nunca. Y hay muchas jóvenes entre los estudiantes. Por lo tanto, no falta el interés. Es cierto que vivimos en una época consumista que exige respuestas inmediatas, pero a pesar de ello, la pregunta por el sentido de la vida no ha perdido su vigencia.

Quizás la mirada a la historia de las mujeres filósofas que hemos plasmado en este libro ha podido dar una idea de la diversidad de pensamientos filosóficos a lo largo de la historia. Porque estas mujeres no han sido manifestaciones marginales, aunque así se haya creído durante mucho tiempo. Han estado en el centro de la discusión filosófica de su tiempo, han recogido viejos planteamientos y han tenido sensibilidad para desarrollarlos de nuevo. Han conversado con los colegas masculinos de su época y con los de su tradición. Y se han formado una opinión completamente personal ante las grandes preguntas que se plantea el ser humano. Hasta hoy, nada de todo eso ha cambiado.

Las filósofas y los filósofos son personas que del mismo modo que se sumergen en los grandes problemas de la historia de la filosofía, también se hacen preguntas y reflexionan sobre la vida de cada día. Si la humanidad tiene que tener un futuro, estas personas no pueden desaparecer.

Filosofar a ratos, interrumpiendo así la rutina de la vida cotidiana, está al alcance de todos, y todo el mundo puede empezar en cualquier momento y en cualquier lugar a filosofar.

Icaria Antrazyt
MUJERES, VOCES Y PROPUESTAS

Historia de la filosofía significa, por lo general, historia de filósofos; situación que la academia respalda al enfocar los estudios y la atención principalmente en los hombres filósofos ¿Es que no filosofan las mujeres?, ¿acaso no hay mujeres filósofas?

Filosofar es una necesidad y capacidad humana, no es un privilegio masculino. *Mujeres filósofas en la historia* pretende dar cuenta, a partir de un recorrido histórico (desde la Antigüedad hasta el siglo XXI) de la presencia de mujeres filósofas y sus aportaciones. Presenta a cuarenta y cuatro pensadoras de diferentes orígenes, entornos y disciplinas, en sus contextos sociopolíticos y filosóficos, y demuestra que han filosofado desde siempre, algunas en situaciones más adversas que otras, y que sus pensamientos han surgido y se han desarrollado paralelamente a los de los reconocidos y estudiados filósofos.

Este libro ofrece la posibilidad de completar así una historia tantas veces silenciada.